

CONCURSO LITERARIO HISTÓRICO ARGENTINO
DE "LA SIN BOMBO"

¿QUÉ FUÉ?

"MEMORIAS"

NOVELA HISTÓRICA ARGENTINA

1813-1814

POR

JUAN A. FACIO

Quand vous observez avec vous
yeux l'homme visible, ¿qu'y cherchez
vous? — L'homme invisible.

TAINÉ. *Hist. de la Litt. Ang.*, Intro-
duction.



BUENOS AIRES

IMP., LIT. Y ENC. DE LA FÁBRICA «LA SIN BOMBO»

1903

10. 11. 2011



INFORME DEL JURADO

Los que abajo firmamos, designados por D. Juan Canter, iniciador del Concurso Literario Histórico Argentino, para examinar los trabajos presentados, otorgar los premios ofrecidos ó darlos por desiertos, declaramos:

Que hemos estudiado detenidamente y uno por uno, todos los manuscritos, y juzgádoslos, no por su mérito absoluto, sino por el relativo, por ser el principal objeto del Certamen FOMENTAR Y ESTIMULAR EL AMOR Á LA LITERATURA NACIONAL.

Que ciñéndonos á este criterio, y por las razones consignadas en las actas entregadas al iniciador del Concurso, resolvemos:

Adjudicar el segundo premio, consistente en medalla de plata, dos mil quinientos pesos moneda nacional y cien ejemplares de la obra premiada, al autor de la novela que tiene por título GOLPE EN VAGO, y por lema «qualis vita, finis ita.»

Otorgar un tercer premio, consistente en medalla de plata, mil pesos moneda nacional y setenta y cinco ejemplares de la obra, al autor de la novela intitulada ¿QUÉ FUÉ? y cuyo lema dice: «quand vous observez avec vous yeux l'homme visible ¿qu'y cherchez vous? — L'homme invisible;

Declarar desiertos el primer premio y dos de los terceros, destinando su importe á los institutos benéficos que indica el pliego de condiciones, y

Hacer mención honrosa de la novela intitulada LA BANDERA, y cuyo lema dice: «Las sombras de la Historia se hacen luminosas con el tiempo».

En fe de lo cual firmamos la presente en Buenos Aires á treinta de mayo de mil novecientos dos.

M. F. MANTILLA.

CARLOS M. URIEN.

JOSÉ J. BIEDMA.

ERNESTO QUESADA.

ALEJANDRO ROSA.

«No solo es meritorio el contenido — me escribía un amigo desde La Paz en 18..... — el continente debe ser del principio de este siglo. Lo adquirí en subasta, perteneció á una viejecita, hija, según dicen, de un coronel realista que figuró en las luchas de la independencia. Conservaba muchas curiosidades del pasado y ellas constituían todo su haber.»

En efecto, era un sólido cofre de construcción anti-quisima, con gran cerradura y visagras de hierro mohosas por el tiempo. Contenía puntas de flechas, fetiches de madera y piedra, pequeños vasos de barro cocido, industria de la alfarería quichua y algunas otras preciosidades.

Con gran curiosidad fui vaciándolo. A pesar de la venerable edad que acusaba el mueble, dispuse que fuera á descansar de sus largas fatigas en el desvan. Examinando estaba un fragmento de petroglyfo con signos cruciformes, cuando el sirviente penetró conduciendo muchos papeles amarillentos que anunciaban, al verlos, su ancianidad. Los niños, urgando en el cofre, descubrieron el doble fondo que los ocultaba.

Eran cartas de familia, de amigos, algunos documentos con la firma de Goyeneche, de Pezuela, del virrey Abascal, curiosos, pero sin importancia para ser consignados aquí. Un voluminoso manuscrito, que intencionalmente fui dejando para el fin, me interesó tanto que pasé muchas horas leyéndolo.

Acaso el lector también la encuentre interesante: sin comentarios lo entrego á su juicio. Solo agregaré, que más de una vez mi corazón sintióse invadido de inmensa piedad, y mi espíritu, desde el primer momento, estuvo exaltado de amor y orgullo, evocando las hazañas de los héroes de mi patria.

Buenos Aires, Febrero de 1903.

J. A. F.

¿QUÉ FUÉ?

CAPÍTULO PRIMERO

SALTA, 22 de febrero de 1813.

Mis memorias—Vencidos—Sueños—Desfallecimiento
—Esperanza—La situación—Propósito—Incidente—
¡Adiós!

Empiezo á consignar desde esta noche todos los actos más importantes de mi existencia, y referiré mis impresiones ó recuerdos, que formarán con el tiempo las «memorias intimas», desahogos y consuelos de mi agitada vida militar.

Soy demasiado insignificante para ocuparme de lo que fuí en el pasado, y como no está destinado lo que escribo á ver la publicidad, no tendría objeto ni disculpa la necia vanidad de hacer yo mismo mi biografía.

Pero los sucesos políticos y militares en que me hallo comprometido son tan interesantes, que como actor de estos hechos, cuando el hielo de los años blanquee mi cabeza y empiece á enfriar la sangre, debilitando lo memoria de lo que fué la vejez decrepita, hojear

estas páginas al calor del hogar será una ocupación entretenida y un testimonio irrecusable, que no es sueño de mente enfermiza los acontecimientos que ellas narren. Soy jóven ¿quien sabe qué me guarda el porvenir?

*
*
*

El torrente desbordado de los sucesos, con su fuerza fatalmente irresistible me lleva lejos del centro de mis afecciones, voy sin rumbo, huyendo de la vergüenza de la derrota. Después de ser rechazados en Tucumán, ayer, día triste para el ejército español, fuimos batidos y tomados prisioneros aquí, por las fuerzas insurgentes al mando de Belgrano.

El vencedor fué clemente y magnánimo. Nos dejó en libertad bajo la condición que no lucharíamos en lo futuro contra los patriotas, como se llaman á sí mismos los revolucionarios y permaneceríamos alejados y neutrales. Juramos hacerlo así, depositamos nuestras armas en el sitio designado, y tristes, con el despecho impreso en el rostro, los soldados realistas huyen á ocultar su decepción en el Alto Perú.

Qué amargo desencanto llena el alma, cuando esa diosa magnífica y deslumbrante llamada la Victoria vuelve la espalda y le retira sus favores al militar! ¡Y sin embargo, no hemos sentido en toda su crudeza la desgraciada suerte que cabe al prisionero cuando el cruel vencedor no dá cuartel. Todos á porfía procuran hacernos soportable nuestra desventura, así que la gratitud está en el corazón de los vencidos y temo que muchos sean portadores de sus impresiones al campo realista.

Si los soldados llevan las nuevas de la disciplina, clemencia y generosidad de estos hombres, los harán simpáticos á sus enemigos, y como nuestras fuerzas están compuestas en su mayoría de americanos, es de temer se produzcan defecciones que sabe Dios las proporciones que podrán tomar.

Anoche la ciudad iluminada se entregaba á los dulces festejos de la victoria; alegres serenatas paseaban por las calles, y al penetrar en las casas eran recibidas por sus moradores al grito entusiasta de ¡viva la patria!

¡Qué humillación sentía escuchando esas voces!

Huí de la ciudad y me refugié; en compañía del coronel Llanos, en el pobre rancho que sirve de refugio al guarda de los sembrados que levantan sus tallos lujuriosos en la planicie de Castañares.

Era una noche tibia y serena. La luna derramaba sus rayos de plata, sobre las magníficas praderas, regadas por arroyos límpidos, que deben su raudal á las nieves, que como cándido manto de arminio se acumulan en las inmensas cumbres de San Lorenzo.

Vivaqueaba el ejército insurgente en la planicie, también estaba contento y los rumores de sus cantos llegaban á nosotros. Involuntariamente mis ojos se fijaron en el sitio donde esa mañana, dentro de una gran fosa, fueron enterrados los muertos en el combate del día anterior. Confundidos amigos y enemigos duermen allí el sueño eterno. (1)

(1) Don Feliciano Chiclana, al terminar el año, colocó cual piadosa ofrenda, una gran cruz con esta inscripción: *A los vencedores y vencidos el 20 de febrero de 1813*. He tenido ocasión de verla á mi vuelta, y revisando este capítulo de mis memorias le agrego ésta nota.

*
* *

Tendiendo la vista al norte se veían las siluetas confusas de los cerros vecinos; á un lado y otro las moles titánicas de sombrías montañas; al sur las blancas torres de las iglesias salteñas, ciudad querida, con sus casas solariegas, rodeada de quintas y huertas, plácido vergel donde se concentran mis afecciones y revolotean, como las mariposas sobre perfumadas madresevas, mis más dulces ensueños del porvenir.

Mirando hacia allá, llena el alma de su recuerdo, entre los haces de luz pálidos suaves, veía, como celeste y plácida visión, flotando en el espacio, su imagen adorada. Alta y esbelta, al óvalo purísimo de su rostro formaba oscuro marco sedosa y rizada cabellera; sus ojos negros, rasgados, producían al mirar la dulce sensación de la caricia; para el adorno de su boca breve, vertieron en los labios su tinte más rojo las flores del ceibo.

Perdona, Magdalena, si con mi pluma imperfecta y ruda desmejoro la realidad de tu belleza espléndida! ¡No puedo trasuntar al papel cómo la veía! Pero ahí estaba, envuelta en las telas de tonos claros que usa—veste aérea de las hadas—y su presencia me producía éxtasis de felicidad!

Verla y no poder llegar á ella para beber en su mirada la expresión verdadera de ese amor casto que su voz de querube me juró. ¿Hay mayor tormento? Dicen que los cabellos de María Antonieta, la desgraciada reina de Francia, tornáronse blancos la víspera de su ejecución: debe ser cierto, hay angustias que no puede explicar el labio, pero son reales y producen en el organismo sacudidas espantosas.

Así mi espíritu trabajado por las rudas impresiones que le producen tantos y desagradables sucesos, siente flaquear su energía. Como íntima confidencia volcaré en el papel la confesión de mi flaqueza: anoche, en la soledad de mi retiro, con la imagen de Magdalena viva y palpitante en la retina, impotente para ir á encontrarla en esa ventana, que rodea como verde marco el perfumado jazmín, testigo discreto de nuestros amores, sentí tan viva angustia, tan hondo desfallecimiento, que sin darme cuenta de lo que hacía, al volver al mundo real sentí el rostro bañado en lágrimas!

¡Cómo se habrían burlado mis compañeros de armas si hubieran visto llorar al comandante Saturnino Castro, el primer guerrillero del ejército español, título que acaso más por bondad que por merecimiento me dan!

Pasaba en ese momento con rumbo á la ciudad una partida insurgente al tranco de las caballerías, con el indolente descuido del que sabe está seguro de todo peligro; uno de los soldados cantaba:

Vida mía, no pierdo
 Las esperanzas
 Que hasta el pozo más hondo
 La sogá alcanza.
 Este es el *triumfo*, madre,
 Así decía
 Un enfermo de amores
 Que se moría.

¡Singular coincidencia! La voz de esos soldados devolvió la pérdida calma á mi corazón. Me pareció era el consuelo del amigo para el alma atribulada, el encarecimiento de la resignación que nunca debe perderse, por que siempre flota, aún en las más densas tinieblas,

para el naufrago en las borrascas la luz de la bendita esperanza!

*
* *

Volví los ojos al sitio donde el coronel Llanos, sentado sobre su montura, fumando, también velaba. Es hombre valiente y sereno, los sucesos desfavorables parece hacen poca impresión en él; al ver que lo miraba, cambiando de posición con voz reposada, me dijo:

—Largo ha sido el viaje, comandante, pero según se ve, ya está usted de vuelta.

—¿El viaje?—respondí—no se qué quiere usted decir, coronel.

—Amigo mío: su cuerpo no se movió del sitio donde está, pero la imaginación ardorosa discurrió á su placer por el espacio quimérico de lo ideal. Respeté su abstracción, sin duda muy agradable, y vuelvo con infinito placer á tenerlo á mi lado. ya que por tanto tiempo quedé solo.

—Pensaba en el presente—repuse esquivando el terreno de las confidencias—y solo me ocurre una idea que vacilo en seguir.

—¿Cuál es?

—En Venezuela los sediciosos están dando que hacer á las tropas del rey, pienso que allí está mi puesto.

—¡Tan lejos! Monteverde está limpiando el suelo venezolano de rebeldes; Miranda, su jefe más popular y capaz cayó prisionero; la revolución, por el momento puede considerarse vencida. Opino debemos quedarnos acá, el sitio es inmejorable para estudiar el desarrollo de los sucesos y obrar en consecuencia.

—Permanecer inactivos cuando nuestros hermanos de armas luchan defendiendo la bandera española, no cuadra, coronel, á militares de nuestros antecedentes.

—Hemos sido vencidos; el enemigo nos arrancó el juramento de ser neutrales con los que pelean por su libertad ¿no es así? Aquí y allá los insurgentes bregan por esa libertad, y según sus discursos es el único móvil que los impulsa; ni allá ni aquí puede usted tomar las armas si se atiene á lo pactado.

—¿Qué hacer, entónces?

—Tener paciencia y esperar. Las tropas españolas, al mando de Vigodet, resisten con éxito en Montevideo al ejército sitiador del general insurgente Rondeau, que tampoco debe estar muy tranquilo, porque la actitud del caudillo Artigas no es bien definida, y más parece enemigo de revolucionarios y realistas al mismo tiempo; nuestra flota domina las aguas del gran río y sus tributarios; el Paraguay campa por su respeto y nada quiere saber con los insurgentes, se retrae; Osorio espera la oportunidad de obrar en Chile; Goyeneche, en Potosí, tiene respetables fuerzas con recursos abundantes y opondrá tenaz resistencia á Belgrano; Abascal está á la expectativa desde el Perú para prestar ayuda donde sea preciso.....

—Tiene razón, coronel, la situación no es desesperada; pienso como usted, pero no podemos permanecer aquí.

—De ningún modo, comandante; mañana, digo mal, hoy al romper el día emprenderemos nuestro viaje al Alto Perú, veremos todo con nuestros ojos, nos informaremos de fuentes seguras donde no podamos ver, y así formaremos nuestro plan de conducta, que por el momento debe ser de mera expectativa, ¿acepta?

—Sin vacilar, coronel, cuente conmigo—en silencio nos estrechamos la mano.—Después de un momento:

—¿Dormimos hasta el día?—preguntó Llanos.

—No tengo sueño—respondí—voy á escribir.

* * *

Un pequeño incidente, sin importancia, me distrae con harto pesar de mi labor; lo consignaré. Al ver luz en el humilde refugio que ocupo, un gallardo teniente de dragonés llega, seguido de diez hombres, á inquirir quienes velan tan á deshoras.

—¡Ah, de la casa! ¿Qué gente? Pregunta con voz vibrante.

—Oficiales del ejército del rey, respondo.

—Señores oficiales, sirvanse decir la causa que los reúne en este sitio á tal hora.

—Esperamos el día para marchar al Norte.

—¿Tienen la bondad de darme sus nombres y grados? Satisface su pedido y al nombrarme exclamo:

—¿El comandante Castro se vá?

—Nada veo que se oponga á ello—contesté.

—No, señor, no hay quien haga oposición..... pero oí decir que se quedaba aquí.

Al reflejo incierto de la luz que nos alumbraba, me pareció ver dibujarse una sonrisa maliciosa en el franco rostro del oficial, pero había tanta mesura en su actitud, no obstante el dejo fanfarrón de su acento, que vacilaba en tomar el asunto en serio; con tono seco le pregunté:

—¿Puedo saber con quién hablo?

—Como nó, comandante; Gregorio Araoz de La Madrid, teniente de dragones del ejército patriota.

—Pues señor teniente La Madrid, del ejército..... pa-

triotra: el comandante Castro se vá sin que á nadie le importe su resolución.

Muy serio me miró un momento en silencio y con una vivacidad de espíritu admirable, dominándose, re- puso cortesmente, siempre insistiendo en su idea:

—Buen viaje, comandante, ya que nada lo retiene en Salta.

—Hasta la vista, señor teniente.

—Que la suerte caprichosa haga suceda eso muy pronto—respondió con acento indefinible alejándose con su partida.

Ya veo que todos conocen mi afecto á Magdalena.

*
* *

El alba, difundiendo sus tintas suaves anuncia la proximidad del día. El campamento insurgente está en silencio, han cesado los rumores de la ciudad y nada interrumpe la dulce quietud de la comarca.

Fresco viento matinal trae, en ondas perfumadas, la esencia de las flores de diamela, naranjo y jazmín; empiezan á ensayar sus himnos armoniosos los alados cantores; ocultos entre las verdes hojas de los árboles. Los caballos piafan delante de la puerta del rancho, es fuerza terminar, dentro de media hora partiremos.

Adiós, Magdalena, mi único y primer amor; adiós Salta, paraíso de mi vida, que en tu seno cobijas á mi hogar; voy no se donde: caros afectos ¿os volveré á ver?



CAPITULO II

SUIPACHA, 12 de mayo de 1813.

En viaje—Los derrotados—El señor *—Alto Perú—Exposición retrospectiva—Relato lúgubre—Realistas y patriotas—Vía crucis.**

Como tropas de peregrinos errantes alcanzo y dejo atrás, siguiendo mi camino, los grupos de los soldados realistas, que van marchando al Norte mustios y callados, bajo el peso reciente de una idea desagradable, buscando el lejano hogar que mitigue las fatigas y amargos recuerdos de la derrota.

Muchos van á pie, caminando trabajosamente, desalentada el alma y quebrantado el cuerpo; sufro mucho, viendo la triste y desolada caravana, pero no puedo hacer nada para aliviar su situación.

Por suerte se unió á nosotros el señor Eduardo ***, caballero francés que viene á conocer este país, para estudiar la implantación de ciertas industrias. Empapado en los credos republicanos, y orgulloso de ser hijo de esa gran nación que difundió en el mundo civilizado los derechos del hombre, abriendo al pensamiento nuevos y dilatados ideales, tiene teorías muy bellas y predice para el porvenir, con mucha elocuencia, la grandeza y prosperidad de los pueblos americanos cuando sea un hecho la libertad.

España

Pasando Jujuy, rumbo Norte, el terreno se levanta rápidamente, hasta llegar, en la gran meseta, á 12.000 piés sobre el nivel del mar. A los valles y colinas cubiertos de verdor, al clima templado de Salta, sucede otro escenario. Un terreno calcáreo, de raquítica producción vegetal, desgarrado por los esfuerzos plutónicos, presenta profundos derrumbaderos, anchas grietas y abruptas quebradas.

Sus altas montañas, coronadas de nieves eternas, sólo visitadas por los cóndores al pasar hendiendo el aire con vuelo lento y magestuoso, harían imposible la marcha, si angostas sendas que serpean por las laderas ó estrechas gargantas, ya á orillas de los barrancos, ora por el lecho de los precipicios, no facilitasen el camino.

Sin embargo, hay una vía directa á Potosí, relativamente cómoda, que seguimos ahora nosotros. Pasamos una noche en Suipacha. Sentados á la puerta de una posada estrecha y ruin discurríamos tranquilamente, cuando Llanos, que había permanecido en silencio como evocando sus recuerdos, dijo de pronto:

—Jamás olvidaré el peligro de que me libré de una manera providencial en estos sitios.

—Coronel—exclamó el señor ***—le ruego nos refiera el suceso.

—Voy á complacerlo, señor; ¿conoce usted los movimientos insurreccionales ocurridos en el Alto Perú anteriores á la batalla de Suipacha? Juzgo necesario este conocimiento para lo que voy á relatar.

—Le diré lo que sé. Fué en Chuquisaca, centro de cultura intelectual, donde brotó la primera chispa de independencia el 25 de mayo de 1809; ella se propagó con la rapidez del sonido en el espacio, por el territo-

rio de la América española, anunciando que había llegado el momento esperado con ansia por el corazón de los hijos de esta tierra, de ocupar el puesto que les corresponde por derecho y por justicia.

No me pareció muy oportuno este himno de entusiasmo entonado en loor del enemigo delante de nosotros y tomando la palabra á fin de evitar los entusiasmas desbordes de mi amigo, dije:

—La fecha es exacta, pero la apreciación del suceso no lo es. El 16 de julio del mismo año secundó La Paz el movimiento, y allí sí se proclamó la independencia; acudió Goyeneche, venció á los revolucionarios en la acción de Chacaltaya y....

—Y la semilla sembrada no cayó en surco estéril—me interrumpió el señor *** con animación—abonada por la sangre de los mártires sacrificados dió fruto, y fué profeta el denodado patriota que subiendo al cadalso arrojó á la faz de sus verdugos este reto sublime: «El fuego que he encendido no se apagará jamás!»

—Veo que ha estudiado cuidadosamente los hechos, y me permito preguntarle: ¿cómo explica usted esas actitudes contra las autoridades legales?—dijo Llanos con ironía.

—De una manera muy lógica y muy sencilla, mi querido coronel. Como resultado de ciertas maniobras diplomáticas y de fuerza, abdica la corona española Carlos IV y queda prisionero Fernando VII el sucesor.

—¡Maniobras muy tenebrosas!

—No las defiendo. El emperador de los franceses proclama en Bayona la dinastía Napoleónica y coloca en el trono vacante á su hermano José, llamándole rey de España; esto pasó á mediados del año 1808. El pueblo español no aceptó el monarca impuesto y se levantó en

armas creando una Junta Central de gobierno y resistencia. En apoyo del nuevo rey las tropas de Napoleón se derramaron en el territorio hispano desde Cádiz á Valencia, ocupando casi todos los pueblos que bordean la ribera occidental del Mediterráneo; ante la formidable invasión huye la Junta y se refugia en la isla de León; por este solo hecho estaba disuelta: no había autoridad legal en sus colonias. Entónces, los hombres dirigentes de Buenos Aires, hablo de los nativos, en Cabildo abierto, es decir, por mayoría de votos, depuso la autoridad del virrey.

—Pocos saben eso aquí—dije con franqueza.

—Así es, comandante, fuera de los patriotas cultos ¿qué quiere usted que sepan los habitantes de estas regiones cuando las autoridades de América hacen cuanto pueden para ocultarlo? Como decia, depuesto el virrey se nombra una junta de gobierno compuesta así: Presidente, coronel Saavedra; vocales: Castelli, Belgrano, Azcuénaga, Alberti, Matheu, Larrea; secretarios: Passo y Moreno. Al tomar posesión de sus cargos declaran hacerlo bajo la soberanía de Fernando VII, en cuyo nombre y autoridad deben gobernar.

—Eso no se cumplió—dijo Llanos.

—Sí, señor; más aún, se estableció que los pueblos que formaban el virreynato tenían derecho á enviar sus diputados elegidos en asambleas populares, para formar un congreso general que debía resolver libremente la forma definitiva de gobierno que adoptaría el país en lo futuro, siendo obligación de la Junta librar las invitaciones y hacer la convocatoria.

—Hubo actos de fuerza—dije.

—No, señor, y lo prueba la circunstancia que no se disparó un tiro ni se vertió sangre. Los sucesos que relato

á la lijera, *á vol d'oiseau*, como decimos los franceses, y que determinaron el movimiento, fueron conocidos en la capital del virreynato el 17 de mayo, y el pueblo pensó, y pensó bien, que la autoridad del virrey quedaba sin valor, puesto que aquella de donde emanaba ésta había desaparecido, ni se creía que la hubiera, porque todo inducía á pensar que la España caía postrada al peso de la espada victoriosa de Napoleón. Exceptuando la ciudad de Montevideo y el Paraguay, todos los pueblos propiciaron la idea, y como los realistas se oponen á ella esta es la razón de la guerra presente.

—Por qué no acatan la autoridad del Consejo de Regencia de la monarquía española?— dijo Llanos.

—Esperaba esa objeción. Cuando los emisarios de José I, *Pepe Botellas*, como le llamaron ustedes, invitaron á las colonias americanas á reconocer su soberanía, españoles y criollos, establecieron la teoría que América no dependía de España; la autoridad que acataba era la del rey que recibió su juramento de obediencia. Carlos IV abdicó, correspondía proclamar al legítimo sucesor que aún no era prisionero y en agosto de 1808 se proclamó á Fernando VII.

—Todo eso no explica el desconocimiento de los derechos de Fernando VII por los revolucionarios.

—Verá usted que sí. Cautivo posteriormente Fernando, desaparece la autoridad reconocida y acatada por todos los colonos; consecuentes los criollos con sus ideas juradas, inician el movimiento del 25 de mayo de 1810 á efecto de constituir definitivamente las autoridades legales que no tienen; yo encuentro esto lo más natural.

Era tan lógica esta manera de racionar que no encontré qué objetar, y á Llanos debió sucederle lo

mismo, por que lo ví callado y reflexivo en actitud de quien está rumiando una respuesta que no acierta á encontrar. Para salir de esta embarazosa situación lo mejor era abandonar el asunto y continuar la charla desde el punto que se desvió.

—Reanudemos el hilo de la exposición—dije.

—Bien pensado—replicó el señor ***.—Coronel, ¿quiere usted tener la bondad de continuarla?

—Con mucho gusto—contestó el aludido—Sabiendo Abascal la situación de estas provincias y el grave suceso de la ejecución del ex-*virrey* Liniers, coronel Concha y otros por mandato de la Junta....

—Al intentar hacer un contra-revolución, ¿no es así?—preguntó el señor ***.

—Por desgracia frustrada. Sabiendo esto, dió orden á Goyeneche de establecerse con el ejército en la línea del Desaguadero, como reserva del mariscal Nieto, gobernador de Potosí; anexó á sus dominios las provincias del Alto Perú, que desde tiempo de Carlos III formaban parte integrante del virreynato del Río de la Plata.....

—Publicó un manifiesto—replica nuestro amigo—llamando á los patriotas «hombres destinados por la naturaleza á solo vegetar en la oscuridad.....» y es preciso convenir, mi querido coronel, que esas impolíticas palabras hirieron profundamente los sentimientos pátrios y el orgullo de los sublevados, dando idea cabal del modo de pensar de las autoridades españolas.

—El mariscal Nieto y su mayor general Córdoba—prosiguió con su flemática seriedad Llanos—se movió de Potosí á encontrar las fuerzas del general insurrecto Balcarce, que había pasado la abra de Humahuaca y venía á marchas forzadas. Chocamos en Cotagaita,

saliendo bastante maltrechos los insurgentes viéndose obligados á retroceder; pocos días después los alcanzamos aquí, y fuimos tan completamente batidos que hasta los generales de nuestras tropas cayeron en poder del enemigo.

—Y aquí se presenta la oportunidad de referir su aventura, mi coronel.

El asistente presentó en ese momento un sabroso mate, que el señor *** apuró con visible satisfacción, mientras Llanos, encendiendo un cigarro, después de arrojar al aire algunas bocanadas de humo, habló así:

—Huíamos los realistas hacia el Norte perseguidos con tenacidad por la caballería enemiga; merced al buen caballo que montaba conseguí ganar terreno, seguido de mi asistente y otro soldado de mi deshecho escuadrón. Mientras corría pensaba que no era conveniente seguir el camino, y aprovechando una quebrada del terreno, me perdí en un laberinto de cerrillos; poco después, apagadas por la distancia apenas llegaban á nosotros el eco de las voces de los vencedores en la persecución. La noche nos tomó perdidos en las soledades de este inclemente suelo; vagábamos sin rumbo cuando vimos brillar una luz á la distancia; nos encaminamos á ella buscando un abrigo cualquiera para descansar. Era una agrupación de ranchos donde se carecía de todo; nadie salió á recibirnos, y cosa extraña, no se veía un solo perro, y ya sabéis que los indígenas los crían en jaurías; concluimos por creer que era un rancharío abandonado. Registrándolo encontramos dos hombres al parecer profundamente dormidos, mocetones membrudos, de los llamados mestizos, hoscos y taimados no respondían sino por monosílabos y de mala gana, nada pude saber de ellos y como medida precaucional

los retuve con nosotros. Bajo el techo de una enramada brilló la alegre llama del fogón y nos ocupamos de restaurar las fuerzas perdidas. Al lado había un pequeño rancho del que me posesioné; por un agujero con honores de ventanillo, abierto en la pared de barro, veía, á la luz del fuego, el semblante serio y preocupado de los soldados comunicándose sus impresiones en voz baja; después, agotado el asunto que les servía de tema, permanecieron callados, pensativos, con la vista fija en el moribundo hogar, y en esta postura, cediendo á la necesidad de reposo, fueron cerrando sus ojos hasta quedar dormidos. Yo vigilaba, y la gravedad de la situación me hacía aventurar en un mar de amargas cavilaciones; sería la una de la mañana cuando salí del rancho y me puse á escuchar. Todo estaba en silencio, la oscuridad no permitía ver los objetos á diez pasos de distancia, el viento frío de la madrugada causaba desagradable impresión; tranquilo en lo que á la seguridad individual atañía, torné á mi refugio. Empecé á sentir, encontrándome al abrigo, que el sueño me invadía lentamente; luché contra el sopor fuertemente con fuerza, paseándome, pero los párpados pesaban como el plomo y con dificultad conseguía tenerlos abiertos; la materia con sus necesidades brutalmente imperiosas venció al espíritu y quedé profundamente dormido.

Calló un momento el coronel como reconcentrándose. Los rumores de la llanura, vagos, indefinibles, empezaban á levantarse; las estrellas brillaban con reflejos diamantinos en el cielo azulado; un bólido cruzó la atmósfera dejando su estela luminosa. Llanos prosiguió:

—No sé cuanto tiempo transcurrió; recuerdo que desperté asustado al rudo empuje que me derribó del asiento

de piedra que ocupaba y sentí el peso de un cuerpo humano que me oprimía hasta ahogarme.....; luché con el brío que da la desesperación, y haciendo un esfuerzo conseguí derribarlo á mi vez; simultáneamente sentí un dolor agudo en el brazo izquierdo y comprendí que había recibido una herida de arma blanca.....; con la concepción rápida que da el espíritu de conservación personal, lleno de infinita angustia, me ví perdido y logré, en mi desesperación, desasirme del abrazo mortal.....; de un salto me puse fuera del alcance del enemigo y sacando una pistola del cinto hice fuego en el momento que se incorporaba para atacarme otra vez.....; recibió la descarga en mitad del pecho, á boca de jarro.....; sentí el golpe del cuerpo al desplomarse. El estampido del tiro fué el primer ruido que rompió el silencio de aquella lucha espantosa....., algo como sonidos inarticulados sentí venir distintamente de la enramada y al mismo tiempo el rumor que levanta un ginete partiendo á escape. Mi caballo que estaba á la puerta bufó golpeando el suelo con los cascos, señal de alarma de ese amigo fiel....., corri á calmarlo, llamando á gritos á mis soldados....., como nadie respondiera descargué al aire la otra pistola que me quedaba para despertar á mi gente; los tacos encendidos cayeron sobre las pajas del techo, el viento los atizó y el rancho empezó á arder. Yo estaba en un estado de ánimo indefinible, no sabía qué hacer y mi pensamiento se aferraba á una sola idea: huir.....; sobreponiéndome al miedo quise saber quién era mi agresor, miré dentro del rancho y á la luz del incendio ví, caído de espaldas, debatiéndose en la agonía á uno de los mestizos....., todo lo comprendí entonces....., corri á la enramada y miré, estremecido de horror, mis dos pobres soldados degollados....., sus caballos habían des-

aparecido....., el asesino huyó con ellos! Pasó por mi algo inexplicable....., ira desarrollada hasta la proximidad de la demencia....., vértigo de furores implacable persiguiendo la venganza....., subí á caballo y abrasándome las mamas arranqué puñados de paja ardiente que arrojé sobre los techos de las otras cabañas, lanzando gritos de furor que nada tenían de humano, y semejante al espíritu de la destrucción entregaba el infame rancherío á las llamas....., después vino la reacción, el hombre predominó sobre la bestia y huí, perdiéndome entre las sombras, yo, el único sobreviviente de aquel bárbaro y cobarde asesinato!

Quedamos en silencio bajo la impresión del relato, recordando mentalmente sus incidentes. Los pasos de mi asistente que volvía con el mate, sacaron de su distracción al señor *** que preguntó:

—Ignora usted el nombre y situación de aquel rancherío?

—Completamente. Mi salvación no terminó allí; sufrí muchas miserias y peligros, la cuchillada recibida casi me ocasionó la pérdida del brazo, pero todo lo di por bien pasado cuando logré incorporarme á los míos.

—Ya sabrá usted, señor ***—dije—que los generales del ejército vencido en Suipacha y algunos otros más fueron fusilados.

—Siguiendo las instrucciones de la Junta de ajusticiar á todos los que se cogieren con las armas en la mano encabezando un movimiento contra los patriotas—repuso mi amigo, que no podía ocultar su simpatía por la revolución.

—Castelli y sus soldados—continuó Llanos impassible—llegaron á la Paz, estableciendo su campamento á orillas del Titicaca sin vadear el Desaguadero, porque el paso

estaba defendido por los realistas. Potosí, Chuquisaca, Cochabamba, Santa Cruz, Oruro y La Paz hicieron causa común con los insurgentes y llegaron á contar cerca de 20.000 hombres en el ejército de la revolución.

—A eso llamo yo voluntad popular!—exclamó con entusiasmo el señor ***.

—Como usted guste. La suerte acompañó á los realistas otra vez, y en la victoria de Huaquí retrocedió la voluntad popular, como la llama usted, y volvió á quedarnos abierto el camino de Salta.

—No fueron muy honrosos los procedimientos de Goyeneche para conseguir esa victoria....., pero es mejor volver la hoja ¿verdad coronel?

—De acuerdo en ese punto. Los insurgentes en completa derrota regresaron á Salta; vea, señor, lo que son las pasiones populares: Potosí, al paso de los vencidos, sacrificó un centenar de los mismos que ayer victoreó.

—Y Goyeneche por su lado entró en Cochabamba á sangre y fuego, talando campos y segando vidas.

—Son esos los resultados de la guerra encarnizada, lucha rencorosa entre realistas y revolucionarios, inevitables cuando la pasión de los combatientes desborda.

—Doblamos la hoja otra vez?

—Rápidamente porque es sombría. Goyeneche se estableció en Potosí; un dato curioso: antes de ocupar los edificios que habían abandonado los insurrectos los hizo purificar con gran ostentación.

—No es mal pensado—exclamó riendo el señor ***—ese general hostiliza al enemigo moral y materialmente, de modo que los patriotas deben ser calificados de «herejes revolucionarios».

—De vuelta á estos parajes, en viaje á Salta bajo las ordenes del general Tristan, reconocí el terreno y

me fué imposible encontrar el rancherío, con mucho sentimiento, porque hubiera cumplido un deber de conciencia arrasando lo que permaneciera en pie.

—Escapó usted de buena y lo felicitó por ello—dijo galantemente el señor ***.

—Gracias; puede usted creer que es el peligro más grande que corri en mi vida. Ya sabe, señor, que volvemos derrotados después de las batallas de Tucumán y Salta..... y avanzando los realistas por el camino del Desaguadero á Jujuy unas veces vencedores, retrocediendo vencidos otras, vamos dejando, en la *via crucis* que recorreremos, sembrado de dolorosos recuerdos cada palmo de este suelo—respondió Llanos con voz conmovida.

Me levanté y saludando silenciosamente á mis amigos penetré en mi habitación.

Aprovechando mi retentiva transcribo esta larga conversación de historia americana, que á mi juicio condensa sumariamente el origen y espíritu de la revolución que, estoy seguro, no conocen la mayoría de los habitantes del país, no los sospechan y tal vez ni los comprenden..... como me ha pasado hasta este momento.



CAPÍTULO III

ORURO, 15 de Abril.

**Retirada.—Potosí y Huayna Potosí.—Temperatura.—
La ciudad.—Riqueza aurífera.—Pasado esplendor.
—Misterios.—Costumbres de antaño.—Viento en
popa.—Sepulturas.—Goyeneche.—Absolución.—In-
certidumbre.**

Cuando nos aproximamos á Potosí, notábamos con sorpresa siempre creciente, la total ausencia del ejército español; ni la más pequeña avanzada, ni un soldado: esto nos tenía intrigados é inquietos. Al fin supimos que Goyeneche, presa de inexplicable pánico se retiró á Oruro, setenta y dos leguas al Norte de esta ciudad, con todas sus fuerzas, quemando los efectos que no pudo llevar y dando libertad á los prisioneros insurgentes que tenía en su poder; con tal precipitación obró cuando supo la noticia adversa, que su movimiento tenía todo el aire de la fuga.

Es cierto que reina inusitada animación entre los naturales, porque todos los días al seguir mi marcha, veo pasar *chasquis* llevando la palabra de los caciques ó *curacas* á las tribus vecinas, y noto entusiasmo en la gente del país, pero la retirada de Goyeneche y el abandono de este punto no está justificada, en mi concepto. Las

fuerzas rebeldes no han pisado el territorio del Alto Perú, la sublevación avanza despacio, como no puede menos de suceder en vista de lo reciente de los sucesos; Belgrano descansa á la sombra de sus frescos laureles, reponiéndose de las inevitables pérdidas que habrá sufrido su ejército y preparándose para avanzar.

*
* *

Antes de llegar á la ciudad de Potosí, se ve á la distancia la cima del cerro de su nombre; paralelo á él se levanta otro más pequeño, el Huayna Potosí, tan rico en mineral como el primero, aunque dificulta el laboreo las abundantes vertientes de agua que encierra.

Desde luego llama la atención los bruscos y desagradables cambios de esta temperatura en las veinticuatro horas del día. En la madrugada se siente un aire muy fresco, mañana y tarde un fuerte calor y por la noche intenso frío. Bajo su cielo de un azul purísimo debido á la transparencia de la atmósfera, se hallan en las tres zonas de este vasto país todos los climas del mundo.

Junto á las montañas áridas y desnudas, donde medran los líquenes polares, los desiertos inhospitalarios y yermos en los que la vida animal ó vegetal es imposible, y parages donde nunca se condensa el vapor de las nubes para mitigar el ardor de la tierra reseca; están los valles fértiles, cubiertos de verdores perennes; el suelo feraz con toda clase de producciones y dos ó tres cosechas por año; los bosques vírgenes, inmensos, con árboles colosales: su contemplación despierta la idea que así debieron ser en los tiempos primitivos los ejemplares de la especie.

De las grandes alturas nacen ríos como el Pilcomayo y Bermejo, que atravesando el suelo por centenares de leguas se unen á la impetuosa corriente del río Paraguay, que incorporándose al Paraná se pierde en el Plata.

*
*

Muy temprano, la mañana siguiente de nuestra llegada á Potosí, caminábamos por la ciudad haciéndole conocer al señor *** los edificios y construcciones más importantes, como el Palacio de la Intendencia, la Casa de Moneda, templos, lagos artificiales, puentes y otros testimonios de la importancia que Potosí tenía en el pasado, cuando, como respuesta á un monólogo secreto, al salir de la iglesia de Santo Domingo nuestro amigo dijo en voz alta:

—Sin embargo, esta ciudad llegó á tener, por el año 1611, una población de más de 150.000 habitantes.

—Es asombroso el desarrollo que tomó en poco más de sesenta años—exclamó Llanos—ya ve usted, fundada en 1547, época que casi coincide con el descubrimiento del mineral en el cerro, antes de dos siglos mira reducida á una octava parte su población total.

—Muy estéril es el terreno que rodea la ciudad, como lo son todos aquellos que contienen minerales, y ya saben ustedes que la parte central del Alto Perú los tiene en abundancia.

—Es cierto—dije—en el último tercio del siglo pasado, cerca de La Paz una montaña se derrumbó á impulso de las violentas trepidaciones del suelo durante un terremoto; entre las masas de piedra descuajadas

se encontró mucho oro virgen y todavía en 1787, merced al lavaje de las lluvias y otros fenómenos físicos, quedaron á la luz nuevas pepas que habían escapado á las primeras investigaciones.

—Este suelo encierra riquezas inmensas. Mas volviendo á Potosí, decía que cuando la explotación agotó el mineral de las vetas superficiales en unas minas, ó el agua las inundó en otras, al internarse el oro en las profundidades del suelo, dificultó el laboreo y limitó los beneficios. Muchos abandonaron el oficio y se fueron á gozar su fortuna en centros como Lima y Chuquisacá, donde la vida era más agradable y barata. Aquí se formaron fortunas tan enormes, que se creerían relatos puramente imaginativos, delirios de insanos, sino estuviere perfectamente establecida su verdad por la evidencia y los relatos históricos de los primeros conquistadores. Es agradable el conocimiento de su historia; lo novelesco y lo real se dan la mano, ¡marchan tan íntimamente unidos! Si en el curso de nuestra conversación mis palabras levantan en vuestro criterio la idea que yo exajero, hacedme el favor de decírmelo para citar las fuentes de donde tomé mis noticias.

—No puede usted imaginar—respondió Llanos—lo mucho que me interesan sus referencias; tengo el mejor concepto de su seriedad y bien lo habrá conocido en la deferencia con que escucho su palabra.

El señor *** agradeció con una graciosa inclinación á la francesa, el cumplimiento. En ese momento pasábamos bajo los arcos del Palacio de la intendencia y me preguntó:

—Sabe usted cuánto pagó un individuo, aquí, por la vara de Alguacil Mayor? Asómbrese: 109.970 pesos; para recibir el cargo dió una fiesta y el pueblo fué obsequiado

con ramos de flores colocados en armazones de oro. Cierta escribano compró una escribanía en 70.000 pesos; aunque nos parezca muy caro ya sabría él su cuenta puesto que los notarios nunca fueron lerdos. La dote que dos personajes dieron á sus hijas fué de 1 y 2.000.000 respectivamente.

—Oh, tiempos felices!—exclamó Llanos—por qué no habré nacido antes?

—Hubo uno que dejó al morir, además de sus minas é ingenios muy productivos, la bonita suma de 100 millones de pesos ensayados.

—Y sus herederos no levantaron un monumento para honrarle?

—No señor, y ese millonario no fué avaro ni egoista. En cierta época un movimiento subterráneo destruyó los diques de los lagos que hemos visto hace poco y á su costo hizo la reparación, que importó 4.000.000; fué tan rico que por los quintos ó derechos de extracción del metal pagó á la casa de moneda 27.000.000. En este mundo imperfecto todo tiene sus inconvenientes y la excesiva abundancia del oro trajo el encarecimiento de los artículos de primera necesidad.

—Tan cara era la vida?—preguntó Llanos.

—Juzgue usted. En esa época, el brioso corcel que caracoleaba en las calles de la Imperial Villa, regido por el apuesto y lujoso caballero, no costaba menos de 2.000 pesos y cada herradura cinco. Las ropas de su dueño 200 pesos la vara, sus borceguies 26; el papel donde depositaba sus amorosos pensamientos dirigidos á la beldad adorada, cuatro pesos la mano. Cuando se solazaban en agradables banquetes, el blanco y tierno pan, la copa de vino generoso que lucía el color del rubí, los manjares humeantes y apetitosos, costaban tanto oro

como pesaban. Que vida de prodigalidad y derroche trascurría para los opulentos mineros! Para enseñar la danza se establecieron 14 casas de baile; los palcos de su teatro valían 40 ó 50 pesos por cada función y en sus 36 casas de juego.....

—Se descamisaban—interrumpió el coronel—me reconcilio con la suerte, porque de haber nacido entonces, hubiera tenido que andar desnudo, muerto de hambre y aburrido.

—Aquí, amigos míos—prosiguió el señor ***—es necesario que ustedes estén prevenidos contra toda sorpresa, porque las cifras que voy á mencionar son tan elevadas que parecen creaciones de narradores árabes. Para darnos cuenta como podían soportar las exigencias de esa vida caprichosa y desordenada los potosinos de antaño, es preciso que tratemos, aunque sea rápidamente, de sus fuentes de producción. Se calcula que el oro y plata extraído de las minas del cerro y otras partes del Perú en 10 años, contando de 1545 en adelante, fué de 613.000.000 de fuertes, y alguien asegura que sólo Potosí produjo hasta el año 1800, la enorme abrumadora suma de 1.647.901.017 duros..... es mucho! ¿verdad? Pero si tenemos presente que en 1658, para celebrar las fiestas del *Corpus* levantaron las piedras de las calles, colocando en su lugar barras de plata desde la Matriz á la iglesia de Recoletos, camino que debía seguir la procesión; que en los festejos públicos celebrando la exaltación de Felipe II al trono de España gastaron los rumbosos habitantes 8.000.000, y en los funerales de Carlos V, 6.000.000..... nada puede admirarnos ni parecernos imposible.

—Así es—asentí—usted que visitó con nosotros el templo de San Francisco, vió que el altar, sus ángeles y

ricos adornos, los candeleros de dos varas de alto, cálices, copones, fuentes bautismales y todo el servicio de la iglesia es de plata y oro. Los que hemos visitado á Potosí sabemos que, tanto en las casas pudientes, como en las más modestas de fortuna, es cosa corriente la vajilla y hasta la palangana en que nos lavamos de plata maciza.

—Qué interés despiertan sus costumbres sociales en pleno ambiente medioeval! Me siento atraído por una fuerza irresistible cuando leo esas descripciones del pasado, donde el espíritu bravío predomina en manifestaciones dignas de la caballería andante; todo es novelesco y original. Esos hallazgos fúnebres hechos al demoler los edificios primitivos que revelan escenas ignoradas de crímenes, venganzas, justicieros castigos acaso, dramas que permanecían desconocidos sin ser sospechados, en el vértigo que dominaba la existencia de estas aglomeraciones humanas.

—Refiéranos usted algo de eso—dijo Llanos—los misterios, por el hecho de serlo cautivan la imaginación.

—Se cuenta que al derribar los muros de cierta casa, descubrieron un escondrijo los albañiles, y en él se hallaron dos esqueletos atravesados por la hoja de una espada, examinando los vestigios de sus ropas se vió que uno era de mujer. En otra parte descubrieron un subterráneo, donde al lado de restos humanos estaban esparcidos distintos instrumentos de tortura.

—Lleguemos á las costumbres—dije—me parece que ya tendrá bastante con lo referido el coronel.

—Esos amorios de callejuela oscura—continuó el señor ***—que terminan á cuchilladas; las justas, luchas individuales, presenciadas por el pueblo con la indiferencia que da la costumbre siguiendo las crueles fases

del combate; las corridas de toros, donde los caballeros se encarnizaban hiriendo al embravecido bruto con el acerado rejón; los bandos de vicuñas y vascongados, enemigos sin piedad, que libraban batallas y tenían con sus rencillas envuelta y alborotada la ciudad; los brillantes saraos en que las damas y caballeros deslumbraban con la riqueza de sus trajes y magníficas pedererías, mostrando su gallardía en las complicadas figuras de la *zarabanda*, *pavana* y *jacarandina*, con pasos de escuela y graciosas cabriolas, vertiendo los apuestos donceles, en el oído de las bellas, las flores de su ingenio y las ternezas del corazón.....

En ese momento llegábamos á la puerta de nuestra posada, y Llanos, interrumpiendo al señor ***, que iba corriendo como una fragata con sus velas desplegadas, viento en popa, en alas de su inspiración, dijo con voz insinuante:

—Amigo mío, volvamos al mundo real: ¿vamos á almorzar?

*
* * *

Me despedido del señor ***, que permanece en Potosí y prosigo mi camino buscando las fuerzas realistas, para presentarme á Goyeneche y pedirle su vénia á fin de internarme tierra adentro, saliendo de la zona en que actúan los ejércitos beligerantes, sin preveer la sorpresa que me esperaba.

Llegando á Sepulturas, aldea vecina á Oruro, veo acampados muchos compañeros de la vencida tropa de Tristan, recibiéndonos con señaladas muestras de cariño. Supe que de orden del general, todos los que buscasen

su incorporación debían esperar en ese punto. Dos días después vino Goyeneche, rodeado de un brillante estado mayor y nos arengó con frases afectuosas y enérgicas. He aquí, en substancia, lo que dijo:

«Hay juramentos nulos, absurdos, que son arrancados por la fuerza y no tienen valor: el que habeis prestado está en ese caso. Después de la derrota os hicieron jurar neutralidad; si no hubiérais cedido á esa exigencia, Belgrano os hubiera retenido prisioneros ú os habría incorporado á las filas de su ejército; no es un juramento espontáneo, existió presión: fué arrebatado en la angustia del momento.»

«Nuestra madre común es España, yo, americano como casi todos vosotros, os lo digo. Dónde habeis oído que un hijo pueda jurar y sostener el juramento de no defender á su madre? Los insurgentes nos combaten llevando al frente las insignias de nuestro ejército porque no tienen otra bandera que la nuestra; qué nacionalidad es la suya? Americanos, súbditos del monarca español.»

«El virrey Abascal declara nula y sin valor la capitulación de Salta y los arzobispos de La Paz, de Cuzco y de Lima os absuelben religiosa y políticamente la obligación moral que habeis contraído, por que: «ningún juramento hecho á rebeldes obliga ante Dios y ante los hombres á los súbditos fieles á su rey». Si á pesar de todo rehusais tomar las armas de nuevo, favoreciendo con nuestra abstención á los rebeldes, sereis tratados como enemigos. Mas no, entre nosotros no hay cobardes que abandonen el puesto en la hora del peligro: compañeros, hermanos de armas, volved á las filas, los soldados del ejército del rey os esperan con los brazos abiertos!»

*
* *

Unos pocos, españoles á lo que creo, gritaron ¡viva España! los demás permanecieron en silencio dudando qué partido adoptar. Sin perder tiempo empiezan á reorganizar el ejército derrotado; faltan muchos soldados, algunos se niegan á tomar las armas, pero se les obliga llenándolos de insultos y golpeándolos.

Magdalena, mi ángel bueno: que tu recuerdo me inspire un procedimiento digno, en la desesperada incertidumbre que rodea mi perturbado espíritu!



CAPITULO IV

ORURO, 13 de mayo.

Sin rumbo—¿Qué hacer?—Vuelvo al ejército—El enemigo en Potosí—Progreso de la revolución—Oruro —El sorocho—Perú incásico — Recuerdos — reuniones secretas—Esperanzas—Música y poesía.

Declinaba el día y el astro rey se acercaba en su marcha eterna al occidente, cuando sin proferir una palabra me dirigí al alojamiento que me indicó mi asistente y le ordené me dejara solo. Libre de testigos importunos di rienda suelta á la multitud de pensamientos que en confuso tropel golpeaban el cerebro, despertando ideas contradictorias que al chocar me aturdían.

Esa desgraciada capitulación de Salta cortó mi carrera militar; lejos de los míos, llorando la ausencia de mi amor, ¿qué porvenir me aguarda? Sólo una solución se me ofrecía, desnuda y brutalmente presentada en la premura angustiada del momento: defeccionar del ejército real y unirme á los insurgentes, acercarme á ella, haciendo posible nuestro enlace; cambiar de pronto la infelicidad de mi vida en la gloria que Dios reserva á los buenos...., y ahogando mi alborozo pareció resonar una voz que respondía á mi secreto pensar: ¡traidor!

¿Traidor? nó. Si los vínculos morales que contraje por un juramento, aunque sea, como fué, arrancado en un instante de flaqueza y desmayo del cuerpo quebrantado por las fatigas y emociones del combate, envoltura ruin que contenía un espíritu apocado y abatido, henchido de dolorosos presentimientos, no tienen valor alguno y pueden ser rotos, ¿porqué habré de permanecer atado eternamente á la promesa jurada, que deposité ante la bandera del rey, de ser fiel y acudir en su defensa, siempre que encuentre un sacerdote que me exima de ella? ¡Ah! ¡Los nublados horizontes se despejan; la libertad de pensamiento y acción, arrebatado por realistas y rebeldes que me impulsan en todas direcciones, como hace el viento con los cuerpos inanimados y sin voluntad, vuelve á ser mi propiedad, torna á su primitivo dueño: soy libre..... cuando un murmullo que partía del fondo de la conciencia, tomando cuerpo en el silencio, sugirió breve y acerado al pensamiento esta palabra: ¡perjuro!

¿Perjuro? Es cierto. Entonces no hay un sitio honrado para mí en mi tierra? Si unirme á uno es traición ó perjuicio para el otro, me retiro, huiré á un sitio cualquiera y esperaré oculto el momento propicio de ir á Europa; me alistaré en las filas del brillante ejército francés que pasea sus águilas victoriosas por el viejo mundo, confundido con esos héroes viviré como ellos para la gloria, olvidando las pequeñeces de la vida entre el fragor de aquellas grandiosas batallas que suspenden y admiran á las naciones..., sí, exclamé con alegría, ahí está mi puesto, esta es mi noble y grande solución! Y apagando mi efímero entusiasmo, un latido del corazón responde á esos proyectos formulando esta pregunta: ¿y Magdalena?

¿Qué hacer, Dios mío? exclamé desesperado.

En esto, la noche había sucedido al día sin darme cuenta de ello y me arrancó de la abstracción el rumor de voces y fuertes pisadas que acercándose vinieron á detenerse ante mi puerta. La sonora voz de Llanos se alzó diciendo:

—¡Saturnino, ábremel!

Permanecí en silencio para que, creyéndome ausente se fueran. Sentía cuchicheos, palabras sin hilación, idas y venidas, por último violentos golpes aplicados al madero.

—¡Nó!—repuso Llanos con energía cual si contestase á un razonamiento de sus acompañantes—Saturnino es valiente, solo un cobarde se mata!

¡Y era verdad! Fuí cobarde, cuando después de haber torturado en vano mi cerebro buscando un camino que seguir, juguete inconsciente de mis pasiones, convencido de mi impotencia...., en ese momento acogia apasionado esa idea seductora, que se me presentaba irresistible con la atracción poderosa del abismo...., como promesa de reposo no interrumpido, olvido eterno de todas las desgracias, remedio único para mis males...., la muerte: el suicidio.

¡Qué vergüenza se posesionó de mí escuchando la palabra severa y franca del amigo leal que sin sospecharlo me levantaba de la postración en que yacía, para sacudir todo el organismo, para sublevar todo mi orgullo al eco de su apóstrofe valiente!

Abrí la puerta y recibí á Llanos en mis brazos.

Mi asistente penetró colocando luz sobre una mesa.

Algo grave debió trasuntar al semblante la tempestad desatada en mi alma, porque Llanos me retuvo abrazado con la ternura de un hermano y ví húmedas sus pupilas.

—¿Dormías?—me dijo blandamente, tuteándome—pero hijo, no es tarea fácil despertarte. Ya veis, señores—continuó dirigiéndose á sus compañeros—que tenía razón; no hablemos mas del asunto.

Los coroneles Astete, Esteller y algunos otros oficiales amigos nos rodeaban. Algo repuesto de mi turbación los saludé ofreciéndoles asiento y cambiando frases corteses.

—Saturnino—dijo Llanos—somos portadores de una misión. El general Goyeneche nos invitó, poco después de tu retirada, á conferenciar en el salón del Estado Mayor; antes de acudir mandé mi ordenanza para que te avisara, pero según parece no estabas aquí. Para ser breve: de la conferencia resultó que volvemos al ejército. No te ocultaré que el capitán mostró desagrado cuando vió que faltabas á la cita y piensa que tu conducta irrespetuosa obedece á la resolución que has tomado de separarte de nosotros. ¿Qué dices?

Apenas si podía coordinar mis ideas después de la estéril lucha moral librada á solas, así que respondí balbuceando:

—No es por insubordinado si falté á la convocatoria del general, la ignoraba; necesitaba estar solo para buscar solución á un asunto que.....

—Es muy delicado—me interrumpió Astete, en el momento que yo me detenía no sabiendo qué decir—y en este caso, mejor es cambiar ideas con amigos desinteresados y de honor, comandante, porque asesorándose de varios, se forma un criterio cabal de ciertos acontecimientos, que si los analizamos á solas, aconsejados por un exagerado pundonor..... los resolvemos mal.

Habría deseado responder, pero no encontraba palabras para expresar mis ideas; viendo que permanecía en silencio dijo Esteller:

—Y después, pensar usted de un modo distinto á nosotros, en este asunto, sus compañeros y leales amigos, encerraría un reproche que no merecemos, ni juzgo á su espíritu delicado capaz de enrostrarnos. Todos estamos en una situación absolutamente igual á la de usted y las mismas razones favorables ó adversas deben pesar. Nosotros, aconsejados por nuestra conciencia honrada resolvemos ingresar al ejército; no hay causa que alegar, Dios y rey nos absuelven del compromiso contraído, no existe: somos libres.

Poco rato antes pensaba de un modo distinto, y en ese momento, escuchando esos razonamientos los encontraba tan evidentes como la luz; el corazón latía con violencia, sentía que la solución se acercaba rápidamente.

—Además—insistió Llanos—la ordenanza es muy severa para los que desertan la bandera en el momento del peligro y parece que el general la aplicará con todo rigor. Vamos, Saturnino, ocupa el puesto que con pena vemos vacío..... hazlo por mí, por estos caballeros tus amigos que te quieren bien.....

—Y por su general—dijo Goyeneche apareciendo en la puerta, viniendo á mi encuentro y tendiéndome la mano con esa exquisita cortesía que es la ciencia de los hombres que actúan en el gran mundo social.

*
* *

Futuro—decía volviendo á mi alojamiento después de acompañar hasta el suyo al general—esfinge indescriptible y muda que el hombre interroga con afán buscando

develar el misterio de tus secretos ¿qué me reservas? Sigo tu impulso, ya no resisto.

*
* *

No son tranquilizadoras las noticias que circulan después de mi llegada á ésta; sabemos que las avanzadas de Belgrano han entrado á Potosí el día 7. Sus emisarios trabajan activamente para atraer la población del Alto Perú, cosa fácil porque puede correr impune al territorio abandonado; sabemos el ódio que abrigan los mestizos por todo lo que sea español, los indios que han quedado libres de impuestos y tributos se plegan á los revolucionarios aportándoles el apoyo de sus recursos y brazos.

Luchamos con el inconveniente que los indígenas huyen de nosotros; una legua más allá de las avanzadas no tenemos noticias del movimiento de la comarca; tampoco en nuestros campamentos soplan vientos mejores. Los rumores corrientes hacen subir el ejército revolucionario á muchos miles de hombres, y la incorporación de los capitulados en Salta hizo conocer á la tropa, por sus referencias, que son los insurrectos soldados disciplinados y valientes, capaces de disputar la victoria á fuerzas aguerridas.

Después de la deuda que contrajeron, al romperla, miran como un deber recordar con relatos ponderativos el heroísmo y constancia que despliegan con el enemigo y la bondad y dulzura que demuestran al vencido; sin querer contribuyen á la desmoralización de sus compañeros y unos por temor, por simpatía

otros, el resultado es desastroso: la deserción deja sensibles claros y se imponen severas medidas para cortarla.

Aquí trabajamos todos para levantar el nivel moral muy decaído, algo se adelanta. Tristán pasó al Perú para responder ante una junta de guerra los cargos que pesan sobre él y se asegura que será separado del ejército. Dicen que el virrey Abascal y Goyeneche tienen relaciones muy tirantes á causa de la retirada intempestiva de Potosí.

Hemos tenido bastantes disgustos con la actitud de la tropa; murmura abiertamente y sin recato del superior, y hay algunos batallones predispuestos á amotinarse bajo cualquier pretexto, pero por el momento los tenemos á raya. Por un pasado de los insurgentes sabemos que la fuerza que ocupa á Potosí es una división de vanguardia al mando del mayor general Díaz Velez y que Belgrano permanece en Salta con el grueso del ejército.

Ardo en deseos de empezar la campaña; quisiera estar lejos de estas escenas tan reñidas con la disciplina militar y busco en las cercanías, explorando cerros y cavernas, así que me lo permite el servicio, asuntos que mitiguen el fastidio que me invade y me aparten de algunos molestos pensamientos que no puedo deshechar.

*
* *

Es Oruro un pueblo que debe su existencia al mineral de oro y plata descubierto á sus inmediaciones en el año 1606. Fué rival de Potosí en sus buenos tiempos;

Sublimes

la población poco tiene de notable, clima muy frío montañas elevadas como el Parinacocha de más de 20.000 pies de altitud la circundan.

En toda la zona de este país donde el terreno se levanta arriba de 9000 pies, experimenta el viajero un malestar que sabe producir perturbaciones graves y que los llaman los naturales el *sorocho* ó *reta*: lo produce la rarefacción del aire.

Al Oeste se encuentra el famoso río Desaguadero, que naciendo en el gran lago Titicaca vierte sus aguas turbulentas en la laguna Aullagas, esta se encuentra al Sud y cerca de Oruro. Todos estos terrenos situados a grandes alturas son muy pobres de producción vegetal y los ganados encuentran escaso alimento en las ciénagas.

*
* * *

Por cierto que todo lo que me rodea es digno de estudio y atención. El recuerdo de los variados y dramáticos sucesos que han tenido lugar en esta tierra, famosa por su civilización y poderío, poblada por una raza fuerte y valiente, mísera y decadente hoy en el suelo de su nacimiento, impresiona vivamente.

Yo visité en Cuzco, el Palacio de Manco Capac, y los que un día fueron bellísimos jardines, destruidos por falta de cultivo y por la mano demoledora del hombre; el palacio del Sol, receptáculo de riquísimas curiosidades artísticas y materiales en el pasado, hoy queda solamente el recuerdo de su esplendor; el palacio de las vestales, hijas de la luna, sacerdotisas de un culto religioso que se derrumbó, como las macizas paredes

de su templo al paso del conquistador; las destruidas fortalezas y el ajuste de las piedras en los muros, revelan que fueron construidas siguiendo ciertas reglas del arte de la fortificación, como los subterráneos admirablemente bien contruidos que ponen en comunicación el palacio real con la fortaleza....

No lejos de Arequipa, al Sud de Cuzco, el viajero se detiene absorto, contemplando en las masas de granito geroglíficos que representan llamas, círculos, hombres y otros signos confusos é indescifrables. Dicen los sabios que es un elocuente testimonio de la existencia de un pueblo anterior á los incas; en el mismo caso está el templo de Pachacamac, famoso por las riquezas que encerró un día. Yo he visto los maravillosos acueductos que surtían de agua á los valles, obras sólidas y atrevidas que salvando los obstáculos, perforando las rocas, llevaban el líquido bienhechor á los terrenos áridos, que se convertían en verdes y fértiles oasis.

Hoy todo está en ruinas. Como sus construcciones de piedra, el culto que practicaban los peruanos cayó ante el dogma de Cristo; el sol, simbolismo de un espíritu poderoso y desconocido cedió su lugar á la cruz; su religión calificada de herética fué perseguida....., quedó esa creencia desterrada del alma de los indios? No; y toman el pretexto de ir en numerosas agrupaciones á visitar los santuarios católicos, pero en realidad van á purificarse primero, á celebrar sus reuniones en las escondidas é inaccesibles montañas, cuando la noche tendiendo su manto de tinieblas protege el misterio.

Entonces aparecen los *caciques*, que con palabra elocuente retemplan á los abatidos y desesperados; *los curacas*, sacerdotes de ese culto perseguido y solo practicado en secreto; las *ñustas* de real estirpe, con la banda

roja ceñida á la abundante cabellera negra..... volviendo la memoria al pasado, cuando dueños de esta tierra, al amparo del suave gobierno de sus incas, los habitantes eran tan felices cuanto es dable serlo en la naturaleza humana; cuando no estaba perdida la libertad y no eran esclavos del blanco cruel y orgulloso; cuando tenían oídos piadosos que escucharan y remediaran las injusticias..... qué felicidad, aun en la esclavitud, poder oír con arrobamiento las tradiciones y leyendas recitadas por sus bardos....., que el recuerdo glorioso de los antepasados, es bálsamo eficaz para mitigar las amargas realidades del presente y entona para esperar días mejores!

Hay encanto y melancólica poesía en sus leyendas, heroísmo en las vivaces descripciones de sus rapsodias, tristeza infinita en sus *yaravis*....., lágrimas y desesperación en los dolientes sonos de la *quena*. Intimamente ligadas la música y la poesía, concepción de la inteligencia y del alma, flores que embalsaman con su bendito aroma las crudezas de la vida, como en todos los pueblos antiguos, de avanzada cultura, el repertorio incásico abarca todos los géneros literarios.

Viendo tales manifestaciones de civilización, porque hasta en sus *quipus* tenían un sistema, que si no puede llamarse de escritura, les servía para consignar y conservar su historia, estadística y literatura, constituyendo un estudio especial ese conocimiento, llamándose á los que lo poseían *quipucamayos*, viene al pensamiento esta reflexión: ¿cómo pudieron sostener los conquistadores que los peruanos eran bárbaros?

..
*
* *

Hay al Sudeste de Oruro, *huacas* del tiempo de los incas, ocultas entre las asperezas del terreno y en estos días se levantó gran alboroto en el campamento, con motivo de haber hallado un soldado un brazalete de oro en una momia; todos sueñan con riquezas fabulosas combinando expediciones para registrar las peñas.



CAPÍTULO V

ORURO, 23 de Junio.

Belgrano en Potosí — Fiestas de la ciudad — Renuncia de Goyeneche — La palma — Libros — Danza y alegría — Su recuerdo.

Desde el final de mayo, el camino á Salta está interceptado por los insurgentes. Potosí es el campamento de Belgrano; sus habitantes, según nos informan los espías que tenemos ahí, han recibido brillantemente á los revolucionarios, levantando arcos de honor á su entrada, prodigándoles banquetes, entusiastas discursos y otras manifestaciones de fino amor y respeto, que no dudo prodigarán también á nosotros cuando reconquistemos esa ciudad.

Los buenos potosinos tienen miedo y procuran captar la simpatía de tirios y troyanos para que no sufran deterioro sus interesantes individuos y relucientes peluconas. No les critico su actitud porque el derecho de conservación personal cada uno lo entiende á su manera, pero como no tienen la conciencia limpia y temen que los insurgentes recuerden ciertos pecadillos del pasado, cometidos en las tropas de Castelli cuando pasó por ahí, en su retirada á Salta después del desastre de Huaqui, se propician la voluntad del vencedor.

Cadete

No deben hacerse ilusiones gratas los insurgentes; Potosí nunca les ha sido ni les será afecto y la prueba la tienen ahora de una manera elocuente, cuando la sociedad aristocrática se retrae en sus quintas ó cierra las puertas de sus opulentas moradas para no confundirse con la ola del pueblo ó las medianías que rodean y festejan á los afortunados guerreros.

La fantástica y lucida fiesta, danza alegórica representando el famoso cerro y las faenas de los mineros para extraer el rico metal que guarda en sus entrañas, dada en honor de Belgrano, y el baile de gala que dió éste para retribuir la cortesía de autoridades y pueblo, no pueden tomarse como signo de confraternidad; es cierto que, entre ellos, habrán algunos que simpatizan de verdad, pero otros es muy distinto el móvil que los impulsa.

La noche del baile dado por Belgrano, le ofrecieron un rico presente, que consiste, según mis noticias, en una guirnalda y palma simbólica de oro y plata primorosamente trabajada; le presentaron el obsequio tres señoras, y una de ellas le dirigió un sentido discurso en el que le rogaba lo aceptase como recuerdo de las damas potosinas que ellas representaban, débil manifestación del respeto que su valor y virtudes les inspira.

Emocionado Belgrano aceptó con profundo reconocimiento, dedicándolo á la municipalidad de Buenos Aires, y desprendiéndose de las dos más bellas medallas que ostentaba en su uniforme las agregó al regalo, uniendo á la ofrenda colectiva la suya personal. En un escudo de oro, rodeado de palmas, también del precioso metal, se lee esta dedicatoria del bello sexo, que transcribo, no por su belleza literaria sino porque tal vez un día lejano pasará á ser histórica:

«Las potosinas constantes
 Que fieles se han mantenido
 En defender el partido
 De nuestras armas triunfantes,
 Viendo cuan interesantes
 Son tus armas y victorias
 Desean que á nuevas glorias
 ¡Oh Belgrano! te prevengas
 Por la patria y que mantengas
 De su amor, estas memorias.»

Muchas filigranas artísticas y el mejor gusto de ejecución descuellan en esta obra que es monumental, pues mide una vara y veintisiete pulgadas de alto y poco más de una vara en su mayor ancho. Tiene varias redondillas encomiásticas pero la más digna de citarse por su hipébole y estructura es esta:

«Hoy la América del Sud
 Te ofrece con toda el alma
 En esta guirnalda y palma
 Los tributos de su amor.»

En esta retribución de admiraciones y afectos mutuos, pasan los días lijeros como ensueños inspirados por hadas benéficas los felices ocupantes de la Imperial Villa.

*
 * *

Terminaba el mes de Mayo cuando renunció Góyeneche y lo substituyó el brigadier Ramirez, quien se propuso atacar á Potosí para reducir la zona que ocupa el enemigo al avanzar, zona que va extendiéndose de un modo alarmante. Cochabamba, Santa Cruz y Chuquisaca están en

armas, quiero decir sublevadas; es cierto que los indígenas, como soldados, no nos inspiran temor, pero como aliados conocedores del terreno, diestros para suministrar víveres y caballerías, dos elementos vitales que dan mucha superioridad al ejército que los posee, son auxiliares preciosos y prestan servicios de verdadera importancia.

Haciendo estos razonamientos, el brigadier desarrolla en una Junta su plan de operaciones, con el fin de localizar el radio de acción de los insurgentes, y para conseguirlo era preciso ponerse á la ofensiva. Aceptado por unanimidad se pone en ejecución, enviando inmediatamente al comandante Olañeta con su batallón y la orden de seguir adelante hasta encontrar las avanzadas enemigas, trabar combate con ellas y tenerlas en jaque hasta nueva disposición, en tanto se dispone lo necesario para hacer mover el ejército.

El 17 de este chocaron las avanzadas sin resultado positivo; la enemiga la formaba un regimiento de caballería compuesto de 500 plazas más ó menos, al mando del comandante Zelaya, y así sería el efectivo del batallón de Olañeta. Terminaron por retirarse los insurgentes á Leñas, aldea que está doce leguas al Norte de Potosí y los nuestros á Ancacato, volviendo á renacer la calma momentáneamente turbada, quedando en la misma situación de antes. Dicen que la suspensión del movimiento de avance, iniciado ya, tiene por causa haber recibido el brigadier una comunicación reservada en la que se le anuncia el nombramiento del nuevo jefe del ejército, recaído en el general Pezuela. Esperamos órdenes.

Sabemos que los indios se reúnen formando grupos informes, mejor dicho inermes, al mando de algunos caudillos que tienen popularidad, pero emboscados en las fragosas sierras del país no se dejan ver; esas masas sin or-

ganización militar, son incapaces de resistir, cualquiera sea su número, el empuje de uno de nuestros batallones.

A propósito, mi escuadrón es hermoso y bien instruido; formado de antiguos soldados, profesa ciega obediencia á la ordenanza y sumisión á la disciplina; es de verlo cuando manobra: la precisión de movimientos, su aire marcial, su compostura. Estoy orgulloso de ser su jefe y tengo como un presentimiento que adquirirá nombre por sus hechos.

Así son todos los soldados de este ejército; sólo necesitan la enérgica dirección de una cabeza inteligente, para volver á ser,—como se operó la transformación en pocos días,—el ayer anarquizado grupo de hombres inobedientes y díscolos, es hoy un formidable ariete que hara saltar por los aires los más fuertes baluartes de la insurrección.

Vida de guarnición hacemos ahora, el tiempo se desliza sosegado y monótono. El mundo social ofrece pocos atractivos, porque como las golondrinas viajeras las familias acomodadas se refugiaron en Cuzco ó Lima buscando ambiente más tranquilo después de la retirada y renuncia de Goyeneche; por suerte algunas pocas fueron más valientes y permanecen en la ciudad.

* * *

No bien supo la pequeña sociedad de Oruro las fiestas celebradas por los potosinos en obsequio de los insurgentes, no queriendo quedar atrás en lo que á agasajos se refiere, dispone dar un baile suntuoso festejando la incorporación de los capitulados en Salta al ejército real, que cuando se quiere danzar no faltan buenos pretextos.

Al tener noticia de estos preparativos, indudablemente propiciados por las autoridades, el elemento j6ven de nuestra oficialidad cuenta con impaciencia los d1as que faltan para la fiesta y se nota mucho entusiasmo en el reducido c1rculo social no menos aristocr1tico y pagado de sus pergaminos y cartas de nobleza que los habitantes de Potosi; indiscutiblemente, las talegas repletas dan mucho peso y representaci6n en el mundo.

Por esos d1as recib1 la agradable visita del se1or ***, que regresa de la Imperial Villa muy desencantado y con razon; los momentos actuales no son propicios para establecer industrias, por que los soldados reales y revolucionarios no es la clientela destinada 1 hacerlas florecer, y el aspecto de estos pa1ses no puede ser m1s deplorable encarado comercialmente.

Viene con todo su equipaje y se propone pasar al Per1 para visitar las ruinas de los antiguos pueblos inc1sicos tan admirados por los sabios. Aunque me resist1 por delicadeza, tuve que aceptar un regalo valios1simo para m1, consistente en una hermosa colecci6n de libros que tra1a para pasar sus ratos de 6cio cuando cre1a posible su establecimiento en el Alto Per1 mi emprendedor amigo.

—Para ofrec1rselos 1 usted los he tra1do—me dice el se1or ***—si no los hubiera dejado all1, pues su conducci6n ocupa mucho espacio en mis bagajes, y como pienso retirarme 1 Francia, en la vida vagabunda que llevar1 antes de arribar 1 Lima, esta carga me estorba y me hace usted un v1rdadero favor si me libra de ella acept1ndola.

—Es que para regalo me parece demasiado—le repliqu1—y no quiero abusar de su generosidad.

—Pero es el caso que ya he dado 6rden de traerlos, y

aquí están, vea usted ese hombre en la puerta que ya trae algunos. Si todavía vacila hágame el servicio de tenerlos en depósito hasta que se los pida.

—Como usted guste.

El señor *** llama al sirviente que traspone el umbral cargado de libros y papeles, dejándolos sobre una silla vuelve por más. Al ver que yo los examino dice mi amigo:

—Ahí tiene usted los maestros del siglo XVIII. Boileau, *L'art poétique*; Pascal, *Pensées*; La Bruyère, *Les erudits ridicules, Les pédants, Les indiscrets*; Bossuet, *Discours sur l'histoire universelle*: le recomiendo lea después á Voltaire, *Mad. de Sevigne, Lettres*; La Rochefoucauld, *Livre de maximes*; Montesquieu, Diderot, *La enciclopedia, Debates de la constituyente*, colección del «Pere Duchesne»..... y otros que verá después.

—Afortunadamente — dije — hice mi aprendizaje del idioma bajo la dirección de mi hermano.

—Clásicos italianos — prosiguió él — Dante, Boccacio, Petrarca..... ¡Ajaah! Platón el divino, Aristóteles y algunos escolásticos; Bacon, Copérnico..... y sobre todo, lo más interesante para usted, atención: Schmidel, Ruidiaz de Guzmán, Centenera, que tratan de la fundación de Buenos Aires, Cabeza de Vaca, sus comentarios; de la conquista del Perú tenemos á Jeréz, Cieza de León, Zárate, Montesinos, Garcilaso; de Méjico cartas de Cortés, historia de Bernal Díaz, Solís y otros..... autores españoles.....

—Pero esto es una verdadera librería y muy elevado el juicio que ha presidido para su formación.

—Elegí mis libros con cuidado y á esto debo haber pasado sin fastidio los tres largos meses de navegación que duró la travesía de Francia á Buenos Aires. En

mi vida he leído más; durante el viaje me lei todos esos libros, verdad es que no hacía otra cosa y estaba tan cómodo en mi encierro como el caracol en su concha.

—Pues yo me prometo—respondí alegremente—imitar en tierra lo que hizo usted en el mar. Todas mis horas disponibles las emplearé en instruirme ya que mi buena estrella me puso en su camino para recibir de usted esta delicada y noble prenda de amistad.

—¡Chit!—dijo riendo mi noble amigo—no olvide, comandante, que mis libros quedan en calidad de depósito en su poder hasta que pida su devolución. Mire usted,—continuó cogiendo un grueso manuscrito—esta es la historia de la Villa Imperial de Potosí, por Martínez y Vela, le recomiendo su lectura, es una crónica, como lo dice su título, de las costumbres, leyendas y misterios de esa gran ciudad en el pasado. Aquí está la colección, hasta el día de mi salida de Buenos Aires, de la *Gaceta* de gobierno, escrita por Moreno, Agrelo, Funes, Monteagudo y otros; este es el manuscrito de la Junta explicando los móviles y tendencias de la revolución. Permítame dejarlo, tengo que hacer.

El señor *** se alejó y quedé examinando los libros que me prometían días de amenidad y provecho intelectual; en adelante no más ratos perdidos en charlas insustanciales y fastidiosas, no temo el tedio y no me asusta la la soledad: estoy bien acompañado.

*
* *

El baile resultó brillante, aunque el elemento femenino era muy escaso suplía esta falta su desmedido en-

tusiasmo. Las damas pronunciaron sentidos discursos en tono conmovido y patético, exhortando á los valientes oficiales del ejército á libertar cuanto antes la provincia hermana de Potosí de la posesión odiosa de los impíos revolucionarios.

Estos discursos produjeron su efecto entre los jóvenes, y ví alguno, bajo la dulce influencia de las sentidas frases y el magnetismo de unos ojos brillantes jurar, puesta la mano en la empuñadura de la tajante espada, ser el primero en colocar, sobre las defensas que levantan los insurrectos en la cautiva ciudad, la enseña española, cuya sola vista desconcierta y aterra á los rebeldes. Hay un poco de exageración en esto, pero sin duda ya están olvidados los sucesos de Tucumán y Salta.

Miedo ó afección; cualquiera de esos dos sentimientos que inspiren las manifestaciones en pro de la revolución se nota un hecho evidente, digno de ser estudiado por los observadores que vivan en estos pueblos, cuyos habitantes están trabajados por dos corrientes de ideas completamente opuestas y que indudablemente, siguiendo una ley humana, las dos no caben en un mismo ámbito; una tiene que ceder el terreno: ¿cuál será?

No puede negarse, como ya lo he consignado en otra parte de estas memorias, que la idea revolucionaria va ganando espacio entre los hijos del pueblo. Se manifiesta en el hogar, dividiendo los miembros de la familia; en el ejército, inspirando ideas subversivas y de disolución; en la sociedad, aconsejando actitudes agresivas y de resistencia al poder hasta ese momento acatado y reconocido por todos. Las monjas que hicieron voto de humildad, renunciando á las pasiones ardientes de la existencia, están hoy divididas en realistas y

patriotas verificando sus elecciones claustrales con todo el estruendo de la vida laica.

Hay *algo* inexplicable que no es dado definir con exactitud; su presencia se siente flotar en la atmósfera, incorporado á los átomos invisibles que pululan á miriadas en los aires; que tampoco los vemos á simple vista, pero que el análisis nos revela su existencia real. Qué rumbos, qué causas ignorados seguirán estos pueblos trabajados por esa influencia que se siente y no se vé?

Así pensaba, mientras al compás de una melodiosa contradanza las parejas alegres y ligeras pasaban ante mis ojos desbordando belleza y juventud y escuchaba sin oír, una tirada erudita del coronel La Hera que con las institutas de Justiniano, las Partidas, el Fuero Juzgo, las Leyes de Indias y qué se yo que más, pretendía demostrar que la actitud de los insurrectos es criminal, están fuera de las leyes...., no puedo saber sus conclusiones, por que al empezar la disertación yo divagaba por mi cuenta y de un modo muy diferente.

Las pálidas luces de la madrugada dieron la señal del término de aquella agradable fiesta; las damas desfilaron, envueltas en sus abrigos, perdiéndose sus elegantes siluetas á la distancia y sólo venían hasta nosotros, como postrera despedida el eco argentino de sus risas. ¡Oh! ¡Qué viva y persistente se levanta á mis ojos una imagen querida cuya ausencia lamenta con tristeza el alma mía!



CAPITULO VI

ORURO, 15 de julio.

Gozo y dolor—Encono partidista—Traidor y perjuro—
Exámen de conciencia—Amor y deber—Resueltos
—Ideas de resistencia—Recompensas—Tentación—
Consuelo.

De las manos amadas he recibido una carta que me ha producido gozo y dolor al mismo tiempo. Puesto que Magdalena me escribe, dedicándome frases cariñosas, es una prueba irrecusable que su alma noble y bella mantiene constante su compromiso de amor. Este pensamiento me dá fuerzas para soportar el sufrimiento que me causan las noticias que consigna.

Copio mi carta contestación á la suya:

*
* *

» Amada Magdalena:

» No tengo derecho, como todo ser consciente á escuchar la inspiración de mi pensamiento, á seguir la voz de mi criterio? Puesto que las pasiones son los impulsores que mueven los actos de los hombres, yo, obede-

España

ciendo á esa fuerza he seguido el rumbo que mis simpatías y convicciones me señalan.

»Pero la injusticia humana, la intransigencia del partidario ofuscado es cruel, no dá cuartel, encarnizándose con saña de fiera en sus adversarios. Implacables, como las venganzas del Dios hebreo, condenan á infamia en la vida y alcánza hasta á los seres queridos el vaho quemante de su hálito maldito.

»Ni la muerte pone fin á ese martirio, por que se tiene el placer insensato de cubrir de ignominia el recuerdo, de entregarlo á la execración de la sociedad en que vivió y que pase, de generación en generación, á simbolizar todo lo más ruin y villano.

...»Judas que vendió á Cristo, y Julián que traicionó á la patria por vengarse de su rey, tienen el premio de su conducta infame, porque mientras quede un cristiano y un español sobre la tierra no dejarán de maldecir sus nombres..... pero yo? Mi único crimen es no pensar como los revolucionarios, haber aceptado la absolución de quien puede darla y militar en las filas realistas siendo americano.

»Me causa horror pensar que si por una de aquellas casualidades que solo las proporciona el «cuarto de hora» propicio, en que el individuo emerge á la luz y adquiere nombre—como en la guerra con sus sorpresas inesperadas todo es posible—si consigo tener notoriedad por mis hechos, cuando narre la historia los sucesos actuales, en la hipótesis que triunfe la revolución y esta parte de América forme otra nacionalidad en lo futuro, dirá el historiador americano que yo fui traidor y perjuero!

»Si ellos son cristianos, si profesan las máximas de la verdad, si en el ofuscamiento de la lucha no han

perdido la noción de la justicia, no pueden cerrar los oídos á todo razonamiento.

»Reconocemos en los sacerdotes el poder de perdonar en nombre del augusto y misterioso creador de los mundos, Dios. Al pie del confesonario, en la penumbra de la iglesia, postrados humildemente, recatando la voz, depositamos en el oído del confesor los más íntimos secretos de la vida, los debilidades inherentes al barro tosco de que somos formados, las dudas que agitan el espíritu hincando sus garras enconadas y agudas en la conciencia..... todo queda en el misterio, todo es perdonado en su nombre.

»El sacerdote tiene en su ministerio el poder de atar y desatar, de absolver y condenar; los casos de conciencia son resueltos por él sin apelación: en *nuestros días* esto es dogma en el mundo cristiano. En la presente lucha insurgentes y realistas lo son; cuando el cañón y el sable terminan su obra destructora, los victoriosos cantan hosannas al Dios de las batallas y los vencidos plegando la rodilla, le dedican preces fervientes sin ocurrírseles inculparle sus desastres; acatan sin murmurar.

»Pues bien; yo me prosterné al pie del confesonario torturado por mi duda, y el ministro del Altísimo, después de escuchar mi triste cuita, respondió, dándome la absolución: «no eres perjuro».

»Belgrano nos aprisiona en Salta, nos obliga á jurar neutralidad y bajo esa condición nos deja libres. No quiero analizar los móviles que habrán inspirado esa resolución; se hizo acreedor de todo mi respeto por su conducta hidalga, y si alguna vez en el encarnizamiento del combate lo encuentro á mi alcance, saludándolo con la espada tomaré otra dirección.

»Pero Belgrano y sus hermanos de causa, nacidos en

país donde rige acatada por los demás países civilizados la soberanía española; que han jurado obediencia al rey de España, que usan su bandera, que su ejército se disciplina por su ordenanza y táctica, que practican su religión, rigiéndose para los actos civiles, por sus códigos y leyes, están en pugna con todo esto: religión, rey, ordenanzas y leyes los declaran rebeldes.

»He meditado en mis horas de recogimiento, cuando el espíritu despojado de sus miserables pasiones da paso á la razón tranquila, á la voz de la conciencia que le indica el áspero sendero del deber..... mi razón y mi conciencia han respondido: que en las luchas de las sociedades humanas chocan distintos criterios, giran diversos ideales, se abren caminos diferentes apreciaciones y cada una sostiene de buena fé, juzgando piadosamente, que su percepción es la verdad; y como los actos que se producen en la vida, eslabones que agrupan ó disgregan á los hombres, están fatalmente sujetos á esas mismas leyes pasionales..... no soy perjuro!

»Yo sé que mi hermano Manuel Antonio figura en lugar descollante entre los que dirijen el movimiento insurgente, hace bien si su razón le aconseja esa actitud, y nos asiste el mismo derecho al hermano que hizo causa conmigo y á mi para pensar de un modo distinto al suyo.

»No ignoro que todos los hombres de tu familia están con la revolución, que bajo ese punto de vista me consideran como enemigo, y si un día creí posible su aquiescencia á nuestro amor, hoy debo abandonar hasta la esperanza de obtener su consentimiento á un enlace que lo deseo con el frenesí del delirio.

»Y aquí se libra en mi alma una lucha tremenda entre el deber, mandato imperioso del honor y la pasión que cada día aumenta con la ausencia, afán inmenso que me

inunda y que dejando de ser afecto humano se convierte en culto.

»Oh sí, Magdalena! No es la blasfemia del impío, del ateo descreído y sin ideales lo que voy á decirte de rodillas, con la unción del cristiano ante el altar cuando se eleva en el silencio la sagrada forma: Dios, religión patria..... eso eres para mí!

»Mísera condición humana! El hombre siempre gira con carrera alocada, como el satélite en torno del astro que lo retiene cautivo con el poder de su atracción irresistible, al rededor de los afectos de su débil corazón. Por eso van ya dos veces que he llorado en este año maldito; la primera en Salta, la segunda ahora, en este momento..... releyendo las líneas de tu carta que dejo casi ilegibles con mis lágrimas y besos!

.....

»Me dices que están ahí resueltos á ser sacrificados todos, hasta las mujeres, para defender la independencia de ese suelo....., cómo no han de ser tan bravos los hombres, si vosotras, tímidas como las tórtolas de nuestros valles salteños, os sentís capaces de ser heroicas.....; que el pueblo delirante de alegría nos mira lejos y espera confiado no volver á vernos....., y me llamas á tu lado describiendo con vivacidad los honores y distinciones que otorgaron á su valiente tropa las autoridades revolucionarias....., me confías tus anhelos, tus esperanzas de verme figurar entre ellos, porque me espera el más brillante destino y la más dulce de todas las realidades, ser tu esposo.....

»Tentación, que vas avasallando mi voluntad con tu influjo enervador, presentando á mis ojos el miraje deslumbrante del amor y la gloria!.... no, no puedo, resisto; harto desventurado soy ya! No insistas, Magdalena, mucho he descendido en mi propio concepto.

»Mas en medio de tantos sinsabores, siento ahora la compensación; rayo de sol que disipa las fúnebres tinieblas nocturnas han sido para mi alma estas palabras: «amo y espero».

»Incoherente, como mis ideas, es mi carta; vierte el bálsamo de tus frases consoladoras en el alma de tu desgraciado

SATURNINO».

*
* *

Cómo recuerdo y agradezco á cada momento la delicada fineza del señor *** al dejarme sus libros; qué mundo de pensamientos nuevos y desconocidos despierta en mi su lectura! Y también qué refugio y consuelo contra mis desfallecimientos encuentro en sus páginas; si no fuere por ellos qué sería de mi?



CAPÍTULO VII

ANCACATO, 2 de *septiembre*.

El brigadier Pezuela — Desorientados — Nostalgia — En Comisión — Partida de Oruro — Encuentro — Entre los indios en viaje á Cochabamba.

El tiempo que transcurrió sin consignar las ocurrencias que forman estas páginas lo he pasado viajando. Voy á ocuparme de ello y referiré mis aventuras utilizando las notas de mis apuntes y recuerdos personales; pero antes necesito volver á tomar el hilo de la narración desde el día de mi partida.

*
* *

El 2 de Julio supimos oficialmente que el brigadier Pezuela es el general en jefe del ejército. Su primera medida fué ordenar se trasladase el campamento á Ancacato veintitres leguas al Sud de Oruro, camino de Potosí; esta disposición produjo efectos óptimos en el ánimo de todos. Había entusiasmo, actividad y alegría en la tropa, esperando que pronto se podrá ir más adelante.

El brigadier es antiguo militar, formado en los campos

Terceto

de batalla, hábil y enérgico, se sintió desde el momento el influjo de su inteligente dirección. A su pedido vienen de Lima refuerzos de tropa y pertrechos. También llegaron noticias favorables; habían arribado á Montevideo mil hombres, primer anticipo de un ejército de 10.000 que vendrán pronto.

Al evacuar á Potosí en el mes de mayo, el general Goyeneche dejó comisionados secretos, adictos á la causa, con el objeto de promover la deserción en el ejército insurgente una vez que hubiera ocupado la ciudad, empleando todos los medios que juzgaren conducentes á este fin.

Tales manejos ocultos dieron buen resultado, y merced á ellos muchos soldados, peruanos en su mayoría, abandonaron sus filas pasando á servir en las nuestras, dándonos importantes informes de las operaciones que se desarrollaban allá. Alentados por la facilidad con que habían llenado su cometido hasta ese momento, fueron imprudentes, se hicieron sospechosos y cayeron en una celada que evidenció su culpabilidad; se les fusiló en una plaza pública por los delitos de soborno y espionaje. No teníamos medio, en adelante, de saber lo que pasaba en el campamento enemigo, estábamos desorientados.

* * *

Después de la carta que escribí á Magdalena, no podía soportar la vida inactiva que llevábamos en el campamento; me sentía devorado de impaciencia, especie de enfermedad moral que se había posesionado de mi espíritu, tedio ó nostalgia que tiene un nombre y reconoce una causa: mal de ausencia.

Yo necesitaba una vida llena de movimiento, de peligros, para que la tensión nerviosa, el cansancio físico, ahogaren el pensamiento persistente, obstinado, que me llenaba de negra melancolía ó amarga desesperación, cuando en las noches interminables del insomnio el sueño huía de mis párpados y la imaginación, apartándose del sugeto de mis lecturas se obstinaba en no olvidar.

Para qué negarlo? Ese vergonzoso apóstrofe ¡perjurol me preocupa y desconcierta de tal manera, que siento cuantas veces lo recuerdo, una sensación análoga á la que debe producir el golpe del látigo que cruza el rostro. No podía apartar de mi memoria esa palabra; me parecía escucharla en el roce de las ramas movidas por el viento; en el murmullo del río al chocar las aguas con la ribera; en el ¡alerta! del centinela en la avanzada, cuando el eco, rodando por los cerros la traía al oído!

Un día, después de haber pasado la noche entre angustias sin nombre, supe que el brigadier dispone mandar personas de su confianza á las provincias sublevadas, para saber los movimientos que se producen. Inmediatamente resuelvo pedirle me confíe la misión y me dirijo á su alojamiento haciéndome anunciar. Viéndome entrar se levantó de su asiento y tendiéndome la mano dijo:

—Comandante Castro, celebro mucho ver á usted, en qué puedo servirlo?

—Mi general,—respondí—le suplico me permita exponer sin preámbulos mi pretensión. He sabido, hace un momento, que usía debe mandar emisarios secretos á Cochabamba; si mis servicios merecen la distinción de que se me confíe la empresa lo miraré como un favor.

—No sabe usted que eso es muy peligroso y se corre el riesgo de no volver? Esa misión no es para usted.

—Sin que sea un necio alarde, eso es precisamente lo

que me seduce; esta vida sedentaria no es para mi temperamento, necesito otro ambiente donde actuar. Por el momento Belgrano, dueño de Potosí, se ocupa solamente de organizar sus recursos; no piensa ni puede moverse en operaciones de guerra y juzgo á propósito el momento para inquirir qué sucede en las provincias sublevadas.

—Desea ir allá? . . .

—Sí, mi general, me interesa mucho conocer de cerca la importancia del movimiento insurgente. Es necesario penetrar hasta el centro del país, saber los elementos y recursos que pone al servicio de la revolución; todos estos informes no deben ser abultados por el miedo y no debe confiarse tal empresa sino á quien haya demostrado aptitudes....., si usía cree que las tengo.....

—Acepto su ofrecimiento, comandante, y estoy muy satisfecho de confiar á usted esta delicada comisión porque tengo absoluta confianza en su inteligencia.

El general me dió sus instrucciones indicándome algunos amigos de causa que viven en esas provincias, con los que debo comunicarme; hace tiempo no se sabe de ellos, lo que supone mucha vigilancia en los insurgentes.

*
* *

Disfrazados de *yunqueños*, indígenas que trafican vendiendo resinas y hierbas medicinales, llevando su mercancía á la espalda, ó en la grupa de la mula en grandes alforjas, podíamos pasar con relativa seguridad siempre que no inspirásemos desconfianza á sus congéneres, que son muy suspicaces. Procuréme dos trajes adecuados y acompañado de Cruz termino mis preparativos.

Cruz es mi asistente, mestizo natural de Cuzco, joven, ágil y valiente, agregando á estas cualidades la discreción, es el servidor ideal. En el combate de Nazareno le salvé la vida y desde entonces me acompaña con un cariño y adhesión sin igual; habla el quichua y aymará á la perfección y para no delatarme, puesto que no sé estas lenguas, debo pasar como sordo-mudo, desgracia que azota á muchos habitantes de Cochabamba.

Una noche nos pusimos en viaje dirigiéndonos al partido de Arque, siguiendo la senda estrecha que nos engolfó en una red de cerros y quebradas muy escabrosas. Es admirable el instinto de orientación y la inteligencia que desarrollan las mulas para vencer los obstáculos que nos ofrecen estas alturas; el caballo que no tiene igual en la llanura se despeñaría al atravesar las angostas veredas donde la mula apoya el casco con toda seguridad.

Imponente es el paso de estos desfiladeros; magestuoso el silencio de la noche, solo interrumpido por el rumor de alguna roca que desprendiéndose de su base, minada por la acción destructora del tiempo, rueda por los cerros despertando el eco que en estos parajes adquiere una notable sonoridad.

Más allá del reducido espacio que alumbraba la moribunda llama del fogón reinan las tinieblas; se cree ver en esa obscuridad, como danza macabra, fantásticas visiones blancas, grises, que pasan en muda procesión perdiéndose en el abismo inmediato. Allí he comprendido por qué la imaginación indígena es tan copiosa en apariciones sobrenaturales.

El fuego se apagó y tiritando, envuelto en el poncho, tendido sobre las duras rocas que sirven de lecho, en silencio absoluto — porque hasta el viento parecía dormir esa noche — concebí fácilmente debió estar así el mundo,

en los primeros días de la creación, cuando: «las tinieblas se cernían sobre el abismo y el espíritu de Dios se agitaba sobre las aguas».

* * *

Llevábamos una pequeña provisión de coca, vegetal muy estimado por los indígenas, en particular el de yungas, de propiedades tónicas y estimulantes. Hemos encontrado en las elevaciones pequeños montones de piedras, especie de altares propiciatorios levantados en honor de Pachacamac, dios de la religión peruana, ante el cual se inclina el viajero al pasar, arrojándole el *acullico*, porción de coca que acostumbran estas gentes llevar en la boca cuando caminan; es la ofrenda para captarse el favor del espíritu invisible. También es sitio de refugio durante las tempestades; el rayo y granizo jamás visitan este lugar, según ellos lo aseguran. Creía que las *apachetas* solo se hallaban en los Andes, pero por lo que he visto las hay en todas las montañas por donde pase una senda.

Ese día no encontramos más seres que algunos cóndores asentados en las alturas ó elegantes alpacas y vicuñas que nos miraban un momento desde lejos, con sus ojos grandes y dulces, tomando la carrera después, para perderse veloces en las vueltas de los cerros.

Al caer la tarde íbamos tranquilamente al paso de las mulas por una quebrada; delante de nosotros cayó una piedra. Miró Cruz en la dirección de donde vino y me dijo muy quedo:

—Nos observan, he visto un hombre en la altura.

—Ánimo—repliqué—empiezo á representar mi papel y válganos tu habilidad.

Seguimos caminando como si nada hubiera pasado; en una vuelta desembocamos á un llano donde se notaba alguna vegetación. Buscamos sitio adecuado y nos preparamos á dar libertad á las mulas cuando nos vimos rodeados por los indios. Empezaron á registrarnos hasta dejarnos casi desnudos primero á nosotros y después á las bestias; como no encontraran nada sospechoso, el jefe del grupo, hombre atlético, armado de un grueso palo que llaman aquí *macana*, nos interpeló bruscamente:

—Eh! Quienes son ustedes?—estas palabras eran pronunciadas en mal cástellano.

Cruz respondió tranquilamente:

—Somos de Yungas y venimos arrojados de allá por los españoles.

—Qué vienen buscando acá?

—Vamos á Cochabamba á vender remedios que es con lo que ganamos la vida.

—De dónde han salido?

—De La Paz.

—Y por qué traen el camino de Oruro?

—Por que de La Paz fuimos á Oruro y de allí nos despidieron les *chapetones* sin permitirnos vender nada, entonces resolví venir á Cochabamba.

—Y vos *ché*, cómo te llamás?—preguntó de pronto encarándose conmigo.

Como si no hubiera oído la pregunta seguí mirando indiferentemente á los del grupo, sin responder, procurando tomar la actitud de atonía peculiar á los idiotas.

—Es sordo-mudo—dijo Cruz—lo poco que entiende es por señas.

—Pobre hombre! Qué mal corazón tienen los *godos* arrojando así á un desgraciado! Y qué has visto en Oruro?

—Soldados armados de sables, lanzas, fusiles y muchos cañones, no nos permitieron entrar en la ciudad porque dijeron éramos espías; nuestros hermanos no se ven.

—Es que todos se han venido con nosotros después de las crueldades que cometieron hace un invierno en Cochabamba.

Efectivamente, en mayo del año pasado, Goyeneche entró en esta provincia á sangre y fuego, saqueó la ciudad y arrasó la campaña; cómo no ha de ser aborrecido el ejército español!

El diálogo tenía lugar en esa jerga hispano-quichua que hablan los indígenas. Pareció satisfecho el jefe de las explicaciones de Cruz y siempre conversando con él nos llevó á su aldea que está al abrigo de una quebrada por la que corren las tumultuosas aguas del Colcha; el pueblo toma el nombre del río.

Nos alojamos en un gran galpón de techo pajizo y acudió la población que cuenta pocos centenares de habitantes. Fui blanco de sus miradas y noté compasión en todos los rostros. Cruz distribuyó algunas hojas de coca y me pareció que esta largueza influía mucho en el buen ánimo general.

Nos obsequiaron con *Camcha*, maíz tostado; *chicha*, fermento de maíz machacado y agua, y *charqui*. Al retirarse ejecutaron el *cacharparihudi*, baile de despedida que se verifica la vispera de la partida del huésped significando el deseo que el viaje sea sin obstáculos.

Al día siguiente nos indicaron el camino más fácil y directo para ir á la ciudad haciendo votos porque el arco iris alumbrase con luz nuestro camino como anuncio de felicidad. Estos rudos indígenas tienen cierta manera de

expresar su deseo que sorprende por la idea generosa y sencilla que encierra.

Bajo la impresión agradable de la fácil entrada al país sublevado emprendemos la marcha, despidiéndonos afablemente de nuestros huéspedes.



CAPÍTULO VIII

ANCAÇATO, 8 de septiembre.

La campaña—Temperatura primaveral—Cochabamba—Sin novedad—Recluta de soldados—El coronel Arenales—Listo para marchar—Procesiones—Fiesta de la chicha—Fiesta de San Andrés—Cholos—Costumbres—Vidalita y Yaraví.

Caminando hacia el Este las alturas van deprimiéndose; cerca de Cochabamba la montaña se divide en ramales, dejando entre ellos extensas praderas muy fércaces, regadas por ríos importantes como el Ayapaya, Paracti y algunos más. Los montes Tunarí y San Pablo destacan entre los cerros sus elevadas moles.

Penetramos en el valle, que es muy grande; quedé maravillado de su asombrosa fertilidad. Hay sitios donde cabalgando en las mulas nos llega la hierba á los estribos. Los declives de los cerros, bordados de bosques espesos, muestran altos y corpulentos árboles; más abajo, donde principia el valle, los naranjos y limoneros perfuman el aire con sus azahares; las *amancaes* ó *azuernas* silvestres levantan sus bonitas flores en el verde tapiz de la pradera.

Era la estación inclemente del invierno, pero el cielo sereno y la temperatura suave de las mañanas inducían

á creer que empezaba la agradable primavera. Todo contribuía á mantener esta ilusión; enjambre de canoros pajarillos deleitaban el oído; las mieses levantaban sus tallos vestidas con sus mejores galas. Aproximándonos á la ciudad, situada á orillas del río Rocha, notamos la campiña magnífica de Calacala, sus grandes alfalfares, huertas y bien cultivados jardines.

Esta ciudad, fundada en 1563 con el nombre de Oropeza, tomó después el del valle donde se asienta. Sus calles empedradas, rectas y angostas, con sólidas casas de material, algunas de altos con balcones de madera, iglesias, hospitales, casa de gobierno y otros edificios, no ofrecen nada de notable. En los suburbios se ven muchos ranchos donde habitan las familias pobres.

Nadie nos incomodó por el camino, he sido objeto de la compasión de todos y me han socorrido en mi fingido infortunio; verdad es que hago mi papel con el arte de un maestro, según asegura Cruz. Oyendo las conversaciones, quién se recata de un sordo-mudo? Sé que el coronel Zelaya, perteneciente al ejército insurrecto, está formando una división á la que sirve de base un escuadrón de línea y piensa elevar esta fuerza á 1.500 hombres.

El coronel Arenales es gobernador de la provincia y no descansa un momento en sus trabajos á favor de la revolución; debe á ella su nombramiento. Nacido en España se crió y educó en América, me parece que en Buenos Aires; de carácter valiente y tenaz, decidido partidario de los insurgentes, tuvo el mando de las fuerzas militares al estallar el movimiento de Chuquisaca el año 9, y le valió esto ser prisionero en las Casas Matas del Callao hasta 1812, época que salió en libertad. Inmediatamente se unió á sus compañeros de

causa, ayudándolos con todo su poder y recursos; es buen soldado y gobierna con tino y equidad.

Pudiendo andar impunemente por donde quiero, con el pretexto de llevar Cruz una medicina á cierto enfermo, vamos á inmediaciones del campamento de instrucción y veo que todo está por hacer; no tienen armas, hay para mucho tiempo. Me puse al habla con un amigo nuestro que pasa por muy afecto á los insurgentes y por él sé muchas cosas y detalles que sería imposible comprender si no hubiese tenido la idea de hacer personalmente este reconocimiento.

Nada me queda que averiguar, sé lo que me interesa y dispongo pasar á Chuquisaca atravesando el territorio, lo que me permitirá apreciar mejor el espíritu que anima á sus habitantes. Pero antes quiero decir algo de lo que he visto y oído contar referente á las costumbres cochabambinas.

Aquí son estas gentes exajeradamente religiosas, más que religión es fanatismo. Pero la culpa no es del vulgo ignorante y supersticioso sino del clero ávido del lucro, que se vale de todos los medios para sacar dinero y explotar á estos infelices.

Las procesiones religiosas es lo más grotesco y risible que se puede imaginar; yo las he visto varias veces en mi larga estadía en el Alto Perú y mi amigo, persona instruida y seria, me asegura que esta ciudad deja atrás todas las otras por su exajeración; sin embargo, en Potosí las tropas de Belgrano, al ver el talante y actitud de los devotos, no podían tener la risa, y eso que estaba bien presente en su memoria los terribles bandos que imponen respeto ilimitado á los usos y costumbres del país.

PROCESIONES

Los curas párrocos tienen trajes militares y civiles disponibles para alquilar al más alto postor, que usan los adquirentes durante la ceremonia; los indios vacían la bolsa para tener el placer de vestirlos, acompañados de su correspondiente máscara. El día de la fiesta acuden á la iglesia y la persona que no esté en antecedentes, creará ver una mascarada carnavalesca, tal es la impresión de ridículo que inspiran.

Allí hay de todo: generales de relumbron que arrastran la espada por las piedras pavoneándose, descalzos y ostentando una máscara de fisonomía imberbe y aire pudibundo; doctores de frac y sombrero de copa, con rostro de Baco por lo rojo de las mejillas y narices; ermitaños que arrastran los oscuros hábitos, con cara iracunda y feroz, erizada de cerdas en vez de barbas.....

Cuando penetran en la iglesia lo hacen contritamente; colocan el santo en las andas, que soportan cuatro hombres caprichosamente vestidos, y sale la procesión á pasear por las calles de la ciudad, guiado por un disfrazado de general, que seguramente es el que pagó más, portador de la cruz. Quemando perfumes en incensarios de plata van algunas jóvenes indias á los lados de la imagen; detrás los músicos soplando cuernos, flautas de caña y golpeando tambores con un estruendo ensordecedor; sigue á todo este aparato el pueblo.

En esta disposición una interminable multitud bulle por las calles, dando expansión con ruidosas manifestaciones á su fervor místico, viviendo al santo, gritando de alegría, quemando cohetes de india y haciendo el estrépito posible para el mayor brillo de la función.

Tal vez será una reminiscencia de los tiempos pasados

cuando los pueblos incásicos celebraban las ceremonias de su culto al Sol, ó bien hijo del carácter pueril de estos sencillos seres; el caso es que al encontrarse dentro de su traje el indio se yergue, camina con enfática prosopopeya, mueve la cabeza, brazos y piernas con ademanes tan cómicos que dan á ese acto, que debiera ser muy serio, un aire de sainete.

Cuando han corrido las principales calles de la ciudad vuelven á la iglesia de donde salieron, para dejar santo y andas en su sitio, pero la fiesta sigue en casa de los disfrazados, que continúan vistiendo sus trajes, ofreciendo á sus relaciones abundantes comidas y copiosas libaciones de *chicha*. Así pasan entretenidos el día y la noche gustando de los placeres que les ofrecen el baile y canto nacional.

FIESTA DE LA «CHICHA»

El licor así llamado se fabrica en casas especiales y ocupa su manipulación cierto número de individuos; ya he dicho que este líquido es un fermento de maíz pisado y agua. Cuando la bebida está en punto para usarse, se verifica una fiesta religiosa antes de abrir los envases; cada indio tiene un santo de su particular devoción, el dueño de la *chicha* lleva el suyo, conducido por dos personas y alumbrado por cirios benditos, al son de músicas, tambores, cohetes y cantos, á la iglesia para decirle una misa.

Dentro del templo colocan al santo sobre el altar y mientras tiene lugar la misa cantada, el más puro recogimiento y respetuosa unción reina entre los fieles. Termina la ceremonia y vuelve el acompañamiento, con el mismo aparato que salió, á la casa del fabricante.

Allí el santo es colocado sobre el recipiente, previa-

mente adornado de flores y cintas, que en ese acto se debe abrir, el primer vaso debe brindársele y le es ofrecido de rodillas con toda reverencia y humildad; como el santo no puede beber, simulan que lo verifica y vierten algunas gotas del líquido en su boca, apurando el ofertante el resto. De este modo queda santificada la *chicha* y lista para el consumo diario; pero la fiesta continúa entre trago y trago, música, baile y canto por el resto del día.

VÍSPERA DE SAN ANDRÉS

Todos los años, la víspera del nombrado día, multitud de indígenas se reunían en el atrio de la iglesia al caer la tarde, provistos de azadones y palas, grandes cántaros de *chicha* y hachones encendidos, para desenterrar los sacerdotes muertos y llevar sus restos á la iglesia de los antiguos jesuitas expulsados, con el objeto de velarlos.

Pasaban la noche en este trabajo, bebiendo, exhumando cadáveres, beodos, cometiendo toda clase de excesos por que á la luz incierta de los hachones hormigueaban confundidos los sexos. Arrastrados por la exaltación del momento y con la idea de continuar las saturnales, arrancaban el cráneo de los muertos y los conducían á sus casas, donde los velaban entre cantos y músicas, reproduciendo las mismas torpes escenas de la iglesia.

Los cuerpos, en diferentes grados de descomposición quedaban abandonados y eran pasto de los perros famélicos. El aire, inficionado por las emanaciones miasmáticas envenenaba la salud de los más robustos y crueles enfermedades azotaban la población. Todo era estimulado por el clero porque le producía pingües entradas á cambio de misas de cuerpo presente, nove-

narios, responsos y otras ceremonias que mandaban celebrar con tal motivo aquellos pobres fanáticos.

Todavía se producen estas prácticas en los curatos fuera de la ciudad y cree mi amigo que aun se verifican aquí con todo sigilo.

COSTUMBRES

Abundan los ciegos; el mayor número corresponde á los varones y casi siempre entre los llamados cholos. Estos pobres serés, en la noche sin fin de su existencia, tienen muy desarrollada la afición por la música que cultivan con pasión y gusto. Son individuos bien conformados y tienen impresa en el semblante una expresión de tristeza que los hace simpáticos.

Las cholas son robustas, airosas y por lo general bellas. Cuando pasan moviendo el talle delgado y cimbrador, con el rostro gracioso que alumbran dos ojos negros y chispeantes, arrojando con desenfado bocanadas de humo del cigarro de hoja, al que son muy afectas, no se puede menos de admirar la hermosa raza que formó la fusión hispano-peruana.

Quedó vivamente grabado en mi memoria el canto lleno de profunda melancolía que oí una noche, cuando los habitantes de la casa que nos daba hospitalidad, celebraban una tertulia, en el gran galpón, como es la costumbre popular. Sentado en un ángulo, con los codos apoyados en las rodillas y semi-oculto el rostro entre las manos, escuchaba, conteniendo los latidos del corazón, la alegría franca y expansiva que se producía en el recinto.

Conducida por una hermana llegó una chola ciega, bella y agraciada con su aire de lánguida resignación; era poetisa y música: guardaba en la mente los cantos

que la tradición trajo á su oído dándoles la preferencia siempre que cantaba. Aunque es muy usado el violín, la ciega tocaba con maestría una magnífica guitarra española, muda confidente de los anhelos y secretos deliquios de aquella pobre alma solitaria.

Le pidieron que cantase y ella cogiendo la guitarra, recorrió el diapason arrancándole acordes de encantadora suavidad; pero después aquellos sonidos fugaces fueron acentuándose y brotó, espontáneo y quejumbroso, el ritmo del *yaravi*. Este aire se canta á duo y las hermanas habían elegido los versos del poeta peruano Mariano Melgar, muy estimado aquí por su estro inspirado.

De pronto se levantaron, cristalinas y puras, las voces de las cantoras, con modulaciones de llanto que denunciaban lágrimas retenidas de pasión, ecos de infinita tristeza en demanda del benéfico alivio que se desea y no llega.

Tu me intimas que no te ame
 Diciendo que no me quieres
 ¡Ay vida mía!
 Y que una ley tan tirana
 Tenga de observar perdiendo
 Mi triste vida?

Sentiase el hervor de diversos afectos; ayes conmovedores, lamentos que concluían en sollozos..... descollando en el tumulto de esos sentimientos la tierna suavidad de una caricia, la ciega adoración hacia el ingrato insensible al llamado de tanta abnegación:

Yo procuré olvidarte
 Y morir bajo el yugo
 De mi desdicha;
 Pero no pienses que el cielo
 Deje de hacerte sentir
 Sus justas iras,

Que impresión! Nunca he oído cantar así! No puede haberse lamentado con más doliente queja Kanchacc, la poetisa inspirada, la musa peruana, cuando vertió sus *yaravies* llorando la esquivéz de su bien amado Sahuar Smacc! Es preciso oír esta melodía para saber la conmoción que produce en el alma.

También la *vidalita*, llena de inflexiones tristes, como el arrullo de la torcaz en la selva umbría, llenó el ambiente:

No hay planta en el campo

· · · Vidalitay!

Que florida esté

Todas son tristezas .

Vidalitay!

Desde que se fué.

Donde quiera que vaya encuentro vivo y latente el grito universal que anima la existencia, el amor: la vida!



CAPÍTULO IX

PEQUEREQUE, 20 de septiembre.

Salida de Cochabamba—Viaje feliz—Alturas, valles y bosques—Aves é insectos—Viajeros sospechosos—Combate—Eclipse—En salvo—Valle Grande—Adhesiones—Venta de productos—El capitán X—Chuquisaca—Reflexiones—Chayanta—Soldados indios—Encuentro desagradable—Lucha—En el campamento.

Salimos de Cochabamba buscando el territorio de Valle Grande, que oblicua al Sudeste de esta ciudad; aunque la distancia es mayor que el camino directo á Chuquisaca, esto me permitirá pasar por el centro de Mizque y observar los movimientos, tomando noticia al mismo tiempo de las operaciones que efectúa el coronel Warnes, gobernador de Santa Cruz, que se ha incorporado á la revolución.

Estoy desencantado de este viaje; la facilidad que en todas partes parece propiciar la suerte referente á mi reconocimiento me tiene sorprendido. No pensé fuera posible introducirme en el país enemigo con tanta felicidad despojando de peligros una empresa que de buena fé juzgué difícil. No obstante, debo reconocer que el movimiento, las impresiones y diferencia de hábitos

locales me proporcionan cierta tranquilidad de espíritu que no es tan completa como deseo, pero que hacen más tolerable y llevadero mi estado de ánimo.

*
* *

Ríos considerables como el Grande atraviesan la comarca, alturas que llaman punas se hallan en toda su extensión; muchas quebradas y valles con bosques de cedros, tipas, ceibós y otros representantes de la vida vegetal, no muy elevados en su desarrollo, pero bastantes densos. La población es reducida y nos han advertido los habitantes de las aldeas por donde pasamos que tomemos precauciones por el camino, para evitar encuentros desagradables, cuando nos internemos en terreno despoblado.

A nuestro paso se levantan con vuelo rápido y silvante grandes perdices y vemos admirados la abundancia de aves silvestres que en numerosas bandadas pueblan las lagunas sin alarmarse; en los bosques las pavas, tórtolas, tordos y cotorras revuelan y parlotean. Arrancábons á menudo de esta contemplación el doloroso aguijonazo de los tábanos y las picaduras molestas de los *mariguís*, *gegeles* y *polvorines* que forman nubes movibles en los días calientes, rodeando los ginetes.

Acampamos una tarde, al caer el Sol, al abrigo de un grupo de *molles*; asamos una *mulita*—que cojimos en el camino, cuadrúpedos tan abundantes como los *peludos* y *quirquinchos* sus congéneres—al calor de una buena hoguera, y nos regalamos esplendidamente con su sa-

brosa carne; cayó el día, antes de dormir arrojamos al fogón una buena cantidad de leña para evitar la invasión de los intrusos merodeadores, y cerramos los ojos favorecidos por el silencio de una noche hermosa y tranquila.

Sería la media noche, cuando los *teros* dieron su alerta, mientras los patos, gallinetas de agua y flamencos dejaban la líquida superficie dando chillidos y pasaban volando sobre nosotros. Con vista penetrante y oído atento esperábamos el resultado de este movimiento, que cesó al fin, restableciéndose una calma no interrumpida hasta el día. Cruz asegura que esta alarma la produjeron los zorros. Al levantar las mantas donde dormimos vemos una *apasanca*, araña muy grande y una víbora de coral, muy venenosas las dos; abundan estas nocivas alimañas aquí. Seremos más cautos en lo sucesivo.

Esa mañana seguíamos la senda que nos conducía á un lindo valle, poblado de árboles y abundante hierba que con sus tonos verdes se destacaba entre las áridas alturas que la circundaban, Cruz me dijo:

—Hace algún tiempo que un grupo de seis hombres nos viene siguiendo á la distancia.

—Tal vez sea casual lo que supones sospechoso—le repliqué.

—No señor; cuando nos paramos hace poco, nos imitaron, lo que prueba que no quieren reunirse á nosotros y esperan el momento oportuno de hacerlo.

—Detengámonos aquí y veremos.

—Sin que sea oponerme á su orden, mi comandante, me parece mejor hacerlo en el valle; allí comeremos y pastarán las mulas.

—Tienes razón—dije—vamos allá.

Penetramos en el valle turbando el reposo de algunas gamas y ciervos que huyeron veloces; dejamos en libertad

á las mulas y nos pusimos á comer. Cruz no perdía de vista á los sospechosos que también se habían detenido.

—Esperan la noche para atacarnos—dijo Cruz—deben ser indios ladrones.

—Vamos á esperarlos en un sitio á propósito para defendernos con ventaja—repliqué—aunque todavía ignoramos las intenciones que traen, bueno es ser prudentes.

Nos metimos en el bosque espoleando las mulas; duraría esta marcha una hora y traspusimos sus límites. Delante de nosotros se abría la boca sombría de un desfiladero en el que se internaba el camino.

—Penetremos ahí—dije indicándoselo á Cruz—y veremos si esos caballeros se animan á seguirnos.

Entramos y era tan estrecho que no podíamos ir á la par. Ese pasadizo bastante largo y sinuoso terminaba en otro valle; nos apeamos y trepando á las rocas permanecimos en acecho dominando la entrada, provistos de gruesas piedras. Yo tenía una pistola y un puñal, Cruz su largo *facón* muy peligroso en sus manos.

Poco rato pasó y sentimos la proximidad de los sospechosos; hablaban animadamente y avanzaban con rapidez. De pronto el ruido cesó y redoblamos la vigilancia. Un hombre apareció vistiendo el traje indígena, solo veíamos de arriba el mugriento sombrero bajo el cual se esparcían largas crines; avanzó con precaución, sin vernos, observando el terreno; cuando estuvo á tiro:

—¡Alto ó te aplasto! gritó Cruz con voz imperativa mostrando la mano armada de una piedra y amenazándolo.

En silencio, sin perdernos de vista, como sorprendido, empezó á retroceder lentamente; le tiré una pedrada que esquivó con agilidad y rápido como el rayo, tomando impulso, cruzó debajo de nosotros y salvó la entrada; Cruz le arrojó al pasar otra piedra que tampoco le dió.

—Defiende el puesto—exclamé—me encargo de ese.

Bajé en persecución del audaz indio que iba directo á las mulas; me vió ir y vino á mi encuentro blandiendo un grueso bastón. Se oían las amenazas y juramentos de los otros, Cruz los tenía á la raya. Saqué la pistola y la preparé debajo del poncho, de manera que mi enemigo solo veía una piedra que llevaba en la mano izquierda, cuatro pasos antes de llegar á él se la arrojé, la evitó, y con el bastón en alto me atacó; al ver la pistola quiso huir y recibió la bala en la espalda. Vacilando como beodo caminó algunos pasos, el arma escapó de su mano y cayó de bruces.

Volví en ayuda de Cruz. Una lluvia de piedras arrojaban los feroces asaltantes; descubrióse imprudentemente uno de ellos, queriendo imitar la treta del primero y recibió un golpe en la cabeza que lo postró ensangrentado y exánime; cojió otro al caído y poniéndoselo sobre las espaldas como escudo, cruzó el paso y principió á hostilizarnos con vigor y destreza. Nuestra situación se complicaba, estábamos entre dos fuegos.

—Bajemos, señor—dijo Cruz—nos va á robar las mulas.

—Sostente cuanto puedas,—respondí—corre por mi cuenta ese monigote.

Mi nuevo adversario era un chino feísimo, ágil como el mono; escapé de una piedra que me arrojó y lo atacé con brío esgrimiendo el puñal. Detras de él se levantaba una pared de rocas y lo hice retroceder acorralándolo, pero no pude ofenderlo; el hombre se defendía con desesperación, bramando como toro enfurecido, vomitando blasfemias y haciendo espantosos visajes con el objeto de aterrarme, descargaba formidables golpes con su bastón, afortunadamente todos en el vacío.

Acertéle una cuchillada en el brazo; la sangre brotó

con fuerza de la herida, el guapo tuvo miedo y dando un salto de flanco huyó; encarnizado en la lucha iba á lanzarme en su persecución cuando rebotaron algunas piedras cerca de mí. El enemigo venía bajando de la altura que no sé cómo escaló y nos atacaba con ventaja; por suerte habíamos puesto tres fuera de combate. Llamé á Cruz y lo ví venir caminando con dificultad, había recibido un golpe en una pierna; le dí la pistola descargada y un pequeño saco que contenía las municiones diciéndole:

—Defiéndete con esto ya que no puedes valerte—y me puse á su lado en actitud de resistir la agresión de los que ya pisaban en el valle lanzando atronadores gritos. Cruz cargó el arma con presteza y esperó.

Notaba, desde algunos minutos antes, que la luz se amortiguaba; parece que los enemigos también se dieron cuenta de esto porque se detuvieron sorprendidos buscando en la altura la causa del fenómeno. Vimos un gran punto negro que iba cubriendo el sol.

Sin preocuparse de nosotros, presa de profundo terror, empezaron los indios á gritar desafortadamente, formaron un hoguera, golpeando los árboles, las rocas, el suelo, haciendo cuanto estrepido podían, con gran estupefacción nuestra. Al fin vine á comprender la causa: era para librar al Sol de ser comido por el Espíritu Malo. Yo lo sabía, pero casos como el que nos hallábamos no son muy oportunos para evocar recuerdos; cuando se produce un eclipse como el que en ese instante se verificaba, los incultos y supersticiosos habitantes indígenas de esta tierra hacen siempre las demostraciones descritas.

Aprovechando la tregua que nos acordaba el enemigo conduje á Cruz hasta nuestras mulas y espoleándolas nos alejamos rápidamente; la obscuridad aumentaba por momentos y oíamos los frenéticos aullidos de los salvajes.

Esa noche dormimos en el flanco de un alto cerro ve-
lando por turnos; turbaba el silencio, partiendo del bos-
que, el aullido de los gatos monteses y á largos intervalos
el mujido del jaguar. El enemigo abandonó la persecu-
ción desalentado por el eclipse y tal vez por la resisten-
cia tenaz que les opusimos.

*
* *

En mi camino á Valle Grande noto que la simpatía por
los revolucionarios no se enfría; partió ya un contingente
y siguen los aprestos. Con intención de dormir en él lle-
gamos una tarde á un rancherío. Rodeáronnos los indios
atraídos por la novedad de las medicinas, estableciéndose
la animación propia de esos actos.

Poco después llegó un grupo de ginetes que solicitó
permiso para pasar la noche, pretensión que fué inmedia-
tamente acordada por aquellos hospitalarios habitantes.
El que hacía cabeza, aunque vestía de paisano, acusaba
por el aire marcial de sus movimientos, aspecto y maneras
al militar. Ocupáronse los recién venidos en asegurar sus
caballos y él se dirigió al sitio donde estábamos haciendo
nuestro comercio.

Cuando se aproximó no fui dueño de contener un mo-
vimiento de sorpresa; había reconocido un antiguo com-
pañero de armas que se retiró del servicio militar des-
pués de la batalla de Suipacha. Llegó al grupo y se puso
á mirar con indiferencia las variadas escenas que se des-
arrollaron á su vista.

Noté que sus ojos se fijaron en Cruz, que sin recato al-
guno hablaba animadamente con sus clientes, ponderan-
do la maravillosa virtud de las drogas que exhibía con la

habilidad de un charlatán de feria, mezclando chistes del agrado de los circunstantes que los celebraban con risotadas; pareció meditar un momento como registrando en la memoria los recuerdos de una época pasada y después su vista erró investigadora de Cruz á mí durante mucho tiempo.

Ocultándose el sol tras los cerros vecinos amortiguó la luz, y las tintas sombrías del crepúsculo empezaron á llenar el espacio; los indios y mirones se habían retirado poco á poco y quedábamos solos. Estábamos depositando en las alforjas nuestra mercancía, cuando el curioso personaje que había permanecido inmóvil en su puesto se aproximó lentamente.

—Me conoces? preguntó á Cruz.

—No *tatay*,—respondió éste.

—Eres asistente de un oficial del ejército realista muy mi amigo, llamado Saturnino Castro—dijo fijando sus ojos penetrantes en mí.

—No *tatay*,—visiblemente turbado repuso Cruz—nunca fui soldado.

—Desconfías de mí—insistió él con acento de reconvencción.—No me conoces, Saturnino?

—Puesto que mi disfraz es inútil ante tu perspicacia me confío á la lealtad del amigo—contesté con acento decidido y estrechando la mano que me tendía—solo te haré presente que me importa mucho guardar el incógnito.

—Por esa razón no tendré esta noche el gusto de hablar contigo; vas á Chuquisaca?

—Sí.

—Bueno! Mañana sales de aquí antes que yo y en el camino te alcanzaré; de ese modo haremos juntos el viaje. Ni una palabra más y hasta mañana.

Muy temprano, al día siguiente, seguimos la marcha.

Poco después nos alcanzó el capitán X; me abrazó cariñosamente y se puso á mi disposición; viendo que yo vacilaba en contestarle lanzando miradas de furtiva desconfianza á sus compañeros me dijo:

—Puedes estar tranquilo en lo que toca á mi gente: les he dicho que herido en la batalla de Suipacha debo la vida á tus cuidados..... son mis peones. Por qué te encuentro vistiendo ese traje y ejerciendo este oficio?

—Es mi secreto—dije—no puedo ser explícito. Qué es de tu vida, querido compañero?

—Después que me retiré del servicio pensé dedicarme á la ganadería y explotación, en pequeño, de las minas; no me fué del todo mal, hoy tengo *estancia* en Santa Cruz y vivo tranquilamente. Llegan muy apagados á mi rincón los rumores de la guerra.

—Pero esa provincia está en poder de los insurrectos.

—Sí, y tiene su gobernador nombrado por Belgrano, el coronel Warnes.

—Que hará muy importantes aprestos á favor de su partido?

—Nó; los recursos positivos que Warnes llevará á la revolución son de movilidad y boca; reunirán gente, es indudable, pero sin instrucción militar no hay soldados útiles, en último caso pueden usarse esos elementos, luego, desarmados como están, son inofensivos.

Me dió otros importantes informes con la franqueza del partidario y amigo. Como casi todos los *estancieros* tienen bastante egoísmo para sacrificar sus convicciones á sus intereses—el apego al terruño—y pasa por patriota, aunque en el fondo del pecho guarda oculta su afección al rey.

Así hay muchos; el amor á los bienes materiales sofoca los vuelos atrevidos del alma y en esta lucha de la huma-

nidad, persiguiendo unos lo positivo, corriendo tras lo ideal otros; quién tendrá razón?

* * *

Atravesamos Valle Grande y penetramos en la provincia de La Plata, dirigiéndonos á su capital; gobierna el general Ocampo, que tiene prestados muy importantes servicios á la revolución.

Chuquisaca se levanta sobre un terreno rodeado de colinas, donde antes existía una ciudad peruana de la que tomaron, muy corrompido, su nombre actual los conquistadores en 1529. Los cerros Macho y Hembra la resguardan de los vientos fríos; su clima es templado, sano y agradable; tiene bellos edificios y lindos jardines.

Centro de las más aristocráticas familias, asiento del alto clero y cuna de hombres ilustres, está orgullosa de su celebrada universidad, foco de luz que irradió sus rayos poderosos por todos los ámbitos de esta tierra que sustentó durante siglos la avanzada civilización incásica.

Cómo han podido entenderse y marchar unidas, sintiendo las mismas aspiraciones comarcas tan lejanas y de hábitos tan desemejantes? Las corrientes de colonización que partieron de Lima, donde flameaba el estandarte de Pizarro, no alcanzaron á las regiones que baña el Plata, se detuvieron en Tucumán. Otras fuerzas de expansión, que vinieron directamente de España, se produjeron en Buenos Aires, las que tampoco llegaron á tocar los límites del territorio peruano; pero las transacciones comerciales y las necesidades de la vida, establecieron relaciones, en adelante, que nunca fueron efusivas.

En el siglo pasado, formó Carlos III el virreynato del Río de la Plata. Al unir dos países tan opuestos por la diferencia de terreno, clima y tradiciones, Chuquisaca quedó en segundo puesto, ocupando el primero Buenos Aires, asiento y residencia de los virreyes. Esto engendró cierto despego y ambos pueblos permanecieron retraídos é indiferentes y eran casi desconocidos los *porteños* y los habitantes del Alto Perú entre sí.

Así pasaban los años, hasta que los ingleses, que vinieron en son de conquista en 1806 y 1807 fueron vencidos y expulsados. El elemento culto que había seguido con palpitante interés la lucha denodada de los *porteños*, se entregó á festejos, aplaudiendo á los vencedores y trasmitió su entusiasmo á la masa popular, que se asoció á ellos con la vehemencia delirante, que es la nota característica de estos pueblos.

Entonces Oruro, batiendo una magnífica lámina de plata, estampó con caracteres de oro la ofrenda de su admiración; Chuquisaca grabó en sus obeliscos leyendas honoríficas que conmemorasen el suceso; Cochabamba y Potosí, iniciaron suscripciones para socorrer á las viudas y huérfanas de los que perecieron en defensa de la patria, del rey y de la religión; en todas partes entusiasmo, en todos los pechos el sentimiento de amor y confraternidad.

Así nació este vínculo de recíprocos afectos, estimulando la curiosidad de saber quien era ese pueblo que aparecía de improviso tan grande, con todos los prestigios del vencedor; y supieron, que más allá de sus montañas, sirviéndole de alfombra de verdura su pampa inmensa, arrullada por el eterno oleaje del Río de la Plata, zahumada por los efluvios perfumados de las rubias aromas de sus espinillos y trebolares, al abrigo de tibia temperatura,

bajo el dosel azul inmaculado de su cielo, se levanta la ciudad de Buenos Aires.

Supieron que ella tiene también ilustre abolengo. Fundada por Juan de Garay, asiento de virreyes de la talla de Cevallos y Vertiz; metrópoli de arzobispos, poseedora del colegio de medicina con médicos cual Argerich y O'Gorman; del Carolino, con rectores como Chorroarin y catedráticos como Maciel, formadores de discípulos que han demostrado almas generosas y levantados ideales.... y que de aquí salieron, como heraldos de una idea, Vicente López y Planes, Mariano Moreno, Castelli.... confiando al oído de sus hermanos la visión entrenista, en gestación aún!

Y al mismo tiempo llegó de Buenos Aires al Alto Perú, vibrando de ternura, temblando de emoción, la palabra de ese pueblo que ofrecía con su agradecimiento indeleble, el fraternal amor de su alma!

Siento que es peligroso permanecer, aunque sea poco tiempo, respirando el aire de esta ciudad. Parece que se adueña del pensamiento una idea nueva, tan grande y noble que la voluntad no tiene fuerzas para rechazarla del todo y se inocular en el alma un sentimiento desconocido...., germen de esperanzas intraducibles, anhelos misteriosos. (2)

*
* *
*

El general Ocampo reside en Chuquisaca y ayuda, cuanto los medios del país lo permiten, á la revolución; siguiendo la moderada y hábil política de Belgrano, procura no cansar á sus gobernados con las contribuciones de guerra, tan pesadas en estas provincias que soportan

en este momento la presencia de dos ejércitos; las gentes parecen conformes, tampoco pueden hacer otra cosa.

Resuelvo pasar á Chayanta, y el capitán X se propone acompañarme hasta el ejército realista, pero rehusó terminantemente y nos separamos con pesar; nada notable me ocurre en la travesía y penetro en esa provincia que ahora he visto es la más exaltada por la revolución.

*
* *

Chayanta es un terreno de altas montañas con ricos y abundantes minerales; sus corrientes de agua forman caudalosos ríos; bosques de buena madera y valles fértiles; cría ganados: es país de recursos. Cuna de los hermanos Catarí, que acompañando á Tupac Amarú produjeron un levantamiento general de la masa indígena en el siglo pasado, conmoviendo las bases de la sociedad colonial española, vertiendo ríos de sangre y convirtiendo en ruinas muchos pueblos y aldeas.

Aquí es grande la animación y casi todos los hombres toman activa parte, alistándose como soldados en agrupaciones informes que reúnen los caudillos. Contemplo con pena los inexpertos militares, víctimas destinadas al sacrificio, arrastrados por su inconsiderado ardor bélico; estas muchedumbres no inspiran temor á fuerzas regulares.

Hemos pasado por todas partes sin atraer sospechas y considero muy cercano el término de mi viaje. Caminábamos un día por la senda tortuosa de un cerro y veía levantarse frente á mí, grandiosa y magnífica, la montaña Aullagas. No sé si sería efecto de alucinación del deseo ó

si realmente fué verdad, me pareció ver brillar, confundiendo en la línea del horizonte, una vasta extensión de agua, y á tiempo que nos encontrábamos con dos hombres que venían en opuesto sentido á nosotros, grité con voz alegre á Cruz:

—¡Allá, delante, se ven las aguas del lago Aullagas!

—¡Por Pachacamac!—dijo uno de los viajeros—el mudo no lo es ya. Van ustedes á explicarme la milagrosa cura, y mientras me cuentan como fué no interrumpiré mi camino; den vuelta y caminen delante de nosotros.

Este personaje era el jefe que encontramos en Arque cuando íbamos á Cochabamba.

—No podemos complacerte—respondió Cruz con mansedumbre—porque vamos en viaje urgente.

—Ustedes van á buscar los españoles para *cantarles* lo que han visto entre nosotros, pero esta vez no llevarán esta noticia: ¡ea, en marcha!

Quiso cojer las riendas de la mula de Cruz y éste lo evitó haciéndola retroceder. Con voz enérgica dijo:

—¡Atrás, el paso libre si no quieres pasarlo mal!

—¿Me amenazas ahora?

—Apártate, deja que me entienda con él—grité empuñando la pistola y avanzando. El indio se precipitó sobre Cruz, que había desmontado y se entabló una lucha cuerpo á cuerpo en la peligrosa proximidad de un profundo derrumbadero; quise ayudarlo, pero en ese momento ví en el aire una piedra lanzada por el robusto brazo del otro indio, que venía á darme.

Embarazado por mi mula á las espaldas y una pared de piedra á la izquierda, no pude evitarla y agachándome con ese movimiento instintivo que todos ejecutamos en tal circunstancia, recibí la piedra en la parte superior de la cabeza, precisamente en la libreta de apuntes que tenía

dentro del sombrero; ese golpe debió hundirme el cráneo, pero la interposición del cuerpo protector del papel me salvó. En medio de agudísimo dolor mis ojos se nublaron, zumbáronme los oídos, creí sentir oscilar la tierra bajo mis pies y vertiendo sangre por boca y narices me desplomé.

No perdí el conocimiento, sólo estaba aturdido y después de copiosa hemorragia empezaron á despejarse mis facultades. Busqué con mirada llena de ansiedad á los combatientes. Rugiendo como el puma enfurecido luchaba Cruz entre los dos indios, y aunque por ese momento se sostenía, ví que no podría prolongar mucho la resistencia.

Hice un esfuerzo para incorporarme, y penosamente lo conseguí, me sentía postrado; concentré toda la voluntad, toda la energía de que soy capaz..., me paré bambolean-do..., apoyado á la roca avancé. En ese momento los tres hombres formaban apretado grupo, no se ocupaban de mí creyéndome muerto..., llegué á ellos y descargué la pistola en la cabeza del que me hirió..., abrió los brazos agi-tándolos en el vacío y cayó como fulminado....

Sentía que mis fuerzas volvían rápidamente. Caí sobre el enemigo animando á Cruz con la palabra; el indio me vió llegar con el puñal en la mano; se sintió perdido y quiso morir matando; con empuje violento é improvisado se lanzó al derrumbadero abrazado de Cruz..., retrocedí horrorizado sintiendo el ruido de los cuerpos al golpear el suelo y un gemido angustioso que subía como anuncio de agudo sufrimiento.

Loco de dolor busqué una senda que me permitió llegar al fondo; allí estaba Cruz ensangrentado, respirando aún; por suerte cayó sobre el indio que yacía aplastado. Prodigué á mi desgraciado y leal asistente los cuidados que

pude, lo coloqué sobre su mula, cabalgué en la mía y empuñé mi marcha hacia el Oeste.

* * *

A las doce de esa noche fatal llegué á las avanzadas realistas; me di á conocer y pedí auxilio para Cruz que venía yerto y sin movimiento. Me colocaron un apósito en mi herida y quedé aletargado por la fatiga y pérdida de sangre.

Esa mañana me despierto con la cabeza pesada y las ideas confusas. Junto á mi cama estaba sentado, contemplándome con interés, el brigadier Pezuela; quise incorporarme y él lo impidió diciendo:

—No se mueva usted, amigo mío; supe esta madrugada que volvió de su reconocimiento, cómo se halla?

—Bien, mi general—respondí—pero deseo saber qué ha sido de mi asistente que conduje aquí moribundo.

—He dispuesto que se le atienda con la consideración que merece un sargento de dragones y los médicos dicen que será cosa de pocos días su restablecimiento. Ahora, comandante, se siente usted con fuerzas para referirme el resultado de su comisión?

—Sí, usía,—respondí.

Le referí todo lo que he visto, oído y penetrado en mi viaje por las provincias sublevadas. Oyó atentamente mi relación, cuando terminé estrechó efusivamente mi mano y me dijo:

—Estoy muy satisfecho de contar en mi ejército un militar de su temple, coronel Castro.

*
**

Pronto nos hemos respuesto; con Cruz pasó algo sorprendente: diez días después de nuestra llegada estaba bueno. Actualmente estoy en Pequereque, observando los desfiladeros de Chayanta con dos compañías de cazadores y mi valiente escuadrón; termina, pues, la narración de mi viaje por las provincias sublevadas.

Hay movimiento, operaremos pronto.



CAPÍTULO X

CONDO-CONDO, 29 de octubre.

Yocalla—Vilcapugio—La batalla — Desafío—Congratulaciones—La Madrid—Tambo Nuevo—Decapitaciones — Belgrano — Su política — Nuestra situación— ¡Adelante!

Yocalla es una importante aldea situada á ocho leguas al Norte de Potosí; fué hasta ayer el campamento de mi escuadrón. Vigilaba los restos del ejército insurgente encerrados en la ciudad después de la reñida batalla librada el primer día del mes en la llanura del Vicalpugio, premiando la victoria el denuedo de las armas españolas.

Con una reducida fracción de su destrozado ejército se retira Belgrano en dirección á Cochabamba y debe probar momentos de amargura indecible pensando en las veleidades de la suerte instable. Qué ironía despiadada y feroz despliega la casualidad haciendo papel decisivo en los planes mejor ideados y que creemos de resultados infalibles! Lo imprevisto es factor temible.

*
* *

Voy á consignar, lo más brevemente posible cómo han pasado los sucesos. Pocos días permanecí en mi puesto de

Cuarteto

observación en Pequereque, cuando supe que el caudillo Cárdenas, con una muchedumbre de indios, serían dos mil, venía por ese camino buscando la incorporación de Belgrano.

Poco me costó deshacer esas masas indisciplinadas y pronto desaparecieron entre los cerros huyendo á la desbandada. Desgraciadamente mis dragones encarnizados en la persecución han vertido mucha sangre; era preciso hacer un severo escarmiento, pues se permiten tomar parte activa en la guerra; fué una dura necesidad que lamentó.

Aquí empieza lo impensado y casual. Entre los despojos se hallaron los papeles del caudillo y su correspondencia con el general insurgente; por ella supe que el avance de Cárdenas obedecía á este plan; Zelaya viniendo de Cochabamba, Cárdenas de Chayanta y Belgrano de Potosí, debían llegar cierto día á un punto de antemano designado—el sitio donde estuviera el ejército realista—y cogiéndolo en medio caer sobre él. Si el plan se realiza lo hubiéramos pasado mal.

Di cuenta de tan grave asunto al brigadier, y en una Junta de guerra que celebramos en seguida, se resolvió atacar al ejército insurgente antes que recibiera el refuerzo que venía de Cochamba; no había tiempo que perder. Confirmando la verdad de nuestras noticias viene aviso de las avanzadas que Belgrano está acampado en Vilcapugio. Sale Pezuela con sus ingenieros á reconocer el terreno.

Todo era movimiento en nuestro campo. Luchábamos con la falta de acémilas para trasportar la artillería y municiones, pero la voluntad suple todo y el 30 de septiembre á medio día, se mueve el ejército en busca de los insurgentes. Nos separaban cuatro leguas, pero se han

tenido en cuenta las alturas y malos pasos que hay que salvar y se calcula poder caer de sorpresa, á la madrugada, sobre el enemigo.

Recibo la orden de acudir con la fuerza de mi mando al romper el alba el primero de octubre y esperar ese momento en Ancacato. Apenas se anuncian las primeras claridades del día me aproximo al lugar de la cita y me doy cuenta que todo está tranquilo; volví á mi puesto de observación y me mantuve alerta.

Serían las ocho de la mañana cuando el estampido del cañón me anuncia el principio de la batalla. Vuelo con los míos y llego en el momento que pasaban huyendo muchos soldados realistas; sigo avanzando con precaución, subo á un cerro y desde allí miro con pena que el ejército español huía de la caballería insurgente que lo acuchillaba sin piedad; la persecución se hacía en el mayor desorden: Pezuela iba envuelto entre los derrotados.

En el centro de la llanura siento el estrépito de la fusilería, y cuando el viento desgarraba la densa cortina de humo que envolvía los combatientes, creía distinguir la bandera española que se agitaba en el centro de un cuadro de infantería en el que se estrellaban las cargas del enemigo. Me acerco; eran los coroneles Olañeta y Picoaga que inmóviles, como los cerros de piedra que los rodea, resisten la tempestad de hierro y fuego que furiosa se desata en torno suyo. Puesto al habla con ellos cargo á mi vez, y arrollo la caballería enemiga que tengo al frente.

De pronto noto que los poco antes victoriosos perseguidores abandonan el campo de batalla huyendo de un enemigo invisible. Qué había sucedido? Es un hecho inexplicable para mí. Cobrando nuevos alientos con lo que veíamos, redoblamos nuestros esfuerzos. Los batallones

enemigos, desmoralizados cargan flojamente; todo se conjura contra ellos, sus jefes caen mortalmente heridos, vacilan sus columnas y retroceden al chocar con nuestro cuadro; mi escuadrón, incansable y compacto, penetra como una cuña en las descompuestas filas sableándolas; dan vuelta, arrollan la reserva que viene en su apoyo y se desbandan. La batalla estaba ganada.

Entonces fuimos testigos del heroismo de Belgrano. Cogió la bandera y agitándola en sus manos en son de reto, subió á un cerro y desde allí hizo tocar llamada para reunir su deshecha tropa. Pocos acudieron, pero con ellos intentó renovar el combate varias veces bajando de la altura que volvía de nuevo á subir abrasado por el fuego de nuestros batallones. Qué se proponía, buscaba la muerte?

Vino Pezuela con sus fuerzas reorganizadas y los cañones empezaron á jugar contra el reducido grupo haciéndole mucho daño. Recién perdió Belgrano la esperanza de arrebatarnos la victoria y se puso en retirada, trepando por las alturas escabrosas que tenía á su espalda. Esta muestra de valor me subyugó y sentí viva simpatía por el desgraciado general, que defiende su causa con una abnegación que se aproxima á lo sublime; debe estar muy convencido de su bondad para defenderla así!

El sol caía al Occidente y tendiendo la noche su manto de tinieblas, ocultó el camino de los tristes derrotados que se perdieron entre las rocas fragosas de los cerros sombríos y mudos. Cayeron en poder nuestro todos sus pertrechos y bagajes; las tiendas de campaña quedaron armadas, lo que prueba que no nos esperaban.

Hemos vencido, pero muy cara compramos la victoria; algunos batallones, el de Partidarios entre otros, quedaron destruidos; el campo de batalla estaba sembrado de

cadáveres y despojos; no hemos intentado perseguirlos porque la única fuerza que podía haberlo hecho es mi escuadrón y era imposible exigirle más, hacia veinticuatro horas que no descansaba. Al parecer nuestras pérdidas son mayores que las del enemigo, pero somos los vencedores y esta idea retempla el espíritu del soldado.

*
* *

Me había situado delante de Potosí interceptando el camino y las comunicaciones entre Díaz Velez y Belgrano. Después de lo pasado mi escuadrón es el primero entre los de mi ejército y citado como un modelo de arrojo y disciplina. Es tanta la confianza que en él tengo, que desafié en campo abierto á todas las tropas que están en la ciudad, más de 500 hombres, con mi solo escuadrón. Mi reto no fué aceptado por Díaz Velez, fundándose en que yo no era más que un perjuro á la capitulación de Salta y que si me había en sus manos me colgaría.

En vez de ira sentí tristeza. El general Díaz Velez es un militar cuadrado y á veces tiene arrojados temerarios; si rehusa mi reto, es porque me cree capaz de ser felón.

Pienso que hizo mal en no escojer el momento propicio—veinticinco leguas me separaban del ejército—para salir con fuerzas superiores, capturarme y colgarme al pilar de cualquiera de los arcos triunfales, que levantaron á su entrada el mes de mayo los buenos potosinos—y así se lo digo. Contesta: que á más de perjuro soy insolente. ¡El abismo se ahonda!

Como esos diplomáticos ciudadanos saben la derrota de Vilcapugio, y que la fuerza que ocupa la ciudad es una

fracción escapada de la batalla, sus simpatías están ahora por los realistas puesto que son los vencedores. No pasa día, desde que estoy en Yocalla, sin recibir ofrecimientos y seguridades de ilimitada adhesión á la causa. con muchos remilgados cumplimientos, melosos discursos, pomposos entusiasmos y para que nada falte sonoros versos épicos dedicados á los héroes victoriosos que, como César, Aníbal, Alejandro y cuantos ilustres guerreros se conocen de los tiempos pasados, vendrán á ser con ellos la admiración de las edades venideras; callo nombres porque un *perjuro* debe tener manga muy ancha para las debilidades ajenas.

*
* *
*

Aquel indiscreto teniente de dragones del ejército insurgente, que llegó la madrugada de mi triste partida al pobre rancho, cuando estaba empezando mis memorias en Salta, lo he vuelto á encontrar y me ha proporcionado un disgusto.

La madrugada de una noche fría, oscura y de copiosa nevada, la guardia de avanzada destacó cuatro hombres á reconocer los alrededores. Envueltos en sus capotes, los soldados exploradores apenas veían donde ponían el pie; siéntense atacados de improviso por enemigos ocultos en las depresiones de las rocas, que cogiéndolos por la espalda dan con ellos en tierra y reduciéndolos á silencio los arrastran prisioneros.

Fuera de nuestro alcance, da libertad el oficial que mandaba la partida, á uno de los soldados capturados y le ordena lleve sus atentos saludos al coronel Castro, de

parte del teniente La Madrid, su antiguo conocido de Salta, en el llano de Castañares el 22 de Febrero de 1813 y que pronto volverá á informarse de mi salud. Como lo sucedido no tiene remedio me limito á preparar lo conveniente para recibir como se merece al nocturno visitante.

Por la correspondencia que recibo del campamento general, sé que Belgrano está en Macha, lugar vecino á los ingenios de Ayohuma; provincia de Chayanta, ocupado en organizar nuevo ejército, con ánimo de volver á probar la suerte en el campo de batalla. También allá han aparecido partidas de guerrilleros que hostilizan la vanguardia: casi todos son indios, no han escarmentado con la lección de Ancacato.

Pocos días han pasado y tengo que ocuparme otra vez del teniente La Madrid. Viniendo del Norte, para llegar á Yocalla la quebrada de Tinguipaya es muy cómoda para transitar las caballerías. Sabía que el teniente estaba merodeando por las cercanías y resolví tenderle una trampa. A la entrada de la quebrada, oculto entre los cerros está la posta de Tambo Nuevo; allí mandé una compañía para que siguiese al enemigo una vez que se aventurara dentro, hostilizándolo.

Obligado á seguir el largo cajón, sin poder volver atrás, hubiera venido inevitablemente á caer en el centro de mis fuerzas. Bajando de las alturas, tres soldados de La Madrid, que destacó, sorprenden la vanguardia de la compañía, compuesta de doce hombres, los maniatan, llevan todas las armas y van á presentar los prisioneros á su oficial; el sargento consiguió escapar y avisó al resto de los compañeros que dormían descuidados.

El teniente no se conforma con el golpe dado, quiere capturar á los que faltan y seguido de doce hombres ata-

ca á los dragones que venían descendiendo para rescatar á los cautivos, y creyendo tener que habérselas con fuerzas superiores retroceden y se fortifican en la posta trabando vivo fuego de mosquetería; así permanecen hasta la madrugada y cuando la luz los saca de su error, viendo las exiguas fuerzas que los tienen en jaque, arremeten deseosos de vengar el mal rato pasado y La Madrid desaparece sin que sea posible darle alcance.

Ese día recibo comunicaciones ordenándome la incorporación al ejército en Condo-Condo; esta retirada le va á dar más alas á La Madrid. El valiente hecho de arrojo y astucia cumplido por este oficial y sus guapos soldados, fué deslustrado por el rencoroso encono que guarda Belgrano contra los capitulados en Salta. Entre los prisioneros había dos de estos desgraciados y fueron fusilados por la espalda, cortadas sus cabezas y puestas en escarpas con este letrero: «Por perjuros é ingratos á la generosidad con que fueron tratados en Salta».

Cuando se trajeron estos sangrientos despojos, encontrados por las partidas de avanzada en la pampa de Vilcapugio, la indignación y rabia de la tropa fué indescripible; á toda costa quería que les diesen los prisioneros revolucionarios—como si esos infelices fueran responsables de las imprudencias de Belgrano—para decapitarlos y arrojar también sus cabezas en el campamento de Macha. Pudimos apaciguarlos por la reflexión sin apelar á la fuerza.

*
* *

En honor de la verdad debo decir que Belgrano ha demostrado en esta campaña constancia sin igual y tino nada vulgar; es digno de tener el mando insur-

gente. No es una afirmación caprichosa la que hago, tengo motivos para emitir este juicio y voy á tratar de probarlo.

Al penetrar las fuerzas victoriosas de Balcarce en el Alto Perú, después de la batalla de Suipacha, los oficiales de sus batallones, *porteños* casi todos, animados del espíritu liberal que difunde la Francia por todos los ámbitos del mundo, tuvieron el poco juicio de no guardar el continente digno y circunspecto que cuadra á hombres bien educados y sensatos, cuando presencian manifestaciones religiosas de un pueblo demasiado creyente y por lo mismo intransigente en lo que se refiere á su culto.

Su irreverencia, como no podía menos de suceder; desprestigió á los revolucionarios y se atrajeron la prevención y hostilidad de muchos; miraron con horror á los *herejes* de Buenos Aires, apoyando el clero este sentimiento en defensa de sus propios intereses. Tal estado de ánimo fué explotado favorablemente á sus miras por Goyeneche, y aprovechando la credulidad general, prometió á sus soldados la gloria en el cielo y las palmas del martirio que ofrece la religión, á los que muriesen en la guerra defendiendo sus creencias y su rey.

Aquí se encuentra el móvil oculto que guió á Goyeneche—referencia de Llanos al señor *** la noche que pasamos en Suipacha—mandando purificar los edificios desocupados por los revolucionarios, para no contaminarse respirando el aire viciado por la presencia de los *masones herejes*; los hombres ignorantes y sencillos aceptaron esta superchería como verdad y sucedió que cogido un espía realista por los patriotas, gritó con entusiasmo al ser fusilado: «muero contento por mi religión y por mi rey».

La revolución en tal terreno estaba destinada á sucumbir, porque todas las luchas más ardientes y apasionadas que recuerda la historia han sido las de secta. Con notable perspicacia, Belgrano comprendió el pavoroso aislamiento que se produciría en las filas revolucionarias, y las defecciones que fatal é inevitablemente vendrían más tarde; como aún era tiempo acudió al remedio.

Pocos días después de la batalla de Tucumán, de regreso de una expedición á Salta, llega su vanguardia en el momento que una procesión religiosa paseaba el campo de la reciente victoria, llevando en andas á la Virgen de las Mercedes; al ver esto se aproxima Belgrano á la imagen y deposita su bastón de mando en las manos de la santa, llamándola patrona y generala de la victoria obtenida; después, la procesión sigue su camino y el general se incorpora á ella seguido de sus soldados que como él no se habían bajado del caballo, llenos del polvo de la jornada y solo piensan en descansar cuando han dejado á la Virgen en su iglesia.

Distribuyó á su tropa los escapularios benditos que le envían las monjas de los conventos, y al usarlos sus soldados los consideran como un preservativo eficaz contra los peligros. Severo y justo escarmentó en los yerros de sus antecesores, y antes de penetrar en el Alto Perú se hizo preceder de un bando en el que imponía á su tropa respeto á los usos, costumbres, creencias y preocupaciones de los habitantes, castigando al que con palabras, acciones ó gestos los insultara ó hiciera blanco de sus burlas.

Implanta la disciplina y el respeto á la propiedad, busca y encuentra los medios de no oprimir el territorio que atraviesa con las pesadas contribuciones de

la guerra, da el más acabado ejemplo de moralidad pública y privada, y, como los héroes de las cruzadas, colocado en el centro de su ejército, reza con el fervor del anacoreta en los desiertos de Tebaida, haciéndole coro los varoniles guerreros que lo siguen.

La humanidad y dulzura de tratamiento que usa con los indios, no acostumbrados á tanta blandura, le captan el cariño de esos desheredados y rodean y ayudan al ejército con todos los recursos que disponen. No se explica de otro modo el hecho de encontrarse Belgrano abundante de todo y al frente de tropas numerosas pocos días después de su derrota en Vilcapugio, y como los indios son sus amigos, por una asociación de ideas muy explicable, consideran al ejército realista como enemigo.

Somos vencedores pero todo nos falta; estamos aislados, carecemos de víveres, apenas cuenta con un caballo escuálido y sin fuerzas cada soldado de caballería, y si no fuere por la ayuda del cura de Corona que está con nosotros—y es el único partidario—que nos proporcionó 600 bestias de carga, no podríamos movernos ó iríamos en retirada hacia Oruro hostilizados por el enemigo. Todos estos resultados son debidos á la política y tacto de Belgrano; el primer acto injusto que le conozco es ese sanguinario fusilamiento y decapitación..... ¿será inspiración de la derrota?

*
*
*

Por informes seguros sabemos que Belgrano aceptará la lucha cuando nuestra tropa se ponga frente á la suya, pero si no hacemos esto él no nos buscará y le con-

viene dilatar la batalla lo más que pueda, porque cada día se robustece más y son mayores las probabilidades de buen suceso, pero como nuestro interés, por lo contrario, está en abreviar y buscar resueltamente el desenlace, nos ponemos en marcha y que sea lo que Dios quiera.



CAPÍTULO XI

POTOSÍ, 24 de noviembre.

Buscando á Belgrano—Alturas de Itaquirí—Batalla de Ayohuma—Estrategia—Lucha porfiada—Zelaya y sus lanceros—Ataque tremendo—Rechazado—Derrota de los insurgentes—Nueva carga de Zelaya—Persecución—Heroismo—A Potosí—Sus habitantes—Malestar inopinado.

El 30 del mes pasado salimos de Condo-Condo en dirección á Ancacato, en el trayecto encontramos numerosas agrupaciones de indios que parecían oponerse á nuestro paso. Para despejar el camino de los molestos vecinos los batimos en un paraje llamado Sicasica, y con satisfacción nuestra no los vimos más.

Después de doce días de penosa marcha buscando al enemigo, que nos esperaba tranquilamente acampado á diez y ocho leguas de distancia, venciendo dificultades de todas clases, lo descubrimos en la pampa de Ayohuma, posesionado de algunos montículos que hay en esa llanura.

La montaña de Ayohuma forma en esta parte una espaciosa meseta; en el centro de ella se levantan algunas lomas no muy elevadas y de fácil acceso que la dividen en dos partes; su terreno está surcado por algunas depresiones y cauces de ríos. Esta planicie queda

dominada por las alturas de Itaquiri, donde acampamos nos separaban dos leguas del enemigo.

Empleamos tres días en reconocer el terreno, posiciones y número del ejército insurgente; calculamos que tiene tres mil hombres y nosotros contamos más de tres mil quinientos. ¡Qué admirables resultados alcanzó Belgrano en poco tiempo! La superioridad de nuestra infantería y artillería era evidente, pero su caballería contaba mayor número de plazas y estaba incomparablemente mejor montada; se les habían incorporado las fuerzas de Díaz Velez que ocupaban pocos días atrás á Potosí y el contingente formado en Cochabamba y Río Grande por el coronel Zélaya.

Terminados nuestros estudios y preparativos, resolvimos presentar batalla el día catorce. Moviéndonos de la altura, empezamos á descender al llano por un estrecho desfiladero que apenas permitía ir tres hombres de frente; arriba, el brigadier proclamaba las tropas a pasar y los soldados respondían á sus palabras agitando los morriones y gritando con entusiasmo: ¡Viva España!

Cuando hubimos bajado todos, se ordenaron los batallones con presteza en un sitio á propósito del terreno oculto por las lomas, de que ya hablé, que se interponían entre los dos ejércitos, y mientras el enemigo, que estaba á una legua de distancia, tendida su línea de batalla, daba frente al lugar de donde bajamos esperando vernos aparecer en las alturas, corriéndonos por nuestra izquierda, rodeamos las colinas y desembocamos en el llano formados en tres columnas paralelas amagando su derecha, precedidos de fuertes guerrillas apoyadas por un grueso batallón que á paso de trote se dirigió á un cerro dominante, con el que por el extremo contrario se apoyaba el ala derecha insurgente.

Cogidos de sorpresa por este hábil y rápido movimiento estratégico, se vieron obligados á cambiar de frente para recibirnos, y lo hicieron medianamente con nerviosa precipitación; el terreno donde extendieron la nueva línea les resultó estrecho por las desigualdades naturales que obstaculizaron el pespliegue, y algunas fuerzas tuvieron que formar á retaguardia. En tanto, nuestro batallón flanqueador, dueño del cerro, rompió el fuego y obligó al enemigo á desalojarlo.

Avanzó la artillería á vanguardia y empezaron á despedir bala rasa sus diez y ocho cañones, bariendo las filas contrarias; haciendo gala de valor temerario, lo soportaron inmóviles á pesar de los estragos que hacían los proyectiles. ¡Qué temple de hombres! Los suyos no nos dañaban, eran pedreros de uno y sus balas quedaban en la mitad del camino.

Protegidos por la artillería se colocaron en lugar conveniente nuestras fuerzas y se dió la señal de atacar. La infantería enemiga avanzó gallardamente recibiendo los disparos de la nuestra sin contestar, y á medio tiro de fusil rompió un fuego nutrido y mortífero. Y llegó el momento que temíamos.

De la izquierda enemiga se desprendió una masa oscura y amenazadora, recorriendo el espacio que nos separaba rápida como devastador meteoro, ensordeciendo el aire en el furioso golpear de los cascos de sus brutos lanzados á frenético escape, voceando con potentes gritos de entusiasmo ¡viva la patria! Era Zelaya, el valiente, seguido de sus cuatrocientos lanceros, que avanzaban á llevarnos por delante, á romper nuestra ala y disputarnos, como leones indomables, una victoria que ya nos pertenecía.

Era imponente y aterrador espectáculo para la caba-

llería realista mirar venir esa carga formidable! Esperábamos á pie firme, convencidos de que era inútil querer contrarrestarla saliendo á su encuentro, confiando solo en el apoyo de dos batallones escalonados á los flancos y diez cañones, que con un diluvio de balas y metralla segó, como gigante hoz, con su bárbaro y potente poder destructor, antes de recibir el choque tremendo, aquel magnífico alarde heroico.

Como si les faltare de pronto la tierra bajo sus pies, las primeras filas cayeron; hombres y bestias revolcándose en los estertores de la agonía eran pisoteados por los que venían detrás, sufriendo la misma suerte al salvar la valla sangrienta de carne destrozada y palpitante que levantaban á su paso los prostrados compañeros. Sus filas iban perdiendo el impulso inicial.

Por momentos el humo de la pólvora ocultaba el blanco humano y solo se percibían, entre fragores de cataclismo, la luz cárdena y fugitiva de los disparos, tristes y agudos relinchos de los nobles brutos heridos, ayes dolorosos de los ginetes..., y la voz estentórea de Zelaya destacándose en medio de aquel estruendo espantoso: «¡adelante, viva la patria!»

¡Qué momentos de angustiosa expectativa!

Fuertes ráfagas de viento barrieron la importuna nube y buscamos con la vista emocionados y ansiosos á los enemigos. Remolineando, acosados por la avalancha de hierro que los derribaba, vacilaron, y entonces, gritando ¡viva España! salió la caballería realista á su encuentro. Retrocedieron algo desordenados sin perder del todo la formación, resistiendo desesperadamente en retirada, cuando estuvimos fuera de la protección de nuestros fuegos volvimos á nuestro puesto; debo confesar que muy poco daño les hicimos.

Recibí penosa impresión cuando al volver, pasando por el sitio donde la caballería enemiga soportó el fuego de fusil y metralla, vi en un montón indescriptible y sangriento, aproximadamente la mitad de su efectivo, y con todo, no conseguimos desbandarlos!

Libres del terrible ataque, examinamos desde nuestra posición el campo de batalla. Nuestra izquierda flanqueó la derecha insurgente, que huyó sufriendo importantes bajas en muertos, heridos y prisioneros; el resto de su línea retrocede y se desorganiza; los certeros fuegos de los realistas quiebran toda resistencia, y hubieran quedado en el campo ó caído prisioneros si Zelaya, repuesto de la tremenda sacudida y reforzado por su caballería de la derecha, no hubiera venido con una nueva carga, que nos causó dolorosas bajas, á paralizar momentáneamente nuestra acción, dando tiempo á los restos de su infantería para salvarse escudándose en las alturas.

Como en Vilcapugio, Belgrano enarbola su bandera en la cumbre de un cerro, toca reunión y acude corto número de soldados, emprende la retirada y nos opone al único capaz de dirigir la resistencia, porque el combate no quebranta su cuerpo con la fatiga, ni la derrota desconcierta el coraje de su alma indómita, al paladín del ejército insurgente, al bravo coronel Zelaya!

Un arroyo de altas barrancas se interponía entre nosotros y los restos de la caballería enemiga, que no llegaría á cien hombres. Sobre la margen ocupada por ellos, había, frente al vado, un pobre rancho; á corta distancia el corral, indispensable en la campaña para encerrar las haciendas, alzaba sus muros de piedra. Ocuparon estas posiciones y rompieron denodadamente

el fuego de sus carabinas; trabose por espacio de una hora encarnizado tiroteo, y Zelaya cruzaba descubierto, durante la lucha, de un punto á otro, animando á la gente con su ejemplo, invulnerable á las balas que llovían sobre él.

En tanto las reliquias del ejército derrotado habían ganado los desfiladeros de la montaña y podían juzgarse en salvo. Viendo esto emprendió á su vez la retirada el coronel; pero no fué la huida precipitada del hombre dominado por el miedo, obedeciendo al instinto de propia conservación, una vez que cumplió la orden recibida, no; abandonó el puesto lentamente, defendiendo el terreno palmo á palmo, magnífico en su desprecio del peligro, imponente en su obstinada resistencia.

Me lancé detrás de él persiguiéndolo con tenacidad. El perfume acre de la pólvora, las frases insultantes, como el bofetón que se cruzaban entre perseguidores y perseguidos, ese ambiente único, especial del campo de batalla que inspira arranques ardorosos, audacias imposibles y absurdas, de pronto me invadió, determinando en mi espíritu una exaltación de ánimo nunca sentida hasta entónces.

Quise vencer al atleta, sentí celos de su gloria, anhelé á toda costa cruzar mi espada con la suya para probar si valía tanto como él, y fuera de mí, olvidando la generosidad que debe desplegar el vencedor ante vencidos de esa talla, le grité, dando á mi voz inflexiones de profundo desprecio:

—¡Porteño cobarde!

La injuria, cruzando el espacio, hirió el oído del bravo, que dió vuelta, parándose en mitad de la senda, con la cabeza erguida, erizado el cabello y dilatados los ojos por una ira llevada al paroxismo, pronunció con

voz entrecortada y ronca, este apóstrofe digno de los héroes de Homero:

—¡Ladrón, mulato Castro!

¡Vive Dios! También sentí desbordado mi pecho de furor irreflexivo y ciego, escuchando ese insulto inesperado y brutal que sacudió los tímpanos con el fragor con que revienta el rayo en el seno de las nubes, olvidando que si yo me sentía beodo de emulación él lo estaba de valor y gloria!

El sitio donde pasaban estos sucesos era un paso escabroso y estrecho flanqueado de abruptas peñas por el que con dificultad se podía caminar. Iba á precipitarme espada en mano sobre Zelaya, que ya venía, para trabar duelo singular, cuando sus oficiales y los míos se interpusieron, arrastrándonos lejos á pesar de la ruda resistencia que les opusimos obcecados en cumplir nuestro intento.

Sentí perderse á la distancia su voz ronca vertiendo frases de orgulloso desafío. La noche cubría ya con sus sombras la tierra; todo estaba en silencio, la persecución cesó. Lentamente regresamos al campamento cuya presencia denunciaba las alegres llamas del vivac de la tropa.

*
* *

El enemigo perdió toda su artillería, parque y bagajes; el campo de batalla estaba sembrado de sangrientos despojos, hicimos prisioneros á muchos oficiales y soldados. Nuestras pérdidas son mayores que en Vilcapugio, pero la suerte se decidió y somos dueños del terreno.

Belgrano se retiró hacia Potosí con su quebrantada tropa. El 15 muévase una columna de 800 plazas para ocupar la ciudad, seguida por el ejército; el 19 nos posesionamos de ella y supimos que el día anterior la habían desocupado los insurgentes emprendiendo la retirada al sud. Chuquisaca y Cochabamba también están guarnecidas por tropas realistas.

*
* *
*

Como lo presentía, los buenos potosinos hicieron en obsequio nuestro muchas manifestaciones de entusiasmo que aceptamos con gratitud; siempre es bueno en las ingratas alternativas de la vida militar llevar el recuerdo de horas placenteras, que hacen más soportables, al evocarlas, los momentos en que la decepción ó el sufrimiento llenan de melancólicas imágenes la vida.

Es mucho su descontento cuando recuerdan á los insurgentes; los tachan de ingratos y desagradecidos. Parece que al evacuar la ciudad pensaban hacer volar la casa de moneda; afortunadamente no se cumplió su designio, porque uno de sus oficiales que estaba en el complot, cautivado por los hechizos de una linda potosina, resolvió frustrar esos propósitos.

Cuando los insurgentes abandonaron la ciudad, dejaron una larga mecha encendida que debía hacer estallar muchos barriles de pólvora y mientras se alejaban precipitadamente huyendo de la explosión, el oficial la sacó mañosamente, evitando muchas desgracias personales y perjuicios materiales.

Este oficial fué muy agasajado por todos los de la ciudad gratos al gran servicio que les hizo, y él, en

compañía de algunos más ingresarán en nuestras filas; no es de extrañar su conducta, el sol que se pone no abriga y calienta ya, es mejor cobijarse á la lumbre benéfica del sol que se levanta.

Con nuestra victoria toda oposición y resistencia desapareció; al vencedor todo le sonríe, todos quieren propiciarse su buena voluntad. Los indios, tan decididos partidarios de Belgrano, después de sus derrotas faltándoles apoyo, han quedado temerosos y escarmentados temiendo las represalias. Pobres parias, tal vez no se equivoquen en su temor: Pezuela medita severos castigos.

*
*
*

Ignoro lo que pasa en mí; yo debía estar contento con las victorias obtenidas por las armas del rey, á las que contribuí con mis pobres fuerzas, y no siento la alegría que veo rebosar en todos mis compañeros, asomando al semblante y manifestándose con palabras de congratulación y entusiasmo.

En vez de eso experimento una especie de sentimiento melancólico, no sé si es vergüenza ó remordimiento lo que se levanta en mi conciencia cuando considero á solas, echando una mirada dentro de mí mismo, que estoy sosteniendo una causa que no es justa, que mis convicciones y creencias nuevas rechazan, y ayudo á esclavizar hombres que tienen el derecho de pensar sin tutores molestos y aspirar á ser libres en el suelo de su nacimiento.

Pero qué puedo hacer en favor de ellos cuando también me hallo encadenado á la influencia de mi mala estrella y sufro pasivamente la esclavitud de mi deber!

CAPÍTULO XII

JUJUY, 17 de enero de 1814.

En marcha para Jujuy—Mariano Gómez—Valor y carácter—Dos ideales opuestos—Vacilando—Jujuy—Efectos de la guerra—Aspecto de los sucesos.

El 20 de noviembre salimos de Potosí persiguiendo á Belgrano. El general Ramírez es el jefe de la división, compuesta de tres batallones, ocho piezas de artillería y 500 ginetes. Estos últimos forman las fuerzas de mi mando, columna ligera que forma la avanzada de la vanguardia.

Nada notable ocurrió en el camino fuera de algunos encuentros sin importancia con los derrotados; el país que atravesamos está sosegado con esa tranquilidad ficticia y paciente del que permanece á la expectativa viendo venir los sucesos.

* * *

Desde un punto llamado Cangrejos se dejó sentir un grupo enemigo que hostilizaba sin descanso á las partidas exploradoras; cayó en una celada que le puse y supe que

España

el sargento que los mandaba era uno de los tres soldados que sorprendieron la guardia de una compañía de mi escuadrón en Tinguipaya.

Mariano Gómez, así se llamaba el prisionero, fué ascendido con el título de sargento de Tambo Nuevo, en premio de su hazaña, por Belgrano; este soldado había desertado del ejército realista antes de la batalla de Tucumán y por esta causa debía ser pasado por las armas.

No puedo remediarlo: admiro los actos de valor y audacia y se me hacen fuertemente simpáticos los seres que los ejecutan, como desprecio con un sentimiento de repulsión, de asco, las cobardías y vilezas que tan frecuentes son entre los hombres; en ambos casos no está en mi mano ocultar la impresión que esos actos me producen y sin restricción obedezco á mis impulsos.

Llevado de esta tendencia resolví librar á Gómez de la suerte fatal que le estaba destinada y le propuso volviera á nuestras filas siempre que prometiére permanecer en ellas sirviendo con lealtad, y en cambio de este compromiso interpondría mi influencia con la superioridad á fin de que le fuere perdonada la vida: no aceptó.

Lo hice poner en capilla para que el lúgubre aparato que rodea al momento solemne, en que el hombre medita en el silencio pavoroso de la estrecha pieza iluminada por la luz humeante y fúnebre de los cirios, dando el postrer adiós á la existencia, con el pié en los sombríos umbrales que conducen á la eternidad y sus misterios, quebrantaran su ánimo y lo hicieran volver atrás de su resolución: no lo conseguí.

Sin perder la esperanza todavía, deseando librar á ese valiente, esperé el instante supremo en el que las más resueltas energías se rompen. Salió Gómez de la capilla caminando con altivez, penetró en el cuadro y ocupó el

banquillo...., cuatro tiradores avanzaron...., y en ese momento angustioso le fué ofrecida la vida: rehusó. Mis esfuerzos se estrellaron en su resistencia; una descarga cortó el hilo vital de aquel noble y viril soldado

* * *

Qué poder irresistible y fascinador tiene la idea que encarna la palabra libertad? Qué mirajes tan bellos y grandiosos ven aquellos que se sienten invadidos por ese pensamiento, que les inculca fuerza y abnegación suficientes para convertirse en mártires denodados de su creencia? Es una obcecación de la mente? Es una verdad que solo distinguen muy pocos?

Yo no se qué pensar. Desde que se dió el grito de resistencia á las autoridades coloniales el año 10, admiré la resolución audaz de los hombres que la sostuvieron. Moreno fué su númen; él es, en mi concepto, la figura más elevada, que se destaca con talla de gigante en el grupo de los revolucionarios; y el pueblo apoyando ese movimiento se colocó al nivel de sus iniciadores, todo fué abnegado y grande. Por qué no me puse á su lado?

He aquí el *por qué*. Hay espíritus rutinarios, empapados en el medio que viven, incorporados pasiva é incondicionalmente á las costumbres y aceptando el estado social del suelo en que nacieron como la expresión de todo lo más acabado y perfecto; tardos en comprender las innovaciones que choquen con las tradiciones del pasado, innovaciones que no comprenden sus amodorradas inteligencias, para ellos la palabra «progreso» no tiene significación: yo he estado en ese número.

No comprendí entonces las grandiosas proyecciones que se desprendían de ese movimiento con destellos luminosos, enseñando el vasto campo de la igualdad y el derecho á los tímidos y preocupados en las rancias teorías del poder colonial.

Me sentí horrorizado al ver depuesta la autoridad secular del virrey, temi el desquicio de las instituciones que hasta ese momento nós regían, ví á mi país revolcarse en las convulsiones sangrientas que agitaron á la Francia el siglo pasado, y puse mi brazo al servicio de las armas españolas para concurrir, dentro de mis medios, á evitar á la patria tan grandes males.

Todavía, después de la batalla de Salta, no comprendía los propósitos que animaban á los revolucionarios y fué necesario espolear mi lenta concepción en el calificativo ¡perjuro! que sacudiéndome como una chispa eléctrica sacó el alma del sopor que la envolvía, para obligarme á pensar, á emprender un análisis de la situación, á estudiar las causas y propósitos que movían á esos hombres en su porfiada resistencia.

En mi viaje por las provincias sublevadas ví el entusiasmo que despertaban en todos esas ideas; se comprende que el indio de Chayanta ó el *gaucho* de Salta, no puede aspirar á ser libre con la grandiosidad de miras que siente bullir en su inteligencia el ciudadano culto de Charcas ó el de Buenos Aires, eso es resorte de la educación, pero todos, dentro de su percepción, van á un fin y coadyuvan á él.

Belgrano con su abnegado ejemplo de constancia, y Zelaya con su valor temerario serán ilusos?—me preguntaba á mis solas después del triunfo de Ayohuma.—No—me respondía inmediatamente—esos actos obedecen á una idea; el heroísmo, la abnegación humana no existen si no

las inspira la persecución de un objetivo elevado y santo ellos van tras un fin, luchan por un ideal: cuál es capaz de engendrar tanto desprendimiento y grande sacrificio: —Uno solo; aspiración latente de todos los seres oprimidos, tierra prometida de los esclavos: la libertad.

Si los fines que persiguen los revolucionarios son humanos y justos, qué propósitos animan á los realistas: Triste es confesarlo, no hay ideal que oponerles. Luchar por la idea del dominio absoluto y sin control para convertir los hombres en cosas, estancando las corrientes fecundas del pensamiento, poniendo vallas á la marcha del progreso, es no tener ideal.

Los medios que ponemos en práctica para conseguir esos resultados son inconfesables. Se ha usado de un rigor despiadado y sistemático, sin pararse á considerar los procedimientos, con tal que trajeran rápidamente la sumisión incondicional, convirtiendo á los militares ejecutores de esas *justicias*, en los más innobles verdugos.

Los cadalsos se levantaron en todas partes; en el Alto Perú aterraba y condolía ver las cabezas de los ejecutados clavadas á lo largo de las carreteras; la propiedad de los emigrados fué confiscada y vendida en almoneda, y también se vendieron como esclavos los prisioneros de guerra á los dueños de ingenios y minas. No invento, si hay justicia sobre la tierra, un día lo consignará en sus páginas la justiciera de las sociedades: la Historia.

Esto fué consumado por comisiones militares que se denominaban Tribunal de Purificación, cuando no eran otra cosa que esbirros de las más iracundas venganzas.

Esto pasaba en los momentos que el rey heredero del trono español, afeminado y cobarde, prisionero del Emperador Napoleón, aceptaba su cautiverio distraído en fáciles placeres y espléndidas fiestas, ocupando el tiempo en

labores de doncellas y vertiendo frases de reproche contra sus súbditos.

Contra esos súbditos inflamados del aliento indomable que animó el corazón de los grandes guerreros, en su lucha de siete centurias contra el poder musulmán; contra esos súbditos que se levantaron decididos y pujantes, sacudiendo la melena del león hispano, para lanzar al invasor audaz que holló y profanó con su aborrecida presencia el suelo querido, teatro de tantos heroísmos y glorias! Pueblo de valientes, no degenera la raza!

Esa luz que iluminó mi razón haciéndola pensar en lo que jamás había sospechado, alumbrá claramente mi desairada posición, por más que el triunfo nos sonría, indicándome lo pequeño y mezquino que soy al lado de los denodados revolucionarios. Si hemos triunfado de los hombres somos impotentes para subyugar las ideas.

Así, poco á poco, he visto caer la venda que cubría mis ojos y miro con profundo respeto los esfuerzos que hacen para ser independientes y libres; la fatal miopía de mi criterio es la sola culpable que me halle á su frente ayudando á sofocar sus grandes y nobles aspiraciones.

Pero si comprendo esto porque es la innegable expresión de la verdad, no puedo seguir esa corriente en que pugnan por engolfarme todas mis simpatías: también es virtud la consecuencia.

*
* *

Atravesando la quebrada de Humahuaca, que en lo future será histórica, garganta que da paso á Jujuy, la muy noble y leal, como la llamaron los realistas, tuvimos lijeros encuentros con los revolucionarios, cediéndonos

el terreno en retirada á Salta; ya empiezan á producirse las primeras resistencias.

Sabemos, por los prisioneros cogidos, que el jefe de su vanguardia es el coronel Dorrego; este militar pertenece á la escuela moderna, como que es joven, inteligente y bravo; en la batalla de Tucumán figuró lucidamente en primera línea y también se hizo notable en Salta. No fué con Belgrano en la campaña del Alto Perú.

Sin resistencia entramos en la ciudad que ha sufrido y sufre mucho ocupada como está siempre por fuerzas militares; todos estos pueblos tienen agotados sus recursos, la miseria es general y en el rostro de estas pobres gentes hay un sello de resignación fatalista, diré así, justificada por los hechos que se suceden sin tregua ni descanso; durante un espacio de tiempo tan largo que deben creerlo interminable.

La fuerza total del ejército de Belgrano es poco más de 900 hombres, muy desmoralizados, pero apoyados decididamente por los habitantes de Salta y Tucumán que tanto nos dieron que sufrir en la pasada invasión. Por lo pronto están entre los suyos, descansando de las fatigas que han sufrido en la retirada, pero no durará mucho ese respiro, porque debo ocupar á Salta cuanto antes para despejar el frente, obedeciendo á las órdenes repetidas y terminantes del general Ramírez.

Los amigos que tenemos en ésta nos pintan, con los más animados colores, la indiferencia con que fué acogida la noticia del desastre de Vilcapugio, creyéndolo un ligero contraste sin consecuencia, y el estupor que paralizó todos los ánimos cuando supieron la derrota de Ayohuma.

En Buenos Aires, sobre todo, la indignación llegó al

colmo y se pensó destituir á Belgrano del mando del ejército, haciéndolo bajar á esa ciudad, para responder ante un consejo de guerra de sus desastres y disposiciones militares; si esto no se verificó ya, es por que no encuentran un jefe del prestigio y dotes que adornan al general en desgracia.

La situación de los revolucionarios es muy grave; los desastres del ejército del norte los obliga á emplear, no sólo una considerable parte de las tropas sitiadoras de Montevideo, mas también todos los recursos que puedan disponer, preparándose á rechazar el ataque de los dos ejércitos realistas combinados. Es, acaso, el momento más solemne y difícil que atraviesa la revolución desde que nació.

* * *

Son las once de la noche. Allá, emergiendo del azul obscuro del horizonte asoma la luna su faz de alabastro, bañando los objetos con suave melancolía; todo duerme en tranquila calma, sólo yo velo, el sueño huye de mí al pensar lo cerca que estoy de Magdalena, que sin duda me espera y pronto oiré de sus labios una palabra de ese cariño que forma toda la preocupación de mi vida.



CAPÍTULO XIII

SALTA, 28 de febrero.

El coronel Dorrego — Hogar desierto — Recuerdos de amor — Abatimiento y desesperación — Reacción — Nuevos rumbos — Amor de patria — Carta de mi hermano — En defensa de mi tierra.

Me consumía la impaciencia cuando el coronel Dorrego, con sus inteligentes guerrilleros, disputaron el paso por espacio de cuatro horas interminables para mí; es militar de rápido golpe de vista, consumado táctico y espíritu sereno.

Situado en los altos de San Lorenzo desplegó brillante juego, aprovechando con habilidad los relieves del suelo, pero abrumado por el número superior de mis fuerzas, cedió el campo escudándose tras las alturas; era muy tarde al tomar posesión de la ciudad.

Con cuanto placer me dirigí al hogar paterno, para recibir y prodigar á los seres amados el tierno y puro afecto que siempre guarda el pecho con cariño, y recuerda la memoria con arrobamiento! Al pasar veo las casas silenciosas, las calles oscuras y desiertas, pero conjeturo que los habitantes se guardan en el momento de nuestra llegada, para evitar algún desmán de los soldados.

Llego á mi casa, está sin luz; no hay movimiento en su interior, llamo y nadie responde. La vieja mansión donde resonaron las alegres voces de los míos en las lejanas horas de la dulce infancia permanece muda y tétrica; han huido de ella, abandonándola al sentir la proximidad de los realistas; arrostran sufrimientos, privaciones, desamparo y peligros tal vez, por esquivar el contacto con los opresores de su patria....., qué aterida sentí el alma en el inmenso y desolado vacío que la rodeaba!

Volví al campamento huyendo de la soledad; no quería pensar y pasé algunas horas en platicar con mis oficiales; el temido momento llegó y quedé solo. Busqué en la lectura la distracción mental que necesitaba, pero no podía permanecer quieto y las líneas que leía no tenían significación; la preocupación que me invadía flotaba sobre las páginas del libro.

¡Qué largas son las horas cuando esperamos! Con impaciencia loca espía en el horizonte los primeros albores del día para medir á su luz la intensidad de mi mala suerte. Pensamientos siniestros, como los buhos en las sombras, giraban en torno de mi cabeza remedando ronda sabática..... ¡Al fin!.... Una línea nacarada se dibujó en el oriente y me lancé afuera.

Aspiré con delicia el aire impregnado de aromas que refrescaba mi frente ardorosa por el insomnio; los rumores de la tierra empezaban á levantarse en confusos murmullos, balbuceos ignorados de una plegaria de amor ferviente, entonada por la naturaleza entre música de aleteos, susurros de insectos, arrullos de palomas y trinos de zorzales.

El sol asomó su cabellera de llamas tras los cerros, y sus dorados rayos ahuyentaron las sombras con su cortejo de tristes ensueños y amargos presentimientos.

Fuí á casa de Magdalena; dudaba todavía y me paré delante de la ventana, donde tantas veces la ví aparecer bella y atrayente, cual las concepciones sublimes que germinan como visiones paradisiacas de la mente febriciente de Petrarca.

El jazmín que la rodeaba como verde marco, testigo fiel de nuestros castos deliquios, derramando sutil y discreto la blanda esencia de sus florecillas blancas, creando para ella sola un delicioso ambiente de perfumes, una mano brutal tronchó su tallo, y pisoteado, seco, yace en tierra.

Penetro en la casa abandonada; el salón está desierto, frío el hogar, tristes las que antes fueron alegres habitaciones...., por qué huyó la creación más hermosa que las embellecía; por qué no estallan las risas argentinas, que resuenan armoniosas como choque de cristales, despertando el eco dormido tras las immaculadas colgaduras de su lecho de Virgen? porque les falta el calor, la vida, con la ausencia de su dueña..... Magdalena, ¿también me abandonaste?

Con la inconsciencia del sonámbulo me aparté de aquel lugar, invadido por ráfagas de locura que acometían al cerebro. Al acaso iba caminando por las calles viendo las casas abandonadas y vacías; todos se fueron, unánimes tomaron esa resolución destruyendo antes de irse lo que juzgaron podría sernos útil; quedan las iglesias despojadas de sus ornamentos; se adivina una resolución inquebrantable de resistencia...., ¡cómo nos detestan!

Me había detenido en una plaza; frente á mí se alzaba la iglesia de la Merced. Miraba en torno, y encontraba en lo que veía algo semejante al silencio y desamparo de las ciudades italianas, descripción admira-

ble de Ripamonti, durante la peste ásoladora que en el siglo xvii las dejó desiertas y sin vida; ese aspecto tenía esta ciudad esa mañana; por momentos creía ver el carro fúnebre, oyendo á los conductores gritar á la puerta de las casas: ¡sacad nuestros muertos!

Pasó zumbando, bañándose alegremente en la atmósfera tibia del sol, una abeja, casi chocó en mi rostro, la seguí con la vista y se asentó en las ramas de un viejo naranjo buscando golosa el néctar de los frutos. ¡Qué contrastes hay en la vida de los seres!

Algo, como el eco de un suspiro llegó á mí. Di vuelta y ví á mi hermano Pedro Antonio, capitán de una compañía de mi escuadrón de dragones; parado á corta distancia, mirando en silencio con aire consternado, el cuadro desolador que se desenvolvía á nuestra vista.

—Hemos quedado huérfanos en la ciudad—dijo aproximándose y apoyando su mano en mi hombro—toda la familia que me resta en el mundo, por el momento, la formas tú. Los otros nos desconocen, nos reniegan.

Con la violencia que se precipitan las aguas al romper el dique frágil que las aprisiona, escuchando esas palabras, modulación de sollozos contenidos, se desbordaron mis sofocadas impresiones y arrastrado por su impulso dije todo lo que sentía, todo lo que pensaba..., oprimiendo mis plantas esos sitios que formaron mi encanto en el pasado!

El recibió callado, meditabundo, la confesión ingénuo y desesperada de mi alma..., cuando cesé de hablar, enlazando su brazo al mío, me impulsó con suavidad hacia la iglesia. Penetramos y se detuvo ante el altar mayor, postrándose; viendo que yo permanecía en pié, me miró á la cara y en voz baja, con acento irresistible donde palpitaba la creencia y fé más pura me dijo:

—Híncate y ora, Saturnino. El rezo no resuelve las graves situaciones de la vida, pero siempre consuela en el infortunio.

*
* *

Lucho con la dificultad de expresar los diversos sentimientos que me han agitado. Sufrí todo lo que deben haber sentido los padres de la humanidad al verse arrojados del paraíso delicioso, sitio de goces inefables, mansión de dichas y bellezas, para siempre;

El dolor del titán legendario, revolcándose presa de paroxismos atroces sobre las desnudas rocas del Cáucaso; entre férreas cadenas, sintiendo el chasquido de la carne rasgada por el bárbaro picotazo de los buitres, sin vislumbrar un término á sus torturas;

El desaliento y desesperación infinita que sacudiría las pobres almas al ver escrita, sobre la puerta que conducía al reino de las tinieblas, la leyenda del Dante..... Me ví sin familia, toda la creí reducida á mi hermano; sin el apoyo del amor del alma, juzgué que Magdalena me cerraba para siempre las puertas de la gloria y sentí que el espíritu flotaba sin rumbo, alocado, en un caos de tinieblas.

Anonadado, incapaz de todo raciocinio, oía sin comprender la palabra cariñosa de Pedro, que no quiso dejarme solo cuando se penetró del estado de mi ánimo, temía el estallido al producirse la reacción. Junto á mí, sobre un pequeño velador estaba un libro; lo cogí maquinalmente, puro acto mecánico sin discernimiento, y procuré leer algunas líneas. Era el ensayo de moral y política de Bacon.

Un punto luminoso brotó en la obscuridad de la inteligencia inerte, fué aumentando; esparciendo destellos que alumbraron los sitios más recónditos del cerebro, el espíritu inmortal haciendo vibrar cuerdas mudas que dormían se sobrepuso al letargo, señalándome rumbos no pensados, mi puesto en la lucha que se libra por la idea, amor poderoso, incontrastable, de sobra para llenar él solo el espantable vacío de mi pecho....

Había leído este pensamiento de Séneca que comenta el gran escritor inglés: «El mayor y más bello espectáculo es ver reunidos en un mismo individuo la debilidad de un hombre y la fortaleza de un Dios».

El influjo de estas palabras elevadas que á través de los siglos llegan hasta mí por medio de los caracteres impresos, inoculándome energía, vi aparecer entre los primeros hombres, cayendo víctimas de sus creencias generosas, mártires de la verdad, que perdieron la vida con la palabra del perdón en los labios para los que no comprendieron sus ideas—los nombres de los patriotas de la primera Junta.

Moreno, espíritu de la revolución; Belgrano, ejemplo de abnegación y pureza; Zelaya, Aquiles de los combates; Arenales, modelo de indomable energía y resolución de propósitos; la defensa obstinada de los patriotas todos, que no los abaten los reveses y que como Anteo al tocar la tierra, se sienten con más bríos invocando la libertad!

Perdona, madre de América. No es la defección in noble del traidor que busca nombre y gloria en las filas enemigas lo que me impulsa á abandonarte. Es la idea, que volteó las preocupaciones, fustigando á los poderosos y dignificando la humanidad; poniendo, en lugar del despotismo vetusto y tambaleante, la diosa

libertad, sobre el incommovible pedestal del Derecho y la Justicia.

La Idea que se abre paso entre los convencionalismos y opresiones, iluminando la inteligencia con claridades de aurora: la Idea innata de los seres pensantes, ley de la vida, precisa, ineludible, tarda en producirse, pero cuando se aferra á la imaginación, con la potencia del leviatan bíblico, la ocupa enteramente é impele.

Qué culpa tiene el ignorante que se le negaron los medios de instruirse, si no sospecha siquiera los nobles ~~ánhelos~~ que despierta la historia de los pueblos y sus sociedades, relatadas por esos amigos inapreciables que llamamos libros, diciéndonos que en lo humano todo nace, vive y muere..., que en el viejo mundo las ruinas de los asirios, de los egipcios, como las de los peruanos y mexicanos en América, atestiguan naciones desaparecidas en los abismos del tiempo y que esas sociedades son las sucesoras de otras que ni memoria queda ya de su pasaje sobre la tierra.

Y los hombres, las hormigás que se agitan, van, vienen y se cruzan en las diversas sendas de la vida, los seres que levantaron esos monumentos con la idea que eran eternos, que á veces los saca á la luz un incidente casual, revelando su existencia no sospechada los restos del ignorado hormiguero descubierto; los hombres..., ni el más leve recuerdo, ni el más pequeño indicio vive de ellos y sus cuerpos, convertidos en tierra fecunda, pertenecieron á reyes poderosos, guerreros célebres, mujeres hermosas..., que así es la existencia y su destino: como los pueblos asirio y el incásico volver al polvo del que tomaron forma prestada y transitoria.

Pero esas sociedades que pasaron decrépitas por la senectud, al desaparecer de la superficie de la tierra

confiaron á los pueblos jóvenes todos los perfeccionamientos que aprendieron en su vida; todas las ideas que bullían en la mente, todas las esperanzas que cifraban en el porvenir.

Sucedíéndose los siglos á los siglos el oriente transmitió á la Grecia su cultura; los de la era cristiana bebieron en el Renacimiento la ciencia y arte de los griegos; los que llegaron á las alturas donde hoy se ciernen los espíritus, conquista de la humanidad hacia el progreso, esos no morirán jamás mientras viva el planeta que nos sustenta, legan mejorada la herencia de sus abuelos á la posteridad, sus ideas, y la idea no muere, es inmortal porque viene de Dios!

Qué culpa tenemos los hijos desheredados de América, si en nuestra ignorancia no sospechamos la revolución que produce en el espíritu el conocimiento de los sucesos que enseña la historia, y las verdades que de ellos se desprenden; no hemos vivido sino como tus reyes nos permitieron vivir, no hemos pensado más allá de lo que nos dejaron pensar, y si germinó una idea avanzada pronto fué ahogada en torrentes de sangre: Padilla en tu regazo; Antequera en el nuestro.

Tus leyes, obras llenas de justicia y sabiduría, no se aplican en nuestro país; no es aplicarlas darles torcida interpretación, porque forman un derecho de gobierno, de comercio y social solamente para los españoles. Aquí la exclusión de la cosa pública, la opresión, la *mita*, para los americanos, la gran mayoría; los derechos y privilegios para los extraños del país, la gran minoría. Allá tampoco fuiste más feliz: el terror paralizó la imaginación de tus hijos, porque la inquisición amordazó la palabra, fiscalizó la conciencia, carbonizó los cuerpos y ahuyentó el pensamiento.

No fuiste tú, no fué tu pueblo el que trató al mío como la madrastra cruel y sin corazón trata á su hijastra; fué el poder inhumano y absurdo de los mandones, los tiranos de la humanidad, con la idea mezquina de una potestad divina, ¡blasfemos!, que daba derechos, arrebatando el de todos, para disponer de pueblos, de hombres y de cosas, según las sugerencias de su voluntad omnímota.

Qué culpa tenemos, si al caer el virrey y sus autoridades vino á la América esa corriente de ideas mágicas y nobles, que brotaron del pensamiento de los grandes filósofos griegos, de los genios del Renacimiento, de los escritores franceses, envolviendo en sus olas brillantes la razón adormecida por la política sistemada de los tiranos y sus parásitos, haciendo despertar, entre aleteos de esperanza, el anhelo misterioso que dormía escondido en el alma, y que hoy es una realidad espléndida...., donde con galas no imaginadas, bellezas no presentidas se mira, entre nimbos de paraíso, el trono excelso que sustenta á la Verdad.

Una vez que la inteligencia, desprendiéndose de sus egoísmos de secta, de sus caducas creencias de reyección, de sus insostenibles ideas de lo sobrenatural, ve la luz, desaparecen los parias, los siervos, los villanos, cosas antes, hombres hoy; y los señores, dueños absolutos é incondicionales de vidas y haciendas, engendros monstruosos de las costumbres sociales en las épocas primitivas, expresión elocuente de todo lo que han sufrido las criaturas, van apareciendo á la luz, mostrando á los que creyeron en sus facultades maravillosas, que son hombres igualmente débiles, pequeños y obtusos como los que hasta ayer fueron sus esclavos.

Todas estas son las conquistas de la verdad. Recha-

ce mos el error y vamos hacia la luz. La filosofía escolástica sumerge mi alma en un océano de perplejidades y dudas, no se lo que puedo ni lo que soy; lo abstracto: nebulosidades impenetrables. La palabra chispeante de Mirabeau y de Danton me electriza; allí aprendo lo que soy y puedo ser: la verdad; lo real.

España, nación gloriosa; te abandono cumpliendo mi deber. No más vacilaciones cobardes. Mi madre es América, el pedazo de suelo que se llamó virreynato del Río de la Plata, en él está Salta, ciudad querida donde abrí por primera vez mis ojos á la luz, donde recibí los arrullos maternos, saturándose mi ser en los vivificantes efluvios de su tierra bendita, balbuceando los labios su primera palabra, aprendiendo las primeras nociones de la honradez y los deberes del hombre, donde sentí latir mi corazón de adolescente.....

Aquí, que también nace ahora y se agiganta el nuevo y nobilísimo sentimiento que me dignifica, prestándome fuerzas para lavar mis errores, al impulso de una idea que brotó en mi cabeza con la rapidez de la centella, llenó el corazón y ganó la voluntad; idea tan acabada y perfecta como si fuera debida á un plan larga y meditadamente estudiado, porque es el resultado de un germen comunicado al cerebro tiempo atrás: Belgrano, ¡bendito seas!

Patria, libertad! No son palabras vanas; noble ideal que se levanta sobre todas las pasiones, ocupando preferente lugar entre los más caros afectos de la tierra, porque es tan grande como el espacio insondable dentro del que voltean sin descanso el Sol y sus satélites, los planetas y las estrellas!

*
* *
*

Recibo una carta de mi hermano Manuel Antonio, afable y cariñosa expresión de su dulce carácter, y en ella me exhorta á dejar las filas realistas, porque mi deber de americano me impone defender la tierra de mi nacimiento y propender á su libertad. Antes de recibirla pienso como él, pero me satisface saber que no me han olvidado mis deudos, y que los ojos del jóven general patriota me han seguido con simpatía y hoy me invita á concurrir á la defensa de mi país.

Es el general Alvear el jóven á quien me refiero, que comisionó á mi hermano, cuando supo que venía á verme, para hablarme en el sentido enunciado, á fin de que en su nombre me ofrezca ser recibido en el ejército patriota con mi graduación y las condiciones aceptables que yo imponga; si no quiero prestar mis servicios á la patria con la tropa que se opone al paso del enemigo aquí, estoy autorizado para incorporarme á las fuerzas sitiadoras de Montevideo.

Contesto á mi hermano que antes de su insinuación mi voluntad es defender mi país, que no quiero recompensas ni honores, yo no me vendo. El grado que adquirí en el ejército español es bien ganado, constituye mi propiedad, y las autoridades patriotas, en justicia, no pueden privarme de él. Nada quiero sino ayuda de los jefes con sus fuerzas en el momento que produzca la sublevación en el ejército de Pezuela.

Para tratar y discutir el asunto es necesario tener una entrevista, avisándome día, sitio y hora donde se verificará, prefiero la noche y yo solo acudiré. Es pre-

ciso que sea en un punto cercano de la ciudad. Mas ¿por qué razón habiéndose recibido del mando del ejército el 30 de enero el general San Martín, es Alvear quien se ocupa de esto? No veo claro y preguntaré á mi hermano el *por qué* en oportunidad.



CAPÍTULO XIV

SALTA, 31 de marzo.

Partidas volantes—Terreno de la lucha—Ríos, bosques y montañas — Guerra sin cuartel — Emboscadas — Temor de los realistas — Güemes — San Martín — Cambio de gobierno—Posadas—Situación delicada —Fantasías—Artigas—Sublevación de Cochabamba.

Este mes han demostrado los patriotas la resolución que los anima; sus partidas volantes son muy peligrosas para la caballería realista, pues siendo ellos mejores conocedores del terreno sacan ventaja de este conocimiento ofendiendo muchas veces á mansalva á los invasores.

Esta provincia es una continuación descendente de las alturas de Jujuy y el Alto Perú por el Norte, y de la cadena andina al Oeste. El suelo está formado por montañas que como las del Acay y Tolar apenas pasarán de 15.000 pies de elevación sobre el nivel del mar y son las mayores; hacia el Este se encuentran depresiones que forman valles extensos, numerosos y feraces.

Sus bosques son de una vegetación lujuriosa, hay plétora de sávia; lo dice el impenetrable manto de hojas, tan apretado que no pasan los rayos del Sol, y la

profusión de frutos y de flores que muestran todas las galas poéticas y agrestes en la estación primaveral.

Los algarrobos levantan sus copas á grandes alturas, creciendo en apiñados grupos con los quebrachos, cedros, espinillos, talas, laureles y una inmensa variedad que sería prolijo enumerar; á sus pies entrelazan sus gajos verdes y flexibles las enredaderas silvestres, apoyándose en los robustos troncos de los colosos, tejiendo tupidas redes; abajo, las zarzas y rosales llenan los espacios vacíos en inextricable maraña.

Estos terrenos, cruzados por ríos considerables como el Salado, Bermejo, Arias y muchos más aunque no tan importantes, obstruidos por altos cerros y obstáculos naturales de todas clases, obligando á seguir caminos únicos, puesto que no es prudente aventurarse en ciertas estrechas y solitarias sendas que no se sabe qué lugares de la selva cruzan, probablemente formados por las haciendas salvajes ó *alzadas*, como las llamamos aquí.

Sitios desconocidos, de donde sienten partir los centinelas, en altas horas de la noche, agudos silbidos, remedos del canto de *ñacurutú* ó del *cacuy*, roces en el follaje con chasquidos de lianas que revientan, de ramas que se rompen al empuje de un cuerpo, galopes precipitados que se alejan, destellos fugaces que denuncian hogueras de campamento, ocultas entre *quebradas* inaccesibles, anuncio de conciliábulos secretos, peligros inmediatos que abulta la imaginación haciéndoles tomar proporciones desmesuradas y pavorosas.

Cuando la luz del día entona los ánimos disipando la preocupación de los sobresaltos nocturnos, se presenta la realidad á corroborar los presentimientos. De las grietas y quebradas del suelo, como evocados por un

poderoso encanto, aparecen hombres de gran estatura, con torsos de hércules, de cabelleras y barbas primitivas que ocultan casi del todo los atezados rostros.

Envueltos en burdas telas de *tocuyo* unos, luciendo otros *sus ponchos de picote*, calzan *ojotas*, ceñidas al pié desmesuradas espuelas de hierro que desgarran los hijares de los caballos, obedientes á la rienda de piel de *anta* que los sujeta, selváticos y musculosos como sus ginetes.

Amparados tras los enormes *guardamontes* de piel, que les preserva toda la parte anterior de las piernas hasta la cintura, blandiendo largas lanzas de caña *tacuara*, asegurado en la punta un largo y afilado hierro, ó fusiles recortados y sables, provistos del *lazo* á la grupa y *boleadoras* á la cintura, arremeten con la furia y rapidez de una tromba, sacudiendo sus largas melenas, lanzando gritos de salvaje intensidad y chocan con tan incontrastable pujanza con los realistas, que estos no tienen más salvación que la fuga.

De este modo pereció el capitán Fajardo. Al frente de su compañía fué á espantar del camino de Guachipas á un grupo de *gauchos* que estaban en Sauce Redondo molestando á las avanzadas; la compañía fué deshecha, sólo doce hombres escaparon y el capitán quedó muerto en el campo de la acción.

Estos hombres están en todas partes; en las copas de los árboles, entre los matorrales de zarzas, en la cima de los peñascos, entre las crecidas yerbas de la pradera y barrancas de los ríos; allí están en acecho, tenaces y pacientes, esperando el momento de obrar, y de allí parte la muerte á sorprender impensadamente al más precavido.

Diestros tiradores derriban de un certero disparo al

descuidado oficial que manda un destacamento, sin poder encontrar al matador. Amparados por las sombras de la noche se aproximan con cautela, como el jaguar, al descuidado centinela; un hábil tiro de *lazo* rodea el cuerpo del infeliz soldado y arrastrado á la *cincha* del caballo encuentra muerte horrible, haciéndose pedazos al chocar contra los árboles y las piedras.

Ya dije que son formidables en sus cargas de caballería. Ayer, Güemes con una fuerte partida sorprendió la avanzada á una legua distante de la ciudad; escaparon muy pocos. Al frente de un escuadrón salgo para contenerlos, avanzando con precaución temeroso de caer en alguna emboscada; cerca de ellos hago alto esperando confiadamente se retirarían, en vista de su inferioridad numérica.

Así permanecemos un momento, cuando de pronto cargan golpeando los *guardamontes* con los *taleros*, gritando espantosamente y agitando sus *ponchos* como legión de diablos salidos del averno; asusta de tal modo á nuestros caballos su presencia y actitud, que al sentirlos llegar muerden el freno y parten desbocados con sus ginetes impotentes para dominarlos. Perdí cuarenta hombres y yo escapé por casualidad de un tiro de bolas.

La gente acobardada no se atreve á salir fuera de la vista de la ciudad; hemos tenido que concentrarnos, y en los suburbios se libran combates diarios, en los que por lo regular nos cabe la peor parte. La desmoralización es muy explicable, en vez de atacar nos mantenemos á la defensiva y esta supone mayor poder en el enemigo, cuando se trata de un ejército invasor como es el realista.

No tomo medida eficaz, grito mucho, amenazo al cielo

y á la tierra prometiendo castigar á los *gauchos haraposos*, pero las cosas quedan como están, el miedo va llenando los ánimos y la deserción empieza. Busco el medio de servir á mi patria aunque sea por el momento desde las sombras.

Esta es la guerra defensivo-ofensiva que verifica Güemes desde que se recibió del mando de las avanzadas, sistema iniciado por Dórrego y continuado con el éxito que he procurado describir.

*
* *

Yo conozco á Güemes; hemos tenido relaciones amistosas hasta el momento que nos separó la revolución. Es hijo de Salta, su familia es distinguida y pudiente; cuando los ingleses se adueñaron de Buenos Aires figuró entre los defensores de la ciudad, después solo sé que siguió la carrera militar.

Dicen que es disoluto en su manera de vivir, no se si esto es verdad, pero en el momento del peligro pone su popularidad al servicio de la patria; rodeado de sus *gauchos* presenta al invasor una valla insuperable y permite al ejército regular reponerse de sus fatigas, remontar sus batallones con nuevas fuerzas para volver á la lucha.

Si sus vicios fueran mayores, todos se eclipsarían ante la grandeza de su actitud en la valiente defensa del territorio; cómo lamento no poder acompañarlo! Me consuela en el pensamiento que no pasará mucho tiempo sin estar á su lado.

*
* *

En una nueva carta que me dirige Manuel Antonio, me comunica que Belgrano fué separado del ejército, sucediéndole el general San Martín; ya esto lo sabia, pero ignoraba que fuese militar de escuela el nuevo jefe, formado, como dice mi hermano, en las guerras del Rosellón, de Portugal y en el alzamiento de los españoles contra la invasión francesa, ganando en buena lid el grado de teniente coronel. Vino á Buenos Aires en 1812, es americano; creó el regimiento de granaderos á caballo y cuenta en su haber la victoria de San Lorenzo, lección inflingida al coronel realista Zabala á orillas del Paraná, territorio de Santa Fe.

Después de varios cambios y formas de gobierno desde la primera Junta al presente, ocasionados por los elementos antagónicos que co-existen en todas las agrupaciones políticas y sociales tan recientes como la actual, con miras no bien definidas, aunque vislumbran en las brumas de lo incierto la luz que nos conducirá á la verdad, el 22 de enero de este año la Asamblea General Constituyente dispuso que la Suprema Potes-tad se concentre en una sola persona con el título de Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, asesorado por un Consejo de Estado compuesto de nueve miembros, entre los que figuran los ministros de Hacienda, Gobierno y Guerra.

El mando supremo recayó en don Gervasio Posadas, que se posesionó de él el 31 de enero. Tal es la forma de gobierno que rige á los pueblos patriotas actualmente; pero pronto será preciso poner en juego otros recursos,

uniformar las opiniones y resolverse á enarbolar la bandera independiente de una manera franca, sin reticencias, ó aceptar la autoridad de un monarca europeo.

En Europa la situación política se complica; el poder de Napoleon declina. Cansados los pueblos de ser juguete de un ambicioso, se preparan á rechazar los avances del emperador guerrero. Cuando llegue ese momento, que al decir de mi hermano todo anuncia que está más próximo que lo que se cree, si no se consigue destruir al conquistador, por lo menos se logrará tenerlo á raya.

Entonces volverán á su cauce natural las leyes y costumbres salidas de madre por las apremiosas necesidades de la guerra, las invasiones y contacto forzoso con gente extraña, las naciones volverán á posesionarse de sus arrebatados territorios, el rey de España, libre de su cautiverio, subirá á su trono y los revolucionarios americanos tendrán que definir su posición.

*
* *

Tal vez, á la manera del héroe manchego, he formado de mi ideal de libertad un absurdo informe, imposible de adaptarse al carácter de los habitantes de mi patria, incapaz de comprenderlo ese elemento que se llama pueblo, sin aplicación práctica por el momento en la colmena social donde vivo y me agito.

Yo quisiera un gobierno americano, una república. No la de Platón, no las teorías del Contrato Social, tampoco la que diseñó el gran patriota Miranda..... yo quisiera la iniciada y hecha carne por los norteamericanos, la que soñó Moreno con su genio de apóstol, la que di-

fundió Francia por el mundo predicando la libertad, igualdad y confraternidad....

Y si me equivoco? Si los hombres dirigentes de la política, aceptan otra vez la monarquía prefiriendo la vida tranquila y retraída del vasallo, á la existencia turbulenta y activa del ciudadano de la república independiente y soberana, si todos los esfuerzos y sacrificios resultaren estériles, volviendo á doblar la rodilla ante el poderío de Fernando VII..... ¡oh! yo sería un nuevo Quijote, enamorado de una Dulcinea etérea, que solo tiene vida posible dentro del desequilibrio de mi cerebro!

Esto es soñar; quiero subir á las alturas y me faltan alas y fuerzas; pagué su tributo á la fantasía y vuelvo á la realidad.

* * *

La noticia de la victoria de Ayohuma, fué recibida en Montevideo con grandes festejos y se la comunicaron á las fuerzas patriotas, por medio de impresos, que arrojaron á su campo. Aprovechó esta circunstancia el caudillo Artigas, que ocupaba la línea izquierda del ejército sitiador, y siguiendo la inspiración que le dicta su resentimiento contra las autoridades de Buenos Aires, abandona su puesto durante la noche.

Seguido de 2000 hombres, en el momento de retirarse, da aviso á los sitiados del claro que deja, indicando que el momento es oportuno para intentar una salida y sorprender á los patriotas descuidados, y en seguida se lanza á la campaña para conmover las masas incultas

de Corrientes y Entre Ríos, levantando la bandera roja de la disolución y la anarquía.

Agrava la situación la llegada de tropas enviadas de la Península á Montevideo y el plan ofensivo que pondrá en ejecución Pezuela de acuerdo con Vigodet. Se ejecutará así: el brigadier invadirá el territorio, ocupando primero á Tucumán; de este punto pasando por Santiago del Estero se hará dueño de Córdoba y de allí es fácil la posesión de Santa Fe; por medio de la escuadrilla de Romarate se resolverá lo que sea del caso para llevar la ofensiva al ejército sitiador.

Para moverse el brigadier, espera saber el resultado de la expedición del coronel Blanco, que fué mandado á destruir algunos grupos armados que han aparecido en Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra, encabezados por el infatigable y bravo Arenales, decididamente apoyado por Warnes. «Hay que dejar ese país completamente tranquilo, para invadir» dice Pezuela. Veremos.



CAPÍTULO XV

SALTA, 30 de Abril.

Favorable á los patriotas — Cita nocturna — Güemes — Saravia — Mi hermano — De acuerdo — Magdalena — Por la patria — Presentimiento funesto — Astucia.

La situación no cambia; va tomando un aspecto muy favorable para los patriotas. No hay que pensar en los recursos que proporciona la localidad porque los gauchos tienen en asedio á los realistas, y no son dueños de avanzar diez cuadras al Sud de la ciudad sin tener que librar una verdadera batalla en la que siempre son rechazados.

Las provisiones para mi columna vienen de la división que manda el general Ramirez que tiene á su retaguardia el ejército de Pezuela acampado en Tupiza. Estoy en comunicación con Güemes y procedemos de acuerdo, cuando el brigadier disponga invadir yo debo avisar á los patriotas.

Hemos convenido, en una entrevista que tuvimos durante la noche en el bosque vecino á la entrada del valle de Lerma, que me declararé abiertamente por los patriotas cuando las fuerzas del ejército realista penetren en Tucumán y cuento con el apoyo de los *gauchos* y la tropa regular.

Sublimes

La entrevista fué lo más original y novelesca del mundo. Mi hermano está en el secreto y simpatiza con la idea. Una noche oscura y templada, después del toque de silencio cubríme con un capote de soldado y me incorporé á la escolta que acompañaba á mi hermano en su visita de vigilancia; en el momento dado me agazapé entre unas rocas y quedé solo.

Empecé á bajar hacia el Sud caminando rápidamente y procurando no hacer ruido. Soplaban un agradable vientecillo saturado del sano olor de la selva y de los prados; entre las tinieblas del bosque brotaban lijeras, para perderse dos segundos después la luz de fosforescencias; arriba el cielo despejado y azul tachonado de estrellas temblorosas; en torno silencio completo, turbado solo por el ¡quién vive! del centinela realista ó el sollozante grito del *cacuy*.

Siguiendo el camino por espacio de una hora, me pareció sentir leve ruido á mi espalda, miré atrás; las luces de la ciudad no se veían, entre las tinieblas parecía que atravesaban el camino de un lado á otro sombras más negras, las hojas de los árboles empezaron á acentuar sus murmullos y leves roces, apenas perceptibles, se produjeron en los matorrales.

Era el viento? No; allí estaban los *gauchos*. Apliqué el oído al suelo, percibí rumor de pasos y palabras inteligibles dichas en voz baja; avancé más aún y cuando juzgué estar en el centro de las fuerzas emboscadas, modulé un leve silbido; sin explicarme cómo, puesto que no sentí sus pasos, ví un hombre delante.

—Libertad—dijo.

—Patria—contesté.

—Sígame—profirió con voz breve.

Guiando él, nos metimos en el bosque de la izquierda;

aunque nos separaban tres pasos de distancia, no lo veía, dos ó tres veces choqué con otros hombres que estaban parados, tan silenciosos y quietos como los árboles que nos cubrían con su lóbrego ramaje, pero sentía el rumor de las pisadas y seguía resuelto; caminamos un rato y desembocamos en un ancho callejón; respiré con satisfacción, las tinieblas del bosque me ahogaban.

Monté en un caballo que me presentó mi mudo conductor y partimos á galope, siempre guiado por él; no sabía donde estaba ni la dirección que seguía. Media hora de marcha y llegamos á una casita que permanecía á obscuras; desmontamos y empujando el guía una puerta que dejó escapar por su abertura la viva luz que ocultaba, me invitó á entrar, cerrándola nuevamente y quedando él afuera una vez que estuve dentro.

Estaba en una pieza de dimensiones comunes; modestamente amueblada, nadie la ocupaba en ese momento. Un minuto después se abrió una puerta interior y apareció en su dintel un hombre joven y hermoso, alto y gallardo, de aire marcial; largos cabellos y renegrida barba rodeaban su rostro que me recordaba los rasgos de otro muy amado por mí. Me miró un instante en silencio y con acento ligeramente nasal me dijo amablemente inclinándose:

—Que Dios guarde á mi coronel.

—Él vele siempre por usted y los suyos, comandante—respondí tendiéndole la mano que estrechó—vengo á dejar terminado el asunto que nos reúne; pero no veo aquí á mi hermano Manuel Antonio y me prometió venir esta noche, ¿qué ha pasado?

—Nada, pronto vendrá—repuso—y también el coronel

Saravia, jefe de las avanzadas de Guachipas. Cuando supo que hoy se verificaba nuestra conferencia me pidió le prometiera asistir á ella, expresándome que tendría mucho gusto en hacer su conocimiento y accedí á su pedido, ¿hice mal, coronel?

—Todo lo contrario, me hubiera sido agradable encontrar reunidos en este sitio á los jefes del ejército patriota que serán mis compañeros de armas dentro de poco tiempo.

En este momento apareció en la puerta que dió paso á Güemes un militar alto y robusto, algo entrado en años, pero bien consérvado. Detras de él vi á mi hermano.

Era el coronel Saravia, que se mostró muy efusivo ofreciéndoseme con franqueza y cortesía; me fué muy simpático y respondí como era del caso. Abracé á Manuel Antonio, alegre de verlo después de tantos meses de ausencia y tener por su conducto noticias de los míos.

Estos preliminares me pusieron del mejor humor y al tomar asiento, no queriendo distraerme del objeto capital que nos reunía, les dije:

—Amigos míos: aprovechemos el tiempo y tratemos de nuestro asunto. Les suplico que si al exponer mi plan encuentran objeción la opongan, porque aquí estamos para resolver lo mejor y más hacedero. Actualmente están á mis órdenes poco más de 500 hombres; si yo inicio el movimiento ahora, solo ingresaré con ellos al ejército patriota, pero si esperamos un poco más, cuando Pezuela, siguiendo su plan de invasión venga con sus tropas dispuesto á ocupar á Tucumán y concentre la división del general Ramirez en Salta, juzgo que es ese el momento de obrar, internados en el camino de Gauchipas.

—Cómo se manejará usted con todo el ejercito realista á sus espaldas?—preguntó Güemes.

—Esto en vez de ser inconveniente es un bien. Yo iré siempre á vanguardia, mi columna será reforzada, tendrá más fuerzas entonces que en este momento y el espíritu de mi gente estará mejor preparado que hoy en sentido favorable á lo que proyecto. Como el general Ramirez me seguirá de cerca se encontrará en el centro de la conflagración; recibiendo mi ataque por el frente y el de ustedes por los flancos no tendrá más recurso que rendirse.....

—O perecer—dijo Saravia.

—Así es; entonces, si obramos con rapidez cojemos también á Pezuela.....

—Eso es más difícil—dijo mi hermano.

—Pero no imposible—repliqué—hay que tener en cuenta que Pezuela con su ejército vendrá ocupando los puestos que nosotros desalojemos al avanzar, y pienso que abandonando nosotros á Salta seguirá nuestro movimiento estableciéndose en ella con sus fuerzas, so pena de exponerse á ser cortado. Este es el orden que se siguió en las invasiones anteriores y me parece que ahora será igual. Hay en el ejército algunos elementos que tomarán parte por nosotros.

—¿Y si rehusaran?

—Nosotros nos bastamos. Ya ven, ustedes solos, con sus gauchos, tienen en jaque á nuestras fuerzas, ayudado por el ejército regular y por mi columna, inutilizado Ramirez, es muy poco enemigo Pezuela para todos nosotros.

—Nada tengo que decir, me parece muy factible lo que usted propone—dijo Güemes.—Tratemos de usted. Si conseguimos destruir el ejército realista á usted se deberá el éxito y es necesario corresponder.....

—No prosiga, comandante, me ofende. A todo me avengo, ya ve usted, estoy tratando este asunto sin la presencia de un delegado del general en jefe del ejército patriota.....

—Yo lo soy del general San Martín—dijo Saravia—iba á manifestárselo ahora.

—Y yo del general Alvear—agregó mi hermano.

—Me alegro que así sea. Como lo comprenderán ustedes mi actitud es debida á un convencimiento íntimo; soy americano, mi patria es ésta, ofuscado contribuí á esclavizarla, la hice mal, quiero reparar en lo posible mis errores; sirva esta declaración espontánea de arrepentimiento y desagravio. No saben ustedes los momentos de amargas penas y cavilaciones que he sufrido cuando me dí cuenta de mi criminal actitud y cuanta envidia les tengo!

Güemes se levantó en silencio y me abrazó estrechamente; Saravia me dió un fuerte apretón de manos, demostración tan elocuente como las palabras más entusiastas; Manuel Antonio me hablaba con animación palmeándome en el hombro familiarmente; yo correspondía á sus manifestaciones. Pasó el momento expansivo y mi hermano dijo:

—¿Cuando se verificará el movimiento?

—No puedo fijar la época—repuse—porque eso depende de Pezuela; el sitio tampoco debo designarlo, es incumbencia de ustedes. Opino que deben elegirlo cerca de Tucumán para estar muy internados y dar lugar á que el brigadier salga de Salta. Me avisarán con tiempo lo que ustedes resuelvan, pero no nos moveremos pronto para invadir.

—¿Por qué?

—Esperando la pacificación de Cochabamba.

—Tienes razón—dijo mi hermano—y á propósito: el general Alvear te agradece el servicio que prestas á la causa.

—Hago mías sus palabras, doctor, en nombre del general San Martín—insinuó Saravia.

—Si se cumplen nuestros proyectos podrán agradecerme. Gracias á todos, señores. Ahora deseo saber ¿por qué es el general Alvear quien anda en este asunto y no San Martín?

—Sabrás—respondió mi hermano—que Alvear es hoy un astro de primera magnitud en el cielo de la política patriota, tiene ilimitada influencia en el gobierno, ocupa una banca de diputado en el Congreso y la más alta graduación militar en el ejército; activísimo, de imaginación viva y ardiente, abarca y se ocupa de todo; voy á citarte ejemplos: debido á sus gestiones y resolución se está formando una escuadra para batir á la española de Montevideo; por su orden se han hecho fuertes reclutas y levadas en las provincias ribereñas y tiene formado un importante ejército dedicándose con incansable actividad á disciplinarlo..... ¡lo vieras cuando atraviesa al frente de su Estado Mayor á gran galope, haciendo retremblar el pavimento de las calles de Buenos Aires y levantando espesas nubes de polvo!.... al mismo tiempo que me envió á tí, mandó sus comisionados al Perú para ponerse al habla con Pumakahua, en Cuzco, y producir la sublevación de esas provincias.....

—Basta, no prosigas: quedo satisfecho.

Convinimos en el modo de comunicarnos y completamente de acuerdo signifiqué mi deseo de retirarme; era la una de la mañana. Güemes me miraba y parecía hesitar no atreviéndose á decirme algo que se le ocurría.

—Diga usted con franqueza lo que quiera, lo escucho con gusto—dije sonriendo amigablemente.

—No se vaya usted todavía—respondió—en esa pieza inmediata hay una persona que desea decirle una palabra antes de partir.

—Estoy á sus órdenes, comandante.

Pasó Güemes, acompañado de Saravia y mi hermano á la pieza vecina, oí hablar en voz baja un momento, y luego todo quedó en silencio; sentí sus pasos que se alejaban. Yo esperaba, un poco intrigado por el misterio de la nueva entrevista.

De pronto partió una voz femenil y dulce, que levantó en el corazón todas las dormidas ternuras y las impaciencias del olvido y la ausencia, llamándome:

—¡Saturnino!

Traspuse el umbral y ví, más bella que nunca, sonriéndome dulcemente, bañándome con la luz de sus ojos espléndidos, á Magdalena. Sin proferir una palabra caí á sus pies y en una mirada, vibrando el alma de pasión inmensa, permanecí en muda adoración, subyugado, aspirando el perfume que fluye de su sér, escuchando la música de su palabra.

¡Ah! En los misterios de esa promesa que se llama «paraíso», donde vagan las almas de los buenos, en la gloria de bienaventuranzas eternas no puede haber mayor felicidad de la que yo he probado! ¿Cuánto tiempo he pasado en ese deleite celestial? No lo sé; ¿acaso se cuentan las horas cuando se es feliz? ¿Qué me dijo mi dulce amada?

Al principio escuché como se oyen esas notas cristalinas que brotan en suavísimos sonos de las cuerdas del violín, heridas por el arco, modulando sonidos angélicos; después la inteligencia fué percibiendo el sen-

tido de sus frases, vertidas con elocuencia sencilla y persuasiva, levantándose á la altura del momento, haciendo callar la voz de las pasiones materiales ante la grandeza de ese amor abstracto que llamamos ideal.

—No debemos pensar en el cariño que mutuamente nos atrae—me dijo—cuando la patria está en peligro; cuando nuestros hermanos de causa han huído, abandonándolo todo viviendo en las selvas; cuando el enemigo amenaza ocupar el territorio donde se levantan nuestros hogares, sería sacrilego, indigno de tí y de mí, Saturnino, ocuparnos en coloquios de amor y esperar ser felices. ¿Cómo podríamos serlo siendo esclavos?

—Este suelo será libre y grande, Magdalena.

—Hasta el momento que lo sea no debemos ocuparnos de ningún afecto personal. Vencidos los realistas recién tendremos patria, entónces dejaremos hablar el corazón; las mujeres tejeremos coronas para los valientes, ceñirán nuestros brazos las altivas cervices y premiará su denuedo un beso de gratitud y amor.

—Tú me inspiras, angel, no mujer, llenas una misión en la vida: sostienes mi espíritu vacilante, me levantas á la región serena y pura donde se cierne tu alma haciéndome digno de tí. Gracias, Magdalena, mi ángel bueno, cumpliré mi deber. Pero no tengo la abnegación que me predicas; amo á mi patria, verteré por ella toda mi sangre; juzgué hasta ahora que ese amor se sobrepondría á mis afectos más queridos, y al verte otra vez, después de haberme creído abandonado de todos, de tí también, conozco que reinas sola en mi corazón, que tú formas mis más tiernas esperanzas.

—Calla, no digas eso; yo no te quiero así. Te amo y eres el dueño de mi alma, pero nunca serás mi esposo mientras los realistas ocupen el sagrado territorio de

la patria. Lo repito por última vez, te lo ruego con la sumisión de la mujer débil y enamorada si es preciso; no más palabras de amor en esta entrevista: guardemos en el corazón nuestro cariño y que los cantos de la victoria anuncien la hora de los transportes apasionados.

—Obedezco, Magdalena. Adiós, si me llamas volveré á tu presencia siempre amándote con locura, siempre sumiso á tus insinuaciones como ahora, sólo te pido que alguna vez, en tus instantes de recogimiento, cuando el labio eleve una plegaria á Dios, dediques, después de tu oración, un pensamiento al ausente que tal vez no te verá más.

Presentimientos..., ¿quién sabe? al pronunciar mi última frase corrió por el cuerpo una dolorosa sensación de frío, y me pareció que el labio formaba una profecía lúgubre para el futuro.

Besé con respeto su manecita satinada y tibia, miré por última vez su rostro intensamente pálido y viendo sus ojos de diosa nublados por las lágrimas, obedeciendo á un ímpetu irresistible, la envolví entre mis brazos y aplicando mis labios bebí en sus párpados dos gotas cristalinas que denunciaban su pesar..., después, arrancándome violentamente de aquel encanto indecible salí con prontitud de la pieza.

En el patio esperaban mis amigos. Eran las dos de la mañana y no tenía que perder tiempo para llegar á Salta antes del día. Me acompañaron hasta el punto donde estaban las fuerzas emboscadas; todo estaba tranquilo y al despedirme dijo Güemes:

—A usted deben los realistas la noche de quietud que han pasado, mañana la pagarán.

*
*
*

Volví por el mismo camino. Llegué á la ciudad y ocultándome en las barrancas del río avancé con cautela; pasé por debajo del arco de un puente y ví cercano á mí un centinela que dormía apoyado en el fusil, cuando el pobre diablo despertó su arma estaba en mis manos y lo amenazaba con ella.

—Llama al cabo—le dije.

—¡Cabo de guardia!—aulló más que gritó el centinela.

Llegó el cabo, me dí á conocer y le reprendí por no vigilar como debía.

—Si en vez de ser yo hubieran sido los gauchos, todos ustedes estaban perdidos—dije y pasé al cuartel para hablar con el comandante de campo. Mañana todos sabrán que vigilo sin descanso por la seguridad de mi gente.

La aurora, con sus celajes sonrosados anunciaba el día al penetrar en mi alojamiento.

Ahora, meditando en lo que he referido, no puedo menos de pensar: Qué gran conocedor de las debilidades del corazón humano es Güemes! Si hubiera ido vacilante y dudoso, habría salido de allí convencido, puesto que tocó mi vanidad, mis sentimientos de honradez y mi pasión del alma.

CAPITULO XVI

JUJUY, 30 de mayo.

Descubierta — Vuelcó retrospectivo — Los quichuas — Conquistadores—Fe religiosa—Movimiento comercial—La guerra—Expediciones—En Jujuy—Pepita —Olañeta y Marquiegui — Luchas en el hogar— Emigraciones—Contrabandos—Irreducible.

Tras la partida exploradora que se internaba vigilando el terreno, iba una fresca mañana seguido de mi asistente. En la cumbre del Portezuelo, altura que domina la ciudad y sus contornos, me paré á contemplar el hermoso cuadro que se desarrollaba ante mis ojos.

Diáfana la atmósfera, purísimo el azul del cielo; se anunciaban los primeros rayos del sol. Arriba, muy arriba, como punto negro apenas perceptible, un cóndor se veía en el espacio. La nota verde, alegre de la selva cercana, suavizaba el blanco deslumbrante de la nieve herida por la luz, que allá lejos, al occidente, cubría las cimas de las montañas.

Extendido en el suelo, serpeando como gigantesco reptil gris oscuro que desarrolla sus anillos, la huella del camino se perdía á la distancia, entre el tapiz de esmeralda, matizado de tonos amarillentos, del valle de Lerma.

Ese conjunto de olores sanos que se desprenden á esta hora de la tierra expandiendo los pulmones, hálito vivificante que la naturaleza adormecida, despezándose del sueño nocturno deja escapar remedando un bostezo, se producía en torno mio.

Del centro del bosque llegaba distinto el eco del sonoro relincho del potro y el ronco mugido de las vacas; en la ciudad los rumores de la población empezaban y con ellos el movimiento y la vida.

La memoria recordó el camino recorrido la noche de la conferencia con Güemes. Seguí con la vista la senda polvorienta y me detuve en el sitio donde penetré en el bosque; luego busqué la dirección de la misteriosa casa donde otra vez la luz del amor y la esperanza iluminó mi corazón.

*
* *
*

En la tranquilidad aparente que me rodeaba, por uno de esos caprichos inexplicables del pensamiento, la imaginación dió un vuelco retrospectivo hacia otras épocas pasadas, y me hallé engolfado en los recuerdos, siempre agradables para mí, que despierta la vista de estos lugares.

Aquí me esparcía en la adolescencia. Libre de las atenciones y zozobras que tiene la vida más tarde, transcurría feliz el presente sin preocuparme del porvenir, verdad es que desde el hogar velaba por mi suerte ese ángel bueno que llamamos madre.

Pretextando pasar varios días en las posesiones que tenían en la campaña amigos de mi familia, acompañado de algunos jóvenes de mi edad, organizábamos

expediciones al Oeste, ávidos de conocer esos sitios escuetos, que por la referencia de los indígenas y por la tradición, sabíamos que encerraban vestigios de la existencia del hombre pre-colombiano.

Riendo y cantando nos internábamos con rapidez. El paisaje tomaba formas severas y las verdes quebradas iban desapareciendo para dar lugar á las mesetas áridas. Las *pircas*, paredes de piedra levantadas por el hombre antiguo, se hacían más numerosas.

Entre las ruinas de algunas construcciones derruidas por el tiempo, que acusaban habitaciones, ciudades tal vez, encontramos hachas y puntas de flechas; jarrones de barro cocido, con dibujos raros, figuritas de piedra representando hombres ó animales, fetiches, «daban felicidad á su poseedor»; *huacanquillos*, amuletos para el amor....

Escalando los cerros llegábamos á algunos sitios misteriosos provocando la huida de algunos huanacos y cabras que tenían su refugio en lo alto. Vimos esculpidos en las rocas raros caracteres, figuras humanas toscamente ejecutadas, conos, círculos y otros signos que tienen cierto parecido con los que después he visto grabados en el granito, al Norte de Arequipa, muy distintos de los que se hallan en Tiahuanaco procedente de los quichuas.

Calchaquies significa, según los entendidos en filología, *los sembrados*, y como en este valle encontré esas inscripciones, conjeturo que ellos se referirán á Pirhua, espíritu reproductor de la mies, ó acaso á Inti, el Sol, lumbre fecundante, culto de los aimaras y de los quichuas que parece han heredado junto con otras manifestaciones de civilización de una raza desconocida.

Antes de presentarse los conquistadores españoles en

estas tierras, los quichuas las venían ocupando, y cuando el poder de los blancos se sobrepuso al de los indios, levantaron las ciudades actuales sobre las construcciones indígenas, conservando sus nombres aunque muy corrompidos.

Los americanistas enseñan que Jujuy quiere decir en quichua, *frontera de los llanos*; Salta, antigua Samalao, *rio de la parada*; Guachipas, *las tenazas*; y estos nombres están diseminados por todo el territorio como lo prueban Cosquin, *nuevo Cuzco* ó Inti Huasi, *templo del Sol*, en Córdoba. Así es como la geografía guarda el recuerdo de su presencia.

Pero aparecieron los conquistadores disputando el dominio de la tierra á los indígenas, luchando contra las inclemencias de la naturaleza y la ferocidad de los hombres; los indios retrocedieron al empuje de los aventureros castellanos.

Así aparece Hernando de Lerma en este lugar, caballero en su bridón de guerra, vistiendo la férrea armadura, en el brazo la potente lanza y pendiente del arzón el luciente escudo, avanza examinando el terreno, seguido de religiosos, guerreros armados de todas armas, arcabuceros y vecinos de la cercana ciudad de Tucumán.

El comercio y comunicaciones con el Perú se hacían con gran dificultad, los calchaquíes daban cruda guerra y la población que se trataba de fundar llenaba una sentida necesidad, había que elegir con sumo tino la ubicación.

Detiéndose Lerma, permanece un rato pensativo, luego se vuelve, habla breves palabras con los religiosos y con ademan resuelto desmonta. Avanza á pie algunos pasos y ordena plantar el rollo; un grueso madero clavado en tierra se levanta, allí será la plaza del naciente

pueblo y lo llama para *siempre jamás, ciudad de Lerma en el valle de Salta*. Designa el sitio para la iglesia, manda que la justicia se ejecute en el rollo á picota pública, y al terreno que se extiende entre los dos ríos le llama campo de la Tablada.

Echó mano á la espada, acuchilló los árboles y hierbas que había cerca de él y entre sus tajos y reveses preguntaba con voz altanera y tonante «hay alguna persona que contradiga este asiento y fundación?» Verificadas estas ceremonias se labra el acta, dáse lectura y pregón de ella, mientras suenan cajas, tambores y disparos de arcabuz para significar la toma de posesión. Corría el 16 de Abril de 1582.

Mucho deben haber sufrido en esas épocas los primitivos pobladores con los peligros que los rodeaban y las dificultades para recibir los artículos más necesarios, si se piensa que todos venían de Panamá por tierra, encareciéndolos tan largo trayecto de un modo asombroso. A principios del siglo xvi pagaron por la vara de paño ó terciopelo 34 duros, seis la libra de pólvora, por no citar otros menos necesarios, como la cera, que valía 100 duros el quintal.

Veo el naciente pueblo ejecutando actos que hoy nos parecerían ridículos, pero ellos pintan elocuentemente la fe y creencias religiosas de esos fuertes varones. Para elegir el patrón de Salta escriben tantas cédulas como santos tiene el calendario; depositadas en un cántaro se saca una á la suerte, por la mano de un niño de tres años, y fué San Bernardo el agraciado. A él encomendaron la guarda de sus sementeras y ganados; en su ermita se confesaban los guerreros antes de salir á lidiar con los calchaquíes y á ella volvían triunfantes á expresarle su agradecimiento.

Tan ensoberbecidos de su ciudad y valor personal estuvieron los habitantes en esos tiempos, por las proezas que cometieron explorando las apartadas y desconocidas regiones del Chaco Gualumba, reconociendo los ríos Salado, Bermejo, Pilcomayo y otros, que por una ley municipal, era necesario haber hecho tres entradas al Chaco para llamarse vecino y tener derecho á vivir en ella.

Por el año 1735 los calchaquíes trajeron un *malón*, asesinaron, saquearon y llevaron á sus aduares considerable número de cautivos, los hombres arrollados por los bárbaros huyeron. Alentados por su fácil victoria volvieron los salvajes al poco tiempo para hacer nuevas depredaciones.

Como San Bernardo no ayudase á los colonos, eligieron por el método ya indicado un nuevo patrono y fué San Francisco Javier; el influjo de este santo ante la divinidad resultó más eficaz, verdad es que los habitantes bien armados y resueltos acometieron á los indios y después de librar encarnizada y sangrienta lucha, los obligaron á refugiarse en sus guaridas escarmentados y deshechos.

En 1786 una furiosa tormenta descargó sus chispas eléctricas y murieron varias personas víctimas del rayo; fué preciso buscar nuevo patrono para este peligro. El busto de la virgen de la Soterranía, traído de España y recibido aquí con grandes honores y devociones, preservó desde entonces del fuego del cielo á los salteños. En los robustos cuerpos de esos gigantes latía el espíritu crédulo y supersticioso del niño; eran capaces de todas las crueldades y heroismos, de todas las ternuras y sensibilidades.

Después, la visión que vió Lerma cuando se detuvo

meditando sobre su corcel de batalla antes de plantar el rollo, fué realizándose. Este valle, desierto ahora de ganados, era centro de activo comercio hasta pocos años atrás; de las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Corrientes y otras, se formaban árrias de mulas jóvenes que eran conducidas á Córdoba para reponerse de las fatigas de una larga travesía; al empezar el invierno los arrieros las conducían aquí para prepararlas y presentarlas en la feria que en el verano tenía lugar ocupando el extenso valle.

Qué actividad y animación en ese no lejano pasado! Aquí todos eran comerciantes, y en el virreynato los meses anteriores á la feria, hacían los muleteros sus trabajos para concurrir ventajosamente, acopiando mercaderías con anticipación, se iniciaba un movimiento activo de recuas y de tropas de carretas con carga.

No menos de 50.000 mulas, atendidas por 1.200 peones, se ponían en venta cada año y los compradores, que acudían formando muchedumbre en los meses de febrero y marzo, después de llenar los hospedajes en la ciudad, formaban un pueblo improvisado en el valle los que carecían de alojamiento, levantando chozas y carpas donde vivían, para desaparecer con la rapidez con que fueron formadas cuando terminaban las transacciones.

Los comerciantes minoristas establecían sus tiendas ambulantes y conseguían muy buenas ventajas, como que todo se vendía al contado y los clientes no carecían de dinero. Luego vino la guerra, la terrible y sangrienta guerra que asola y destruye, como la peste, los lugares donde se posa, ahora, la miseria y devastación han sucedido á la abundancia.....

Pasiones de los hombres, luchas enconadas buscando

mejorar de condición, impulsados por la ley necesaria, y fatal del progreso. Cuando esto tenga fin, sobre las ruinas de la destruida provincia se levantará un pueblo floreciente..... el abono de la sangre humana es fértil, en la tierra por ella regada el árbol de la libertad cría profundas raíces y al amparó de su sombra los pueblos viven tranquilos y felices. Grandes verdades del tribuno francés!

* * *

Despierto de mi ensueño al ruido de algunas detonaciones de fusil que parten del bosque y veo que la partida exploradora regresa á galope; cuando pasan frente á mí les interrogo:

—No hay novedad, mi coronel,—dice el sargento.

—Ustedes hicieron los disparos?

—No usía, fueron los gauchos desde el bosque.

Permanezco algún tiempo con la mirada fija en el sitio donde ví á Magdalena, guiado por mi corazón iría allí sin vacilar. Cuando pienso en su actitud y discursos, sin poderlo evitar, me parece que todo es hijo del cálculo, que su presencia no tiene más objeto que comprometerme á tomar la defensa de la patria, que el amor nada tiene que ver en esa entrevista..... si así es, no importa, la amo, no puedo vivir sin ella y todo lo sufriré por su amor.

El redoble de los tambores y el eco de los clarines llaman mi atención; desciendo lentamente y me encamino á la ciudad. Una división de infantería y caballería avanza y pasa por mi frente marchando al compás de sus redoblantes. Es la expedición armada que al

mando del coronel Alvarez arrollará las partidas gau-chas que defienden el camino de Guachipas, apoderán-dose de las haciendas que halle en los valles. Marquie-gui con otra división expediciona sobre el Pasaje y lleva igual misión.

No tenemos noticias de Montevideo y las que llegan del Alto Perú son malas para los realistas, la insurrección crece y está en comunicación con los patriotas; el mo-mento de obrar se aproxima. En la mitad del mes llegó Pezuela á Jujuy estableciendo allí su cuartel general; mandó á Ramirez á esta ciudad, con el fin de dar prin-cipio á las operaciones militares que darán por resulta-do la ocupación de Tucumán.

Como medida prévia dispuso el reconocimiento del te-rreno por las divisiones que ya mencioné; al llegar á esta ciudad Ramirez asumió el mando de la plaza. Paso, con mi escuadrón, por orden superior al cuartel general, esto viene bien, estudiaré las disposiciones de mis compañeros.

En Jujuy el brigadier me manda á Potosí para escoltar un convoy de armas y víveres que me entregarán cuan-do regrese; viene dinero para pagar á la tropa y aumen-taré mi escuadrón con algunos reclutas que tienen re-unidos allí. Pezuela me recomienda la rapidez en esta operación, no se moverá hasta mi vuelta porque desea invadir con la tropa contenta y provisiones suficientes para una larga campaña.

He procurado conocer la predisposición de ánimo que reina en la oficialidad del batallón cuzqueño por la causa de la revolución, se muestran reservados y no quieren soltar prenda, desconfían y se guardan; tienen razón, ya veremos. El doctor Villegas está en el secreto y me acompaña, se propone trabajar; «mucho sigilo y prudencia» le digo.

*
* *

Cuando Olañeta se unió á los realistas al estallar la revolución, poco tiempo hacía que se había ligado con el dulce lazo de Himeneo á la linda Pepita, hermana de Marquiegui, y fué necesario dejarla en Jujuy con su familia. Se alejó devorando el dolor que le producía la ausencia, paladeaba la luna de miel, sintiendo por esta causa un encono inmenso contra los patriotas que turbaban sus horas de felicidad.

Forjando las más dulces ilusiones regresó con el victorioso ejército del rey esperando borrar los sinsabores del pasado en las horas plácidas del presente. Cuando llegamos, la esposa deseada se alejaba con los patriotas hacia Tucumán, no por su voluntad, sino obedeciendo terminantes órdenes que la llevaron lejos del esperado esposo, junto con su familia que está decididamente por la causa. No fué él solo víctima de dolorosos desencantos, casi todos los que teníamos afecciones aquí los sufrimos.

Como he referido en otra parte de estas memorias, el espíritu de la revolución arrastra con atracciones irresistibles á los jóvenes americanos y por lo general militan en sus filas, estableciendo estas determinaciones una profunda y rencorosa división en los miembros de un mismo hogar. Los altivos españoles que en Salta y Jujuy forman una respetable parte de la población, con sus costumbres patriarcales y absolutas, enemigos acérrimos de los patriotas, miran como tales á sus propios hijos y de ahí nacen terribles escenas de expulsión de la casa y la familia, acompañadas de fulminantes ana-

temas, que rompen para siempre todos los vínculos de la sangre y del cariño.

Siempre, por desgracia, prepondera en el ser humano el egoísmo; la idea de hacer triunfar por todos los medios, cerrando los oídos á la voz de la razón, las creencias y convicciones del más fuerte, que debe aceptar de grado ó por fuerza el débil ó desvalido. Qué importan las simpatías de las víctimas? Eso no se tiene en cuenta, ni vale la pena de pensar en ello. Medidas extremas, contraproducentes, que avivan el ódio de los *hijos del país* contra los *godos* ó *chapetones* como llaman á los españoles.

De aquí nacen emigraciones penosas para las pobres familias. Cuando los patriotas obligan á los realistas á desalojar el terreno, una larga caravana de sus afectos, con la mujer, los hijos y esclavos, van siguiéndolos en la retirada al Norte, sufriendo con obcecada paciencia las molestias y peligros que atraen aparejadas esas peregrinaciones en obsequio de una porfiada resolución. Si las peripecias de la lucha son favorables, retornan á su dominios y corresponde á los patriotas y sus partidarios emprender el movimiento de retirada hacia el Sud, con igual impavidez y firmeza. Qué destrozos encuentran en sus hogares unos y otros al volver!

Ocupando ahora los realistas á Salta y Jujuy, los desafectos han desalojado estas ciudades y con ellos la esposa de Olañeta; éste se halla inconsolable y medita un expediente que le permita rescatar á Pepita. Proyectaba ir personalmente á buscarla, amparado de un disfraz y traerla, siguiendo sendas desconocidas para los patriotas.

Olañeta residía en Salta antes de la guerra y trabajaba en la conducción de mercaderías, asociado á

Marquiegui; dueños de grandes recuas, sus mejores beneficios los aportaban ejerciendo el contrabando, oficio que les obligaba á rodear los parajes más frecuentados, alejándose de las aduanas y practicando una red de caminos y sendas desconocidas, en lo que precisamente consistía su seguridad.

Necesitaban para esto un vasto personal adicto y fiel y lo habían conseguido; pero para el tráfico legal, á la luz del sol, pagando sus derechos, era mayor el número de empleados que ocupaban y tenían mucha influencia y popularidad entre los habitantes de estas provincias, así que pocas personas de Salta y Jujuy dejaran de conocerlos.

Por estas razones le aconsejé no pusiese en obra su proyecto, porque le sería fatal, y le dije con tono alegre:

—Lo más seguro, á mi ver, es pasarse á los patriotas y allí encontrarás todo lo que pueda desear un hombre para ser feliz: si no quieres ir solo te acompañaré.

Pero Olañeta, que es un español terco y testarudo como pocos, ni en broma quiere oír hablar del asunto y me replica con voz brusca y rostro serio:

—Si te agrada pásate, que mientras quede un español en armas, á su lado estaré yo contra los aborrecidos *carapanzas*.

Riendo lo dejo y voy á descansar, mañana parto al romper el dia para Potosí; pero ya sé que el coronel es irreducible y debo guardarme de él.



CAPÍTULO XVII

SALTA, 30 de junio.

Fracasos—La Florida—Rondeaux—El general Cruz—Expedición Marquiegui—Trabajos secretos—Noticias de Europa—Insistencia de Pezuela—Tertulia—Impresos—Dificultad de obtener libros—Novenas y periódicos—Mártir ó libre—Discusión—Objeto práctico.

Estoy de vuelta desde el 22 de éste y parece que cumplí mi comisión á satisfacción del brigadier, ¡si él supiera las tentaciones que me acometían de llevar el convoy que escoltaba á los patriotas! Pero el recuerdo del convenio aceptado me contuvo. Me parece que la invasión no se llevará á cabo por la gravedad de los sucesos que han ocurrido el mes pasado y la efervescencia del Alto Perú.

Las expediciones de Alvarez y Marquiegui fracasaron en sus propósitos por que volvieron sin noticias ni haciendas al punto de partida, perseguidos con encarnizamiento por los gauchos hasta los suburbios de la ciudad.

El 25 de mayo la columna del coronel Blanco fué completamente batida en los campos de la Florida, provincia de Cochabamba, quedando este jefe muerto en la acción, por las fuerzas de Arenales. Las otras

divisiones realistas retrocedieron y los revolucionarios ven aumentar sus filas diariamente con nuevas y decididas adhesiones. El camino del Perú está interceptado por los patriotas.

A pesar de estos contratiempos insistía Pezuela en llevar á cabo su proyectada invasión para darse la mano con Vigodet, y ejecutar su plan; por distintos conductos, aunque no seguros, sabemos que el gobierno de Buenos Aires tiene una flota, esto yo lo sabía, pero ellos nó; creen no podrá competir con la realista que hasta el momento conserva el dominio del río, manteniendo rigurosa vigilancia en los canales de entrada y es dueña de Martín García.

El ejército patriota tiene nuevo general en jefe; San Martín dimitió y el general Rondeau dejando el mando de las tropas sitiadoras de Montevideo, que asumió el general Alvear, vendrá á ponerse al frente de las fuerzas de Tucumán; queda de jefe interino el coronel Cruz; yo sé esto por comunicaciones de Güemes.

Persistiendo Pezuela, como decía antes, en vista de nuestra absoluta ignorancia del estado de Vigodet y sus soldados, manda al coronel Marquiegui con suficientes fuerzas á tomar, por cualquier medio, las noticias que es preciso conocer.

Estoy otra vez al frente de mi columna de vanguardia y la invasión debe tener lugar en la forma imaginada por mí, aunque como creo, no se realizará. Mi escuadrón responde al movimiento; mi hermano y otros oficiales trabajan á la tropa; Cruz presta servicios inapreciables, insinuándose á sus compañeros con verdadero tino y habilidad. El menos afortunado es el doctor Villegas, hasta el momento sus gestiones no le dieron resultados positivos.

En las cartas de Manuel Antonio, me dice que los trabajos revolucionarios, preparados por los activos agentes del general Alvear, en Cuzco, están muy adelantados. No puede ser más evidente el tino de Belgrano cuando pensó que cada soldado del ejército de Salta sería un propagador desinteresado y eficaz de sus ideas de libertad.

De Lima nos llegó correspondencia y las novedades son bien interesantes. Fernando VII ocupa el trono de sus mayores, España queda libre de la invasión francesa y lo más inesperado y sensacional de todo: la abdicación de la corona imperial de Francia por el general Napoleón y su retiro á la Isla de Elba. No queremos dar crédito á nuestros ojos leyendo el relato de los hechos que precipitaron la caída del gran coloso!

Aquí, ahora, se vuelve á presentar el problema que la primera Junta planteó en 1810, ha permanecido en silencio después de ser enunciado y hoy no admite más dilaciones, hay imperiosamente que resolverlo. Corresponde al Congreso General Constituyente determinar la forma de gobierno que nos regirá en el porvenir. Que Dios ilumine é inspire á esos hombres en sus deliberaciones!

* *
* *

Desde mi regreso, ocupo la casa de mi familia y en ella, buscando extender mis trabajos, invito á los oficiales libres del servicio á las tertulias, desgraciadamente sin damas, que nos reunirán por algunas horas de estas noches frías de invierno en agradable sociedad. Marquiegui, Sumo Curcio, jefe del batallón Cuzco, y muchos

oficiales han acudido y me parece que acudirán porque yo los dejo á sus anchas y los obsequio cuanto puedo.

Cada uno cultiva sus diversiones favoritas; mientras un grupo juega al tresillo, otro se abisma en los complicados movimientos de las piezas del ajedrez, y una rueda, siempre numerosa, se ocupa de chismografía; el mate corre de mano en mano.

La segunda noche puse, con idea deliberada, antes de acudir mis contertulios, libros y folletos en sitio visible. No me engañé en mis cálculos; porque al capitán de Granaderos Tamayo, madrileño, que se las dá de militar instruido, se le iban los ojos viéndolos y sentía vehementes impulsos de examinarlos; no podía dominar su desasosiego el buen capitán y conociendo sus deseos, favorables á mis propósitos, le dije:

—¿Conoce usted, capitán, los autores franceses del siglo XVII y subsiguientes?

—No, mi coronel, ya sabe que esa lectura requiere permiso especial de las autoridades y sin él es prohibida.

—Eso sucedía en épocas recientes, es verdad, pero que las podemos considerar pasadas; hoy no necesitamos licencia para leer los libros que caen á la mano y no debe alarmarse por esto la conciencia. Por qué hemos de ignorar lo que otros aprenden en ellos, permaneciendo rezagados al movimiento intelectual moderno? Aquí tiene usted autores españoles; historiadores de América.....

—Feliz de usted—repuso Tamayo—que tiene esos libros para pasar los ratos de fastidio, nosotros derrochamos el tiempo en las carpetas embruteciéndonos.

—Es por la dificultad de obtener textos que sucede todo lo que usted lamenta—dije—teniéndolos ¿quién no

gusta de la lectura? Antes de la revolución era inútil buscar en América muchas de estas obras, muy onerosa su adquisición y bastante peligroso leerlas; no había más que las de teología y otras permitidas por la censura que no despertaban mucho la inteligencia, y estas mismas eran recargadas con fuertes derechos de aduana. Pero aquí tenemos al doctor Villegas que podrá ser más explícito que yo en la materia.

Cogí algunos folletos y las colecciones de periódicos, los puse en una mesa que estaba en el centro de la habitación, nos colocamos en torno y el doctor habló así:

—Desde 1480 autorizaron los Reyes Católicos, por una ley, el comercio libre de impresos dentro de sus dominios; pero en 1502 esa disposición queda limitada por la *censura*, fundándola en que muchos libros que aparecen en la península estaban plagados de superficiales y perniciosas ideas.

—¿Así que hace más de trescientos años que existe la *censura*?—preguntó Sumo Curcio.

—Como usted lo dice, comandante—repuso el doctor—cincuenta y dos años después, Felipe II, por cédula real, no permite imprimir ni vender en su reyno libros que traten de *materias de indias*, sin especial licencia del Consejo Real, bajo pena de 200.000 maravedises, pérdida de los ejemplares impresos y de la imprenta. En cambio, el monasterio de San Lorenzo el Real gozó privilegio exclusivo para imprimir y vender en Indias libros de rezo y oficio divino. Desde entouces confecionóse un *indice* de obras prohibidas. En 1560 se establece en América el Tribunal de la Inquisición y su principal misión fué perseguir los libros divulgados por los *sectarios* y *condenados*.

—Pocos se atreverían á violar las terribles leyes prohibitivas—observó uno.

—Todo lo contrario. Nada aviva más la curiosidad del hombre, que la prohibición de aquello que en su conciencia cree no le debe ser vedado conocer, y esto sucedió en América. Sabemos que Maziel, Rospigliosi, Terrazas y muchos otros tenían librerías notables, bien surtidas de autores modernos.

—¿Cómo se manejaban para introducir sus libros?—interrogó Sumo Curcio con interés.

—Obteniendo permiso especial unos muy contados, sacerdotes casi siempre, y valiéndose de ardides otros. He aquí un ejemplo: Ciertó americano, chileno, trajo de Europa considerable cantidad de volúmenes para su librería particular; entre ellos muchos eran franceses, que es lo mismo que decir prohibidos. Con ingenio travieso el chileno les aplicó rótulos de obras permitidas por la *censura*, pasando de este modo sin obstáculos por la aduana de Santiago y escapando del decomiso y chamusquina.

—¿Qué contienen esos libros que tan rigurosamente han impedido nuestras autoridades su divulgación?—preguntó un oficial del batallón cuzqueño, excelente persona, pero muy bruto.

—La verdad de las cosas—dijo el doctor—es imposible significar con palabras el cambio radical que operan en el ánimo del hombre, educado por escuelas anticuadas, la lectura de los buenos autores modernos. El secretario de la primera Junta, doctor Moreno, obediendo á la educación recibida desde la cuna se arrojó una vez en plena calle viendo pasar la carroza del virrey. Cuando visitó á Chuquisaca, en la librería del canónigo Terrazas conoció las obras francesas y

otras de valía, empapándose en la corriente de ideas liberales y republicanas dió su espíritu un vuelco tan inmenso, que de allí salió aborreciendo las ideas erróneas que formaron sus creencias en el pasado.....

—Pues yo no leería esas obras—interrumpió el teniente, causando la hilaridad de todos.

—Me parece doctor—exclama el capitán—que le está usted predicando la revolución al teniente.

—De ninguna manera, capitán—repuso muy alarmado el aludido—todos tenemos aquí nuestras ideas inmutables, es un comentario que hago entre amigos.....

—Para demostrar—dije acudiendo en su ayuda—que si Moreno, una de las más vigorosas inteligencias del virreynato, no había siquiera entrevisto la enseñanza que bebió en corto tiempo de los libros de Terrazas ¿en qué grado de obscuridad intelectual y desconocimiento de sus derechos, exceptuando unos pocos, estarán los demás? Eso sintió el secretario, cuando inició la formación de la biblioteca pública en Buenos Aires apenas se estableció la primera Junta.

—La enmienda es peor que el soneto—replica Marquigui—la revolución francesa trastorna los cascos.

—Solamente puede sostener esa afirmación el olvido de las conquistas que por ella alcanzó la humanidad.

—Dejemos á los franceses y sus ideas—insinua el doctor—y ocupémonos de América, principalmente del virreynato. Si no era permitido introducir más tratados que los filosóficos, teológicos y jurídicos de la madre patria, mayores dificultades opondrían las autoridades locales para la instalación de imprentas y la creación de periódicos. A pesar de esto, en el Perú empieza á funcionar la imprenta en 1583, siendo todas estas impresiones libros de fé, novenas, gramáticas y vocabularios

de las lenguas indígenas, panegíricos de santos y otras publicaciones de esta clase, todas ellas carísimas. El padre Holguín imprimió su vocabulario quíchua en 1606 en Lima y le resultó un costo de once duros cada ejemplar.

—Más económico habría sido hacerlo en España—dijo el capitán.

—Así es, pero había el inconveniente, según afirma el padre Meléndez «que se quedaban los corresponsales con el dinero echando el libro al carnero y al triste autor al olvido».

—Por lo visto, la cosa no tenía remedio.

—Cierto que nó. Dije ya, que en 1583 apareció en Lima la primera publicación de su imprenta, es una doctrina y catecismo cristiano en tres lenguas, español, quíchua y aimará. En el Paraguay se publicó una traducción en guaraní, 1705, de la obra del padre Nieremberg, titulada: *Diferencia entre lo terrenal y lo eterno, crisol de desengaños*. El año 1781 sale á luz en Montevideo la primera publicación de la imprenta de Buenos Aires, es una *Representación del Cabildo y vecinos de la ciudad de Montevideo*. Todos sabemos que el virrey Vertiz trajo de Córdoba, en esa época, la imprenta que usaban los expulsados jesuitas, instalándola en la capital, para enseñar un oficio á los niños expósitos. Aquí veo algunos folletos del siglo pasado; cogiendo uno al azar veamos su contenido. «Novena del santo de los santos Nuestro Señor Jesucristo, etc., etc., 1784. Hay una rogativa en versos, permítanme leerlos:

Bizcocho cocido al fuego
De tu amor en las entrañas,
Con dulce, que al que te gusta
Nunca ofendes ni empalagas;

Y amasado pan con leche
De una Virgen soberana,
Famoso vino que enjendras
Sólo Vírgenes y castas.

—Salvo el respeto que merecen los asuntos religiosos—dijo el capitán—el autor de esa octava ó lo que sea, antes de ser poeta místico fué confitero y comerciante de vinos, juzgando así por sus empalagosas figuras.....

—Todo puede ser—repuso el doctor cogiendo otro folleto y leyendo:—Vida, virtudes y milagros del portentoso apóstol del reyno del Perú, San Francisco Solano, 1790. De Andalucía, á la edad de 40 años, vino á América. Leo extractando: Al llegar á Lima resolvió pasar á Tucumán y en esta provincia tomó á su cargo la doctrina de los naturales; como no sabía la lengua quíchua, en quince días la aprendió mejor que los indios, pues les correjía sus faltas de dicción; 20.000 indios se presentan armados para destruir los pueblos que estaban bajo la protección de San Francisco y el santo los reduce y bautiza 9.000 el mismo día. A su poder misterioso brotaba el agua de las peñas; con el cordón de su hábito domaba los toros, ahuyentaba la langosta, se multiplicaban los peces y abrían sus aguas los ríos más caudalosos y profundos para ofrecer paso seguro al santo y los que lo seguían; «predicando en una lengua todos la entendían en la suya propia por más que las de los oyentes fueron diversísimas».

—Lástima no tener ahora ese santo para domar á los insurrectos—dijo Sumo Curcio.

—Lleguemos á los periódicos—dije—ya tenemos suficiente para formar juicio con los impresos leídos por el doctor.

—He aquí la primera publicación periódica — continuó Villegas— *Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico é Historiógrafo del Río de la Plata*, 1801. Editado por el coronel Cabello y Mesa; se ocupa de los tópicos que abraza su título y además de fundar una escuela filosófica que destierre las formas bárbaras del escolasticismo, corregir las costumbres y propagar todos los conocimientos humanos.....

—Ya recuerdo—contestó Marquiegui—caía duro y parejo con sus letrillas satíricas que levantaron polvareda, y subió tanto de tono que fué suspendido por orden del virrey.

—Es verdad; en 1802 aparece el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, editado por don Juan H. Vieytes. Publicación muy útil y recomendable. *Guía de forasteros del Virreynato de Buenos Aires*, 1803; editor Concolorcorvo, seudónimo que ocultaba al señor Araujo; trata de historia del país, biografías, fundación de instituciones y establecimientos públicos, estadística y otras noticias no menos instructivas: es un libro precioso é indispensable. Ustedes conocen las publicaciones que siguen y por esto me limitaré á mencionarlas únicamente. En 1809; *Gaceta del Gobierno de Buenos Aires*, periódico oficial. *Correo del Comercio*, 1810; editores don Manuel Belgrano y don Juan H. Vieytes, prescinde toda cuestión política. *La Gaceta de Buenos Aires*, 1810, editor Mariano Moreno y después el dean Funes, también han escrito en ella los doctores Pasos Silva, Agrelo y Monteagudo. *Mártir ó Libre*, 1811; editor Monteagudo. Veamos el número fecha 20 de Diciembre de 1811, donde el editor arenga á las americanas del Sud, es curioso y digno de ser conocido.

—Si es así le suplico nos lo lea, doctor—dijo el capitán.

El doctor se prestó gustoso, pero yo, á fin de no insertarlo en estas líneas, porque es bastante extenso, me permitiré hacer un extracto. El articulista indica cierta inclinación fisiológica que se opera en el hombre al llegar á la pubertad y predica al bello sexo aproveche esa predisposición, que va en aumento progresivo con la edad viril, para conseguir por ese medio adeptos á la revolución. Tal es el fondo del artículo.

Cuando hubo terminado el doctor, cogió de sus manos el periódico y leyendo, á medida que razonaba, dijo así el capitán:

—De modo que nuestra situación respecto á la mujer, valiéndome de las palabras de ese escritor, mientras la sensibilidad sea el atributo de nuestra especie, el bello sexo será el amable tirano que cada día irá afianzando más su dominio absoluto, prevalido de las progresivas necesidades que se van despertando en la vida de la materia.....

—Oh, la mujer! No hay nada más bello y atrayente— exclama un barbilindo teniente de cazadores con ribetes de poeta—la mujer es un ángel veleidoso, mi capitán, pero es tan dulce el premio que otorga, que no hay uno que no suspire por ser su cautivo!

—Candidato á llevar en breve la coyunda matrimonial. Cuando el hombre adquiere la fuerza y vigor propios de su organización, un nuevo estímulo se anuncia y la naturaleza le presenta el objeto de su inclinación y él pone en juego todos sus recursos para satisfacer esa necesidad que no puede resistir; esa necesidad.....

—Es la propensión que vibra en los átomos del cosmos, comunicando á la materia ansias secretas, anhelos infinitos, palpitations inmensas de vida—interrompe con

exaltación el teniente—es la tendencia del ángel caído, es.....

—¡Alto! Imagina usted que yo no sé lo que es? Si para asegurar el logro de nuestros deseos nos conviene fingir virtud, sin ser virtuosos; heroísmo no siendo valientes; generosidad los tacaños ú otro afecto noble, sin sentirlo, no somos otra cosa que hipócritas, y todos nuestros actos tienen por fin el éxito sin que nos importen los medios. No es moral y conveniente esa prédica, porque el articulista quiere convertir á la mujer en un moscardón insoportable, persiguiendo sin tregua ni reposo á los padres, novios, esposos, hijos, sirvientes *et sic de cæteris*, con sus discursos, hasta catequizarlos ó bien arrojarlos de su afecto, y si es posible de su casa. No es esa la misión de la mujer, no señor, no es esa.

—Sin embargo—dijo el comandante Sumo Curcio—el amor ha inspirado, inspira é inspirará muchos heroísmos y virtudes que han, son y serán transmitidas á los hombres por el bello sexo.

—Sí, mi comandante, tiene razón—replica el teniente que con dificultad se mantiene callado—

El amor es á la vida
Lo que á las flores el sol.

como cantó el poeta. Cuando en las bellas noches primaverales el céfiro manso y juguetón inicia su eterno diálogo con el verde follaje, confidencias íntimas, incomprendibles, de lo creado, y las flores vuelcan su aroma en la tierra y las estrellas palpitan de amor en el cielo; qué afán inmenso llena el alma y cómo negarse á la insinuación de la mujer querida.....

—Por favor, teniente de mi alma!—replica el capitán imitando la sentimental entonación de su interlocutor—

usted es capaz de eso y mucho más porque es joven y poeta, porque todavía los desencantos de la vida no le han enseñado la realidad de las cosas; pero yo, que he vivido más que usted, siendo la poesía la maestra que me dió las primeras lecciones de prosa, quiero decir, que he sido novio y después marido, sé á qué atenerme al respecto. La experiencia me ha demostrado que no hay afecto duradero si no está basado en el amor y respeto mutuo, y que una mujer marisabidilla y politiquera es una calamidad en el hogar.

—No derribe usted mis ideales, capitán, sin ellos yo sería desgraciado, inmensamente desgraciado!

—Se los dejo en pie, teniente, ya se encargará alguna de convertirlos en ruinas si se mete á sermoneador franciscano obedeciendo á la prédica del escritor insurrecto.

Los jugadores habían suspendido sus partidas y todos escuchaban con semblante alegre el animado y original diálogo. Al terminar su frase el capitán lo saludó una salva de aplausos.

* * *

Cuál es el resultado práctico de todo esto? Por el momento ninguno, para después ¿quién lo sabe? Las ideas nacen muy lentas, conseguir despertarlas es difícil, pero he logrado que se ocupen de la revolución sin repugnancia aunque sea tan superficialmente.



CAPÍTULO XVIII

MORAYA, 30 de agosto.

Destrucción de la flota realista—Toma de Montevideo — Arenales y Warnes — Retirada — Hostilidades — Vigilado — Moraya — Dolores — Recuerdos — Por la causa — Sublevación de Cuzco — Comunicaciones — Presentimientos—Ideas originales.

Regresó Marquiegui de su expedición trayendo las noticias que con tanto afán esperaba Pezuela; corrió largo y penoso trayecto pisando el suelo del Chaco y atravesando parajes desconocidos de ese territorio que cobija tribus salvajes en el seno casi impenetrable de sus bosques primitivos.

Sorprendió algunos fuertes y capturó los *chasquis* patriotas; dueño de la correspondencia que conducían supo de los prisioneros, por cartas é impresos, que la escuadra realista fué completamente batida y deshecha en mayo, y que Montevideo permanece bloqueado por agua y sitiado por tierra esperando la ayuda que no puede prestarle nuestro ejército.

No se podía dudar de la veracidad de las informaciones tomadas de los habitantes y confirmadas por los periódicos de Buenos Aires, como tampoco del efectivo real del ejército patriota y su estado que es muy satis-

factorio; el brigadier permanece á la expectativa y me parece asaz perplejo.

Más adelante viene la nueva que Montevideo cayó en poder de los sitiadores y que algunos batallones vienen á reforzar el ejército de Rondeau; se confirma la noticia poco después y llegan otras tan favorables á la causa revolucionaria que impulsan á Pezuela proponer, en una Junta, la evacuación de Salta y Jujuy por carecer de seguridad en la posesión que ocupamos y estar expuestos á ser envueltos.

Cochabamba y Santa Cruz al mando de Arenales y Warnes respectivamente, amenazan las provincias linderas, que detenidas por la presencia de fuerzas realistas no se atreven á declararse y esperan la oportunidad para unirse á sus compañeros de causa.

Conociendo la gravedad del momento y ocupando un punto peligroso é insostenible, el brigadier juzga inevitable la retirada y de acuerdo los presentes, se resuelve ejecutarla inmediatamente y se dan las órdenes pertinentes.

Como si hubieran recibido nuevos alientos con las noticias de sus victorias, los gauchos nos hostilizan como nunca y no nos dejan un momento de reposo. El retroceso es difícil y erizado de peligros; las emboscadas nos obligan á marchar concentrados y siempre vigilantes; la defensa á retaguardia está confiada al general Ramírez.

Desde que nos movimos voy incorporado al ejército del brigadier; Ramirez nos sigue, establecerá sus avanzadas en Mojos y parece que el campamento general se situará en Moraya. Esta retirada es penosísima con el parque y tráfago que conducimos y los combates que se libran; también la desertión, que ya se había conte-

nido desde mi separación de las avanzadas de Salta, empieza otra vez alentada por la vecindad de los patriotas.

Nota, de algún tiempo á esta parte, que Pezuela me coloca en sitios donde no puedo tener comunicación con Güemes; me trata con la distinción y respeto de siempre, pero al tenerme entre sus fuerzas y las de Ramirez me hace proceder con sumo tiento y observar á mi vez cuidadosamente si esa actitud es casual ó hija de un propósito.

Mientras hemos ido marchando se me ocurre que acaso, imprudentemente, hayamos proporcionado algún indicio que haga sospechar mi connivencia con los patriotas y esté el brigadier á la mira de una prueba que evidencie mi culpabilidad para proceder; aviso á mi hermano y á Cruz guarden la mayor circunspección, vigilando si hay espías entre nosotros y sobre todo, no comunicarse con los patriotas por el momento.

Deshecho mi plan por las circunstancias, hay que esperar una oportunidad, que indudablemente se presentará más adelante, para volver á edificar sobre lo destruido.

*
**

Moraya es una pobre aldea que contiene una exigua población casi toda compuesta de mujeres, ancianos y niños; los hombres útiles han huído ó militan en las filas patriotas ó realistas. Las mujeres tienen que proveer las necesidades de los seres que viven con ellas y se dedican á pequeñas industrias para ganar la subsistencia.

Aquí está Dolores, famosa por su belleza y esquividad cerril, establecida con su *pulperia*, expendiendo bebidas, cigarros y otros artículos, hoy á los realistas que ocupan el pueblo, mañana á los patriotas que lo invaden; á veces las partidas que van en comisión, cuando los ejércitos se retiran, y los pocos viajeros que por urgencia muy imperiosa se aventuran en estos caminos, constituyen la clientela del acaso.

Pero los días pasan y nadie llega, empiezan las privaciones, con los habitantes del pueblo no hay que contar, son más pobres que ella, pues siquiera tiene su *boliche* y no hay más recurso que usar con mucha parsimonia de las existencias del establecimiento.

Así me hacía la narración de su vida esa valiente mujer que lucha sin desmayar un momento para proporcionar comodidades á su bondadosa madre, que fué, hasta hace pocos meses atrás, la compañera cariñosa y única en el desierto rancho, que abandonaron todos los de su familia, niños aún, espantados por el estrépito de la guerra.

Yo miraba su rostro gracioso, sus ojos pardos, aunque de mirada dura, preciosos; los cabellos de negro azulado, la boca mediana con labios rojos y gruesos que acusan la naturaleza sensual, los contornos del busto elegante y robusto, de senos prominentes y enhiestos que transparentan bajo la tela humilde toda su opulencia. Contemplando ese bello y fuerte ser, que atraía con su frescura juvenil, pensaba como la conocí por primera vez.

El año 12 venimos persiguiendo á los patriotas después de Huaquí; llegué una noche á este pueblo y acampé. Otras fuerzas me habían precedido y ocupaban el lugar. Iba á pedir hospitalidad á un amigo anciano que vive aquí con su familia y seguido de mi asistente atra-

vesaba al tranco del caballo una lóbrega calle, como son todas las de esta aldea, cuando llamó mi atención un rancho *pulperia* donde algunos soldados bebían, escuchando las coplas de las seguidillas que cantaba un cabo al compás de la guitarra.

Detuve mi caballo y quedé contemplando la escena con interés desde la oscuridad. Una mujer que había traspuesto los diez lustros, servía los pedidos de los parroquianos, pasándolos por entre los gruesos barrotes de hierro, que como protectora muralla se levantaba sobre el mostrador aislándola de los hombres.

Desde mi puesto de observación sentí violentos golpes aplicados á una puerta y el rostro de la mujer expresó inquietud; rápidamente pasó á otra habitación contigua y al momento, un agudo grito femenino y roncás vociferaciones de hombres se hicieron sentir. Acudí rodeando el rancho; ví una mala puerta derribada y á favor de la débil luz que alumbraba la habitación, distinguí un grupo de gente que se debatía furiosamente, y la voz femenina, ora suplicante ó amenazadora, alzarse en el tumulto que levantaban los hombres.

Bajé del caballo y penetré en el recinto; aquellos miserables, borrachos de vino y lujuria, intentaban cometer en una mujer que tenían en tierra fuertemente sujeta, la más villana acción. Espada en mano apliqué sobre los agresores una lluvia de golpes de plano y acobardados se hicieron á un lado preparando sus armas para resistir; alcé la postrada víctima, la hice pasar al *boliche*, quedé en la puerta defendiendo la entrada y me dí á conocer intimándoles con energía el desalojo de la habitación.

Ciego de ira un sargento del batallón «Partidarios», al que pertenecían esos bandidos, perdido todo respeto

y disciplina al ver que le arrebatava su presa se lanzó sobre mí con el sable empuñado; paré la estocada que me dirigió y me tendí á fondo atravesándolo de parte á parte; sin dejar tiempo á los otros de reponerse me lancé sobre ellos hiriéndolos y los obligué á salir precipitadamente para salvarse de mis golpes; corrí detrás y los ví huir perdiéndose entre las sombras.

Un grupo había permanecido presenciando la lucha y ordené á uno de ellos diese parte de lo sucedido al batallón. Vino una partida, informé al oficial, llevaron el muerto y la tranquilidad se restableció. Entónces dirigí algunas palabras consoladoras á la mujer ofendida que estaba paralizada de terror. Era hija de la otra que había visto desde la calle atendiendo á los parroquianos.

Cuando les pude hacer entender que sus personas y casa estaban seguras de toda agresión en adelante, ví retratarse en el lindo rostro de la muchacha el más hondo agradecimiento y la expresión dura de sus ojos pardos desapareció para transparentar la mansedumbre y bondad de su alma: ¡Qué bonita estaba así! Salí acompañado de las bendiciones de las dos mujeres.

Después, lo de siempre: un idilio. Al día siguiente vino Dolores á buscarme, traía golosinas que me obligó á aceptar y me renovó las protestas de su agradecimiento; veía en el reflejo de sus grandes ojos una solicitud más tierna que la gratitud y asistía á la germinación de un sentimiento secreto, que hacía latir su corazón sencillo con palpitaciones cada vez más pronunciadas y persistentes, notando mi actitud seria y respetuosa, á lo que no estaba habituada, en el ambiente donde respiraba esa flor rara y peregrina que la casualidad ponía á mi paso.

En los pocos días que permanecí aquí, ví levantarse en su alma una pasión profunda. El roce de mi mano en la suya al coger algún objeto que me ofrecía cubría de rubor su rostro; el contacto involuntario del cuerpo al pasar por sitios estrechos la causaba estremecimientos inexplicables; al mirarla en los ojos la sentía desfallecer.

La víspera de mi partida, siguiendo la invasión, Dolores lloraba en silencio cuando fui á visitarlas á su casa; la madre estaba en un rancho vecino asistiendo un enfermo.

—¿Por qué llora?—le pregunté con acento suave.

Ella me miró y en sus ojos apareció un destello tan divino que me conmovió íntimamente; naturaleza ingénuo no sabía disfrazar sus sentimientos y los daba á conocer con el candor de un niño.

—Porque usted se vá — me respondió sin vacilar.

—Pero no será para siempre—dije adoptando un tono alegre—y espero que pronto nos volveremos á ver; cuando regrese mi primera visita será para ustedes; en Salta está mi familia y de allí les mandaré algún recuerdo de mi amistad.

Mi temperamento no es sensual, mas sentíame invadido de una dulce laxitud que llenaba lentamente los sentidos, levantando deseos voluptuosos que empezaban á fustigarme. Me había sentado sobre un gran baúl, único asiento que allí tenían y ella permanecía en pié cerca de mí.

Contemplaba su lindo perfil y la curva prominente de su seno, que se alzaba á impulsos de la respiración agitada por un deseo violento, cuya satisfacción deseaba con ansia, como todos los sentimientos pasionales que nacen en las naturalezas incultas obrando en los sentidos.

Me embriagaba esa emanación femenina que ofusca y llama á buscar con la boca otros labios ardientes y empuja el brazo á enlazar el talle que se inclina convidando á la caricia. Le cogí la mano haciéndola sentir suave presión.

Palpitó, su rostro se coloreó, cerró los ojos inclinando la cabeza desfallecida como buscando apoyo en mi pecho y desbordando todas sus ternuras al tocarme, con febril movimiento rodeó mi cuello con sus brazos y me besó con la furia de su pasión tantos días contenida, con la alegría intensa de la mujer que siente correspondido su amor.

Suenan algunos golpes aplicados á la puerta, que al entrar dejé apretada, ví que sus maderos se entreabrían lentamente y Dolores, que también observó este movimiento, desprendiéndose de mis brazos se apartó con viveza permaneciendo á la expectativa.

La puerta no se abría lo suficiente para ver al importuno y ningún movimiento anunciaba su presencia detrás, impacientado grité:

—¿Quién anda ahí?

La cabeza de Cruz apareciendo por la abertura nos sacó de la inquietud respondiendo comedidamente.

—Con su permiso, mi coronel.

—¡Vete al diablo! ¿Por qué no hablaste antes?

—Creyendo hallarlo aquí, usía, he venido para decirle que un oficial con pliegos de mi brigadier, lo espera en su alojamiento.

—Voy enseguida; vé á decírselo.

Al decir esto ví tras de Cruz la silueta de la madre de Dolores que penetró en el cuarto saludándome. Permanecí un momento más hablando con ellas y luego me despedí.

En vez de sentirme contrariado iba satisfecho; la posesión de Dolores sería otro recuerdo fugaz que agregar á los de mi vida, destruyendo el mérito de un servicio desinteresado; hay interrupciones oportunas que debemos agradecer.

Así ahora tengo el gusto de verla completamente curada y casada con un chino viejo, que posee algunos pesos; alabo su mal gusto y me pregunto á mis solas: seré yo el culpable de la desesperada resolución de Dolores?

Vino con la madre á visitarme cuando supieron que estaba aquí. Con prudencia exploro sus opiniones y encuentro que simpatizan con los patriotas; tengo dos aliados importantes, principalmente Dolores, cada día más linda y apetitosa, requebrada por los oficiales que no cejan ante sus desvíos, y generosa y buena con los soldados.

Se despidieron; al estrecharme la mano, sus ojos se detuvieron un instante en los míos como si aventuraran una pregunta que solo yo podía adivinar, pero hoy llena mi corazón y mis sentidos una imágen tan bella y deseada que todo palidece á su recuerdo...., como se pierde toda noción de lo bello viendo la cara simiesca del marido de Dolores.

*
* *

La sublevación de Cuzco, encabezada por Pumakahua, conmoviendo á La Paz, Arequipa, Huamanga y otros pueblos, se ha producido; Pezuela destaca al general Ramírez con la división de su mando á sofocarla y des-

pejar el camino cortado por las fuerzas de Arenales que llegan hasta Oruro.

El brigadier que como ya indiqué ocupa Moraya, me pone al mando de las fuerzas de su división de vanguardia; Sumo Curcio con su batallón y una compañía de caballería forma mi avanzada y ocupa á Mojos.

Es una magnífica ocasión, pero no sé lo que pasa en el ejército patriota; sus avanzadas apenas si se dejan sentir y desde la retirada pasan los días y las noches en una tranquilidad sorprendente. En Cinti se han levantado partidas que nos molestan muy poco.

He consultado con el doctor Villegas y resuelvo mandarlo á fin de que se entienda directamente con el general Rondeau, para producir inmediatamente el movimiento con su cooperación. Mi plan es: un día convenido, al aclarar, caerán las tropas patriotas sobre Sumo Curcio, yo con mis fuerzas lo atacaré también, cogido entre dos fuegos se rendirá y entonces, si nos consideramos suficiente fuertes, buscaremos á Pezuela.

Despacho al doctor recomendándole haga presente la ocasión, tal vez única, que se ofrece de aniquilar totalmente al ejército realista sin grandes peligros y sacrificios de vidas, pero yo no puedo obrar solo y preciso la protección de una fuerte columna para que me sirva de sostén y defensa en un caso no previsto de contraste. Le encarezco busque á Güemes, le anuncie que llegó el momento y que el día que señale su general, se aproxime también él, con el mayor número posible de sus gauchos para ayudarme con la decisión y empeño que pone en juego.

Cuando ví partir al mensajero sentí la misma sensación de frío que se deslizó por mis venas la noche que me despedí de Magdalena. Un sentimiento de melanco-

lía me invade, no puedo explicarme la causa que lo produce, no comprendo la presencia de esa nube opaca que empaña la luz alegre que llena la conciencia cuando cumplimos un deber.

Estoy tranquilo y resuelto, y al mirar dentro de mí, encuentro que mi actitud se aproxima mucho más á la resignación del hombre que se inmola siguiendo el impulso fatal de su destino, que á la exaltación entusiasta del que va á prestar á su patria un servicio, borrando de las páginas de su vida un error que gravita sobre su alma con peso mortal.

*
* * *

He conferenciado con Marquiegui y con su franqueza habitual me respondió:

—¿No recuerdas lo que hicieron con Moreno? Apenas si pueden soportarse entre sí pugnando por escalar los puestos públicos y tener el placer de mandar. No tienen patria independiente aún y ya se precipitan unos contra otros para destruirse; ahí están Artigas y las autoridades revolucionarias, como la jauría hambrienta se han trabado á dentelladas sobre los despojos de Vigodet. No es solo aquí, en Chile es sabido la tirria de O'Higgins y Carreras por subir á la cumbre; en Venezuela Bolívar traiciona á Miranda porque le hace sombra..., y Miranda fué el apóstol que predicó sin desfallecimiento el credo de la libertad!

—Sí—le respondí casi aplastado por esa lógica de hierro—también la Francia tuvo sus hombres enceguedos por las pasiones, hubieron traidores, se hicieron

hecatombes humanas, el pueblo enloqueció y fué verdugo...., pero pasó el vértigo, triunfó el derecho y la justicia y las conquistas que alcanzaron en bien de la libertad es una gloria que honra á todos los pueblos de la tierra.

—Y sin embargo, Saturnino, los hechos políticos del emperador Napoleón, al frente de poderosos ejércitos formados de ese pueblo heraldo de justicia el siglo pasado, queriendo sojuzgar á las naciones independientes para ser árbitro del mundo, no dice bien con los principios difundidos el 93.... Volvamos á tu asunto. Soy tu amigo y no he olvidado que me prestaste un importante servicio en Vilcapugio.... no me interrumpas, déjame hablar, y hablar con la franqueza del soldado. Con un golpe afortunado y audaz quieres concluir con Pezuela y su ejército; si encuentras protección en los revolucionarios me parece conseguirás tu intento, pero tengo la *sensación* que no serás apoyado porque adquirirás mucho prestigio, empezarás por ser mirado como un héroe legendario, algo así como Bayardo ó Gonzalo de Córdoba, que también destruían ejércitos, y esto no puede convenir á algunos.... Si te plegases con tu escuadrón solamente, sin ruido, entónces sí te levantarán en palmas, serás el mimado.... por veinticuatro horas, porque no harás sombra á nadie.

—Me parece que estás de buen humor....

—Nunca he hablado con más seriedad que ahora—repuso—el asunto no es para bromas porque juegas la cabeza. La destrucción de Pezuela, *si te ayudaran*, y perdona la insistencia, da la posesión sin lucha del Alto Perú, la ocupación y sublevación absoluta del Perú, la caída del virrey y sus fuerzas en corto tiempo.... ¿A quién se deberá este resultado? A tí; comprendes, ahora, la importancia del paso que das?

—Eso no me importa—respondí—lo que yo quiero es libertar á mi patria del poder español, lo demás es secundario para mí.

—Siempre has sido de manifestaciones vehementes y te dejas llevar por los arrebatos de tu corazón de fuego! Lo que para tí es secundario para otro es primario, y eso es lo que me hace temer un terrible fracaso en tu plan. Yo me pondré á tu lado con mi batallón cuando vea tu división sublevada y sostenida por los revolucionarios; pero si no hay nada de esto y en vez del grandioso movimiento sales, como el Caballero de la Triste Figura, al frente de tu escuadrón contra el ejército realista...., permaneceré fiel á esa bandera que me ha cobijado bien con su amplia sombra. Yo meterme á redentor? Recuerda la suerte que cupo á Liniers y Alzaga por quererlo ser de los realistas. No tengas cuidado por el secreto, en favor ó en contra nunca descenderé á delator.

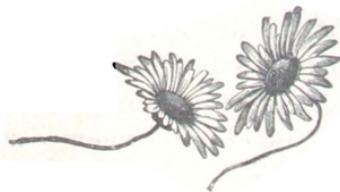
—Gracias, no esperaba otra cosa de tí.

—Antes deirme oye el consejo de un compañero que te aprecia: pásate con tu escuadrón en cuanto tengas oportunidad y deja á los patriotas el trabajo de exterminar á Pezuela. No confíes en el agradecimiento del pueblo; de ese pueblo paciente y callado que se deja manejar de todos los audaces que invocan y gritan su nombre y su bien para encubrir propósitos inconfesables é incomprensibles..... «La voluntad de los pueblos» invoca la primera Junta y como ella la revolución que la derriba; por ella luchan Artigas y Otorgués; invocando esa voluntad Alvear persigue á Otorgués y Artigas; los españoles á los americanos; éstos á los españoles..... no hay nada más fácil y cómodo de manejar que los rebaños, siguen la dirección que les marca su conductor y avanzan y retroceden pacientemente..... «La

voluntad de los pueblos»..... Ya veremos si es la misma, si los audaces pueden invocarla tan imprudentemente como ahora, dentro de un siglo! Vaya, estoy predicando sin preveer que fastidio; te dejo, Saturnino, reflexiona lo que haces y vive alerta, es muy seria la partida que juegas! Adios.

—Oye! Confundes lastimosamente las actitudes. La Junta, Alvear y los patriotas defienden la libertad y el derecho de los hombres. Las autoridades españolas buscan el aniquilamiento de esos bienes. Si los pueblos revolucionarios son rebaños que siguen confiados á sus directores, buscando mejorar su condición social ¿qué calificativo merecen los hombres que ácatan sumisos el poder de un rey que es mal hijo y súbdito traidor, como lo prueba el motín de Aranjuez; débil y cobarde en su cautiverio y hoy insolente con el pueblo que le devolvió su trono, añadiendo á las brillantes páginas de su historia una más de abnegación y heroismo?

Marquiegui me mira un momento, sonrie y haciéndome con la mano un signo de adios se aleja en silencio.



CAPÍTULO XIX

MORAYA, 30 de septiembre.

**Aspecto favorable—Olvidado—Teorías de Marquiegui
—En pro de los realistas — Mi respuesta — Malas
nuevas—Anarquía—Indisciplina—¡Solo!—Adelante
—Llanos—Vuelve á Lima—Como el Quijote.**

Muy alarmado se muestra el brigadier con el aspecto que van tomando las cosas en el Perú y las noticias que llegan de Buenos Aires. Montevideo en poder de los patriotas y su flota dueña del gran río, abierto el camino al comercio de Inglaterra, estableciendo un fuerte intercambio de productos, movimiento que determinará importantes derechos fiscales, los insurrectos, como dice Pezuela, tienen ahora recursos para proseguir la guerra.

Por otra parte, libre el ejército de las atenciones del sitio se incorporará al de Tucumán estableciendo gran superioridad numérica sobre las tropas realistas, muy cercenadas por las columnas que ha tenido que desprender en socorro de las guarniciones amenazadas por los sublevados.

Las avanzadas patriotas que el mes pasado no se dejaban ver, están en Cangrejos; pertenecen esas fuerzas al ejército regular y libran todos los días encarnizadas guerrillas. Del lado de Cinti aparecen las partidas de

Güemes que tanto dañan, de modo que por retaguardia y flanco derecho estamos rodeados de enemigos decididos y audaces que retiran ó arrebatan las haciendas al menor descuido y destruyen cuanto podemos utilizar.

Es singular lo poco ó nada que se ocupan de mí los jefes patriotas, Güemes parece olvidado de su compromiso. Acaso desconfían y su recelo nace de no haber ejecutado el movimiento que convinimos haría cuando me hallase internado siguiendo el camino á Tucumán al frente de mi columna de vanguardia; pero no es culpa mía si la invasión retrocedió y fui relevado sin tener tiempo y ocasión de avisarles.

No por esto descuido la prosecución de mi propósito, con ó sin ayuda lo llevaré á cabo, aunque á veces me invade profundo desaliento cuando medito en las dificultades que se me oponen.

*
* *

Solos, Marquiegui y yo en mi alojamiento, estábamos examinando un plano del terreno levantado por el ingeniero del Estado Mayor. El sol caliente de un hermoso día anunciaba la vivificante primavera, iluminando el árido y triste paisaje con su alegre luz.

Moviendo los papeles que estaban esparcidos sobre la mesa, llegaban ráfagas suaves de aire tibio y por la ventana que mira al Sud, se abarcaba el desigual relieve de terreno, destacando sus conos redondos en el fondo azul del horizonte las peladas y negruzcas sierras.

Levantando la vista del plano la fijó Marquiegui en el lejano confín, permaneciendo así algunos minutos y después, mirándose, preguntó con naturalidad:

—Has tenido contestación?

—No—repuse—pero no tardará.

—Me permites ser franco?

—Te lo ruego.

—Pues bien, escucha mi opinión: haces mal. A esos hombres no les debes nada y á los nuestros todo. En las filas de este ejército tienes amigos leales y queridos, probados en las mudanzas del tiempo que todo lo derrumba, menos el afecto sincero y desinteresado que levanta en el alma el recuerdo de los que han sido con nosotros buenos y cariñosos. Aquí están tus compañeros de fatigas, los que hicieron suerte común en las amarguras de la derrota ó en la efusiva alegría de la victoria; tus grados fueron discernidos por sus más altas autoridades haciendo justicia á tus méritos y los cargos con que te han distinguido prueban la confianza que les mereces. Y este pensamiento debía hacer acallar en tí cualquier idea subversiva, que el contacto que has tenido y hasta la atmósfera que respiramos propician.

—Me debo á mi patria—respondí—y si es crimen romper los compromisos y lazos que me aprisionan aquí, más criminal será permanecer indiferente cuando tanto necesita de la ayuda de sus hijos.

—El credo revolucionario. En nombre de Fernando VII se constituyó la primera Junta; todos los otros cambios de gobierno que se han sucedido hasta el momento invocan esa autoridad. Si tienen la idea de hacer un país independiente del territorio del virreynato, persiguiendo el propósito de formar un gobierno de libertad civil, como ellos dicen, no comprendo su actitud hoy que Fernando ha vuelto al trono; son súbditos rebeldes y perjuros á un juramento prestado solemnemente en un acto público el mes de Mayo de 1808 primero y ratificado el año diez,

—Este país no puede quedar relegado siempre á colonia española; tiene elementos y medios para actuar por sí mismo y derecho para emanciparse de la tutoría extranjera, como lo tiene el hijo para separarse del hogar cuando llega á ser mayor de edad, y si el derecho concede esto á los hombres ¿por qué habrá de negárselo á los países?

—Decirlo, entonces; admito tu argumento, pero no me convence la conclusión. No te ofendas por lo que voy á decir.

—Ofende la intención y la tuya no puede ser mejor para mí.

—Cuando hayas cumplido tu propósito, si la suerte está contigo, podrás disculpar la acción invocando ideas de libertad y el deber de unirse á los que luchan por la independencia del suelo natal, pero ¿será tan fácil levantar el cargo de traidor á la bandera que jurastes fidelidad como soldado? Tal vez juzgarán muchos que tengan antecedentes, que no es la bondad de una causa grande, sinó el sentimiento de amor material que consume tu corazón por.....

—No prosigas—le interrumpí airado.

—No protestes, me pongo en el terreno de las suposiciones y formulo una hipótesis. Naturalmente, los patriotas te halagarán si sales bien. Y si te va mal? Nadie puede preveer los calificativos que serán aplicados á la locura del Caballero de la Triste Figura modernizado.....

—No puedo aceptar tus ideas tan extravagantes y raras que llegan al cinismo. Para tí no existe sentimiento noble y los actos humanos solo se generan en el alma á impulso de la envidia, ódios, celos, cálculos bajos..... Si no te conociera creería estar hablando con un des-

equilibrado de la peor especie; te violentas y exajeras para desviarme de la ejecución de una idea que no me fué inspirada por una mujer, sinó que nació espontánea en mi cerebro.....

—Cuando la historia de los pueblos me hizo conocer las crueldades y tiranías de los poderosos—me interrumpió con énfasis doctoral—ya sé de memoria la retahíla obligada y se ha vuelto inocua: la espada de Bernardo.....

—Búrlate cuanto quieras—repliqué muy serio—es inútil insistir; esta resolución es un acto meditado, voy derecho á mi objeto y llegaré al fin ó caeré como tantos otros en el camino. En vez de disuadirme ponte francamente á mi lado para cumplir un acto valiente que si no lo aprecian los hombres satisfará plenamente la conciencia.

—No, Saturnino; en la forma que sabes cuenta conmigo; pero tomar una parte activa y directa en el asunto ¡nunca! Ocupémonos del plano, hemos olvidado su estudio divagando.

La tarde pasó sin volver á tocar el tema, yo me sentía distraído y nervioso; cuando Marquiegui me dejó el sol se ponía.

*
*
*

Al fin tengo noticias del doctor y son de tal especie que mejor fuera ignorarlas. Tendrá razón Marquiegui?

Lo que sé es una corroboración de sus palabras y este conocimiento me llena de hondo malestar; mi mensajero no hizo nada provechoso y en el sentido de su comunicación sé trasparente el desencanto y abatimiento

de espíritu, ¿debo imitarlo? No; adelante, aunque me vea aislado de todos no retrocederé!

Qué sería de la humanidad si los hombres que han levantado su voz con valentía, para mostrar la verdad á las turbas ciegas y fanáticas, hubieran vacilado a influjo del miedo cobarde, vislumbrando por término el sacrificio?

Los próceres de la primera Junta me dan el ejemplo y los héroes que admiré, luchando con nunca desmentido brío por su santa causa, enseñan que el valor y la constancia son prendas que arrancan gritos de admiración á todos, porque no todos son capaces de morir por su causa. Por más insignificante que yo sea ¿por qué no los habré de imitar?

Vacilan en mandarme apoyo; temen que bajo mi ofrecimiento se oculte una celada? Nada puedo hacer para convencerlos de mi buena fe y acaso insistir fuera imprudente, solo, con mis propios recursos, continúo sin más dilaciones perjudiciales que á nada práctico llevan, sino es á sembrar la duda, prolongando á lo infinito una tensión de ánimo que postra y hace daño.

Dice el doctor que la anarquía se enseñorea en el campo de los patriotas; Artigas desconociendo la autoridad del director trae la lucha interna; Rondeau sin energía para imponer la disciplina convierte su ejército en un centro de bandos y rencillas que lo desquicia; triste cuadro de disolución! En toda su carta solo encuentro una nota consoladora: El general Alvear vendrá á ponerse al frente de las tropas. ¡Quiera Dios que sea pronto!

*
*
*

He tenido el gusto de abrazar á Llanos que fué á Lima en comisión desde el mes de agosto del año pasado; me pidió noticias de los sucesos ocurridos durante su ausencia y me apresuré á complacerlo. Cuando terminé la rápida reseña que él escuchó con gran interés, le dije:

—Ahora, refiere tus impresiones de viaje.

—Al dejar el campamento el año pasado, obedeciendo las órdenes de Pezuela, andabas por la provincia de Cochabamba desempeñando una comisión muy delicada y peligrosa, al decir del brigadier, y con el sentimiento de no despedirme de tí me encaminé á la ciudad de los virreyes y las tapadas — incógnitas que enloquecen y hacen cometer cien locuras buscando despejarlas — conduciendo pliegos importantes al virrey. Allí tuve ocasión de ver al señor ***, que en octubre regresó á Francia llamado por urgentes asuntos; se acordó cariñosamente de tí.

—Regresará otra vez?

—No lo creo; está muy desencantado de América y juzga que la guerra debe ocupar, á realistas y americanos, muchos años de luchas y sacrificios antes de resolverse por los patriotas. En el bergantín «Numa» atravesé la distancia que separa á Lima de Panamá; en pleno Pacífico, sin perder de vista un solo día los caprichosos perfiles de las montañas andinas, ayudados por vientos favorables y mar tranquila, pronto llegué al término de mi viaje. Allí todo concluyó; no hay revolución. Los sucesos desgraciados de Tucumán y Salta eran

conocidos y apreciados como son por lo general todos los juicios que se forma el vulgo á la distancia. Parece que, así como el espejismo engaña al ojo dándole la idea de un paisaje fantástico y agrandado, de igual modo la lejanía de otros países, y los hechos que en ellos se efectúan, circulando por el mundo quedan desfigurados por la mayor exageración..... Se decía por allá que Chile, Buenos Aires y el Perú estaban en poder de los insurrectos y que Abascal resistía débilmente en el Ecuador..... cuando se obtenían las victorias de Vilcapugio y Ayohuma! Volví á Lima; ya sabes la gran expedición que se proyectaba llevar á Buenos Aires desde la Península y que cambió de dirección al conocer la caída de Montevideo.

—Sí; qué opinas de la sublevación de Cuzco?

—Me parece que la cosa se decide, aquí, en favor de la revolución. Pumakahua y Angulo han convulsionado á Puno, La Paz, Arequipa y otros pueblos, confiados en el apoyo del ejército insurrecto; si éste se mueve no dudo que Pezuela tendrá que ceder el terreno porque sus fuerzas son inferiores. Mal va esto.

Yo miraba su rostro franco y noble, de rasgos enérgicos y varoniles, pensando que tal vez la suerte me mandaba una fuerte columna que sirviera de apoyo á mi futura y próxima acción, pero temía explayarme. Mi situación no es para vacilar mucho, puesto que juego el todo por el todo, y así, haciendo un esfuerzo para dominar mi ansiedad, proferí:

—Y yo me alegro de esto como americano; la dominación española toca su término y pienso que los que hemos nacido en América debemos propender á libertarla; esta confesión de mis sentimientos la hago al amigo leal. Qué dices?

Permaneció en silencio; una palidez mortal invadió su semblante, sus manos temblaban perceptiblemente y todo su ser parecía invadido de emoción; levantó los ojos fijando en los míos una mirada llena de tristeza y repuso:

—Siempre pensé que el amor irreflexivo que profesas á esa mujer te sería fatal; desgraciadamente es un hecho mi fúnebre presentimiento. Es irrevocable la resolución que manifiestas y te sería enojoso oír mi opinión?

—Enojoso, nó, pero inútil, sí; mi actitud es el resultado de la convicción y me duele mucho que atribuyas á influjos femeniles una determinación tan propia de hombres.....

—No digas más. Mientras te oía dudaba qué partido adoptar; debía dar aviso de tu defeción al brigadier, pero entre la amistad y el deber triunfa la amistad. Me voy de aquí, vuelvo á Lima; no quiero asistir á tu insensato sacrificio, Dios te ilumine, Saturnino.

—No te vayas así,—le dije muy afectado—cuando me das el adiós postrero, como si te despidieses de un moribundo, ¿no tienes un abrazo para mí?

—Sí—respondió enternecido, abrazándome—huyo lejos porque tengo miedo!

Al día siguiente Llanos parte para Lima.

*
* *

Cada vez se acentúa más el vacío que me rodea, y al mismo tiempo siento que se arraiga en el alma con mayor poder mi resolución. Me parece oír la voz sarcástica de Marquiegui diciéndome: Caballero de la Triste Figura ¿hasta donde llegarás?

CAPITULO XX

MORAYA, 5 de octubre.

Vivir es sentir—Sin noticias—Trabajos de zapa—Especies—Precauciones—Me vigilan—Invocación.

¡Si vivir es sentir, mucho he vido! He pasado, sin transiciones casi, del más profundo pesar á la más suprema dicha; del llanto á la risa; de la desesperante incertidumbre á la consoladora realidad..... en tan poco tiempo!

¡Qué contradicciones hay en mi vida! exclamaba asombrado leyendo estas páginas. Me distraigo pensando en mí cuando no me pertenezco; vuelvo á ocuparme de mi deber.

*
* *

Nada sé de los patriotas ni de mi mensajero, se han olvidado completamente de mí; si Alvear estuviera al frente del ejército! Estamos en un momento de actividad y acción, mis agentes se multiplican.

Dolores tiene ganados varios oficiales; dos capitanes y el mayor del batallón Cuzco han conferenciado conmigo y

España

cuento con ellos. Estos trabajos de zapa son muy lentos, es necesario proceder con mil precauciones y tino para evitar el escollo donde se estrellan las conspiraciones: la delación.

Vamos ganando terreno; los rumores que llegan cada día más favorables á la revolución inducen á escuchar con benevolencia ciertas insinuaciones y meditar sobre ellas; el oro, llave mágica que abre todas las puertas, está en juego; en otros casos ofrezco en nombre del gobierno patriota en la creencia que autorizará mis compromisos en caso de éxito.

Aparento estar en comunicación directa con el general Rondeau y que cuento con el apoyo de su ejército; doy como suceso consumado la incorporación de las fuerzas sitiadoras de Montevideo á las de Tucumán, elevando su número de 8 á 10.000 hombres, y que el general Alvear vendrá dentro de poco á ponerse á su frente y abrir operaciones.

Bien sé que estas especies corriendo de boca en boca, con promesa de secreto entre los interesados, serán lo que el delgado hilo de agua que baja de las montañas y se transforma en torrente, engrosado por otros hilos lejos de su origen.

No tengo tiempo de reposo dedicado á mi obra; todos los medios imaginables los pongo en juego y una especie de actividad febril, como fuerza impulsora sobrenatural, me mueve é inspira.

Todas mis vacilaciones han desaparecido; mis sentidos tienen un desarrollo tan grande, que pensando á solas, después de verificar ciertos hechos instintivos, diré así, quedo sorprendido de la previsión y lucidez que han presidido á su ejecución; es una especie de vértigo que me empuja.

Octubre 8.

Hoy he sabido que Pezuela envía comisionados para reclutar gente y formar dos batallones; tiene reunidos en Potosí más de 300 hombres.

Se circuló una orden á los jefes de unidades para que redoblen su vigilancia en la tropa, evitando llegue á conocimiento de ésta cualquier noticia favorable á la revolución; en cambio, por medio de impresos, se dan á conocer imaginarias victorias realistas.

El brigadier teme un movimiento subversivo en su ejército y toma precauciones; todos los cuerpos españoles rodean su alojamiento; la artillería está á retaguardia acampada cerca del batallón Marquiegui; mi escuadrón tiene su cuartel entre las fuerzas del campamento general y las avanzadas, diez cuadras al Sud del Partidarios.

Octubre 12.

He tenido una ligera contrariedad. Ayer me indicó Pezuela que dentro de poco iré á guarnecer á Potosí, porque las exigencias del servicio reclaman la presencia de su actual guarnición en otro punto; sospecho que esas fuerzas vendrán á relevar las mías.

Con diversos pretextos permanezco en Moraya tanto como puedo, visito á los jefes y observo todo. Me comunica un oficial complicado en el movimiento que la tropa que rodea al brigadier duerme sobre las armas, tomando precauciones para responder á una agresión nocturna.

Por mi parte aviso á los míos que estén listos y dispuestos, pronto daré la señal y en tanto se buscan afanosamente nuevas adhesiones.

Tengo muchas y fundadas esperanzas de salir airoso y deseo vivamente concluir esta empresa tan llena de sobresaltos y misterios, cuyo ambiente natural es la oscuridad, donde como los buhos y murciélagos aparecen los conspiradores con el paso cauteloso, la mirada escudriñadora y el dedo en los labios.

Pero también me parece que disimuladamente me vigilan. Hace poco estaba en el rancho que ocupa mi hermano, con él y Cruz, formando mentalmente un estado de nuestros elementos de acción; hablábamos en voz baja, muy próximos, parados en el centro de la pieza.

Frente á mí estaba una ventana rústica, sin cristales, con sus batientes apretadas; miraba casualmente en esa dirección mientras escuchaba á Pedro, cuando ví distintamente abrirse las hojas en silencio y me pareció distinguir un rostro que se retiró rápidamente.

Con un gesto indiqué lo que ocurría á Cruz que se lanzó afuera y yo me precipité á la ventana. La abrí del todo y miré. Iluminaba el espacio con luz clarísima la luna y creí ver á distancia de treinta pasos el bulto de un hombre que se ocultaba entre las rocas. Se lo dije á Cruz y corrió en esa dirección registrando los alrededores sin encontrar á nadie.

Esto no puede haber sido ilusión mía, porque era una noche serena, de completa calma, en que ni la más leve ráfaga de aire hacía oscilar la llama de la vela, que para probar puse en la ventana; el viento no pudo abrir sus batientes.

Es necesario apresurarnos, antes que nos sorprendan los sorprenderemos, les digo á mis bravos al separarnos.

* * *

Magdalena; como todos los que te rodean, me habrás olvidado también tú?

Hace poco, antes de sentarme á trazar estos renglones miraba al cielo, pidiendo al Dios bondadoso que conoce las más secretas intenciones, inspirase mi pobre razón con un destello de su luz.

Como joyeles del firmamento lucían las estrellas, y una de ellas titilaba entre sus hermanas con destellos esplendorosos.

Acaso en ese momento tus ojos la contemplaban también; sentí la impresión de tu mirada bajar en sus rayos y penetrar en mi alma; entónces, el pensamiento te envió por su conducto las ternuras inmensas que guarda para tí mi corazón.



EPÍLOGO

CARTA DEL CORONEL MARQUEGUI AL CORONEL LLANOS

SUIPACHA, 12 de Noviembre de 1814.
(Reservada)

CORONEL:

Cumplo la última voluntad de nuestro desgraciado amigo, Saturnino Castro, enviando á Vd. los manuscritos que en su postrer momento me pidió le remitiera y que forman las memorias de estos dos últimos años de su vida.

El (*ilegible*) de octubre, siguiendo sus trabajos desde algunos meses atras iniciados, cometió la imprudencia de insinuarse con el jefe de la artillería para levantarse en armas sublevando el ejército y pasar, con esos elementos, al servicio de los revolucionarios.

Inmediatamente ese jefe avisó á Pezuela el propósito de Castro y el brigadier ordenó en el acto su captura; pero un anuncio de sus compañeros de complot hizo saber al coronel que estaba descubierto y se vió obligado á precipitar el movimiento.

Cuarteto

Al frente de su escuadrón se dirigió á Mojos y dejando sus soldados á cierta distancia, confiadamente fué él solo á intimar á Sumo Curcio, comandante del batallón Cuzco, que ocupaba las avanzadas, rindiese sus armas á la revolución; el comandante, por toda respuesta le intimó prisión. Se dice que había en ese cuerpo algunos oficiales comprometidos que al ver producirse el movimiento tuvieron miedo y permanecieron quietos.

Todavía no estaba todo perdido, y si Castro no hubiera cometido el despropósito de ir á entregarse así á Sumo Curcio, tal vez se hubiera salvado, y al frente de su escuadrón le habría sido fácil llegar á las avanzadas revolucionarias que ocupaban á Cangrejos.

Pero confió demasiado en el prestigio y simpatías que inspiraba y tenía en la tropa; llevado por un exagerado sentimiento de amor hacia la nueva causa que había abrazado con la resolución y apasionamiento característicos en él, soñando cosas grandes y completas, creyó pobre ofrenda las fuerzas de su mando y quiso la destrucción total del ejército realista.

Hojeando las páginas donde volcaba la intimidad de su pensamiento, se halla explicada su obstinación en convulsionar todo el ejército real; fué muy lejos en sus compromisos, llevado por un optimismo engañoso, mundo fantástico donde vivía forjando quimeras de justicia y libertad.

También su corazón, sediento de ternura, amaba con cariño inmenso y desmedido á una mujer, hincado á sus pies juró contribuir á la libertad de su patria, y se ve en los momentos más críticos de su existencia, invocar como influjo benéfico el recuerdo querido que prepondera sobre todo afecto, irreflexivo y ciego, con los arrebatos impulsivos del fanatismo de secta.

Y esos libros, que también le remito, han contribuido mucho á ocasionar la catástrofe. Todas estas teorías más ó menos brillantes, verdaderas ó sofisticas, abstractas ó reales, despejan el entendimiento y enseñan mucho, es indudable, pero los cambios que provocan son demasiado rápidos y traen un grave desequilibrio en las sociedades y en las inteligencias no preparadas.

Eso le resultó á nuestro pobre Saturnino. En poco más de un año los libros demolieron sus creencias religiosas, sus ideas políticas y las preocupaciones inherentes á nuestra vida colonial, y edificaron sobre esas ruinas nuevas creencias, ideales tan vastos, tan amplios..... que pasando los límites de lo real me figuro discurrían en los dominios de la insania!

Las transformaciones de los pueblos y las ideas de las sociedades necesitan preparación y tiempo para producirse, terreno apto donde germinar y ambiente propicio para su desarrollo; sin estos requisitos, opino que las perturbaciones que producirán tales innovaciones serán gravísimas y aportarán verdaderas dislocaciones en los pueblos.

Vuelvo al objeto de ésta. Hice cuanto de mí dependió para desviarlo de la corriente que lo arrastraba; fui cínico é injusto en algunas de mis apreciaciones, pero la intención era buena y quería salvar al amigo y compañero; no pude conseguirlo, su destino era ese. Ah! No puedo leer sin lágrimas, al trazar estas palabras, las líneas que escribió cuando se vieron por última vez con usted:

«Me parece oír la voz sarcástica de Marquiegui diciéndome: Caballero de la Triste Figura ¿hasta dónde llegarás?» Y en efecto, ¿no percibe usted un desequilibrio y vaguedad mental que se va acentuando cuando más se aproxima el desenlace?

Era un día opaco y sombrío. Fuerte viento huracanado soplabá del Oeste y traía en sus alas el hálito helado de las nieves andinas, cuando Castro fué conducido prisionero al campamento general en Moraya.

Un tribunal militar resolvió fuera pasado por las armas el reo y esa tarde se cumplió la sentencia al frente de la tropa. El batallón Cuzco, que él quiso sublevar, pidió ser el ejecutor, y todos pensamos que debió estar muy comprometido, pues para sincerarse solicitó el *honor* de ser verdugo.

Este suceso nos ha producido muchas contrariedades y alarmas; no sabe el brigadier las vinculaciones secretas que puedan tener los cuerpos en el movimiento; hay fuerzas vigiladas y se han ejecutado muchos arrestos de oficiales y clases, pero se mantienen secretos los interrogatorios. De mí, lo confesaré, que no estoy tranquilo. Veo muy próximo el momento de nuestra retirada hacia el Norte.

Antes de morir me llamó Castro é invocando nuestra vieja amistad me pidió diera cumplimiento á sus últimas disposiciones. Una es la remisión de los manuscritos y libros á usted; le mando los que tenía en ésta, los demás están en Salta y me es imposible obtenerlos. Las «memorias» estaban en un sitio reservado y por eso escaparon á las pesquisas que hicieron los agentes del brigadier. Cruz pasó á mi servicio, el pobre hombre está desolado con la suerte que cupo á su amado coronel.

Cuando se tuvo noticia del fusilamiento de Castro en el campamento insurrecto, inmediatamente avanzó un batallón y atacó las fuerzas de Sumo Curcio en Mójos; si ese movimiento hubiera tenido lugar en combinación con los sublevados aquí, era segura la rendición de

nuestras avanzadas y el coronel no habría sido sacrificado.

Ahora todo terminó. Los que fuimos sus amigos, los que le amábamos, siempre le dedicaremos una memoria cariñosa por las circunstancias dramáticas y emocionantes que motivaron su ejecución; más para otros ese recuerdo será piadoso, de vituperio ó de análisis. Buscarán en las causas determinantes de su acción un secreto, un móvil oculto que descubrir y en posesión de los datos que aporte cada cual, acaso de los que borde la fantasía ó la preocupación, sería curioso escuchar el juicio de los comentadores, respondiendo á esta pregunta susceptible de las más diferentes respuestas: *¿Qué fue?*

Soy con tal motivo, etc.

FIN

OBRAS CONSULTADAS PARA FORMAR ESTA NOVELA (1)

- Bartolomé Mitre: *Historia de Belgrano*.
» » *Historia de San Martín*.
V. F. López: *Historia de la República Argentina*.
» » » *Les races aryennes du Perou*.
General José M. Paz: *Memorias*.
Torrente: *Historia de la revolución hispano-americana*.
Dean Gregorio Funes: *Historia Civil*, etc.
Ignacio Núñez: *Noticias históricas*. Ed. 1898.
Archivo general de la Nación: *Partes oficiales*. (Publicación oficial).
Gaceta de Buenos Aires.
Prescott: *Historia del Perú*.
Wiener: *Perou et Bolivie*.
A. Bresson: *Sept années dans l'Amérique Australe*.
M. Paz Soldán: *Geografía del Perú*.
Latzina: *Géographie de la République Argentine*.
Instituto Geográfico Argentino: *Atlas de la República Argentina*.
Angelis: *Colección de obras*, etc. *Descrip. geográf. y estadística*, por Francisco de Biedma; t. 2.º
Juana M. Gorriti: *Güemes*.
René Moreno: *Últimos días del poder colonial*.
Francisco de Jerez: *Verdadera relación de la conquista del Perú*.

(1) Puede aceptar el lector, con toda confianza, los datos y fechas consignados en ella.

LA BIBLIOTECA:

P. Groussac: *Santiago Liniers*; t. 3.º á 4.º

N. Avellaneda. *Mariano Moreno y San Martín*; t. 7.º

REVISTA DE DERECHO HISTORIA Y LETRAS:

C. L. Frageiro: *Antecedentes de las invasiones inglesas*;
t. 1.º

J. Laurent: *Historia de la humanidad*.

ÍNDICE

	Págs.
CAPÍTULO I — Mis memorias—Batidos y juramentados—Sueños—Desfallecimientos y esperanzas—La situación—Pacto—Incidente—¡Adiós!.....	9
CAPÍTULO II — En viaje—Los derrotados—El señor ***—Alto Perú—Exposición—Relato lúgubre—Realistas y patriotas—Vía crucis.....	18
CAPÍTULO III — Retirada—Potosí y Huayna—Temperatura—La ciudad—Riqueza aurífera—Pasado esplendor—Misterios—Costumbres de antaño—Viento en popa—Sepulturas—Goyeneche—Absolución—Incertidumbre.....	30
CAPÍTULO IV — Sin rumbo—¿Qué hacer?—Vuelvo al ejército—El enemigo en Potosí—Progresos de la revolución—Deserción—Oruro—El sorocho—Perú incásico—Recuerdos—Reuniones secretas—Esperanzas—Música y poesía—Huacas....	41
CAPÍTULO V — Belgrano en Potosí—Fiestas de la ciudad—Renuncia de Goyeneche—La Palma—Libros—Danza—Su recuerdo.....	51
CAPÍTULO VI — Gozo y dolor—Encono partidista—Traidor y perjuero—Examen de conciencia—Amor y deber—Resueltos—Ideas de resistencia — Recompensas — Tentación—Consuelo.....	60
CAPÍTULO VII — El brigadier Pezuela—Desorientados—Nostalgia—En comisión—Partida de Oruro—Encuentro—Entre los indios—En viaje á Cochabamba.....	67
CAPÍTULO VIII — La campaña—Temperatura primaveral—Cochabamba — Sin novedad — Recluta de soldados — El coronel Arenales—Listo para marchar—Procesiones—Fiesta de la <i>chicha</i> —Fiesta de San Andrés—Cholos y cholas—Costumbres—Vidalita y yaraví.....	76

CAPÍTULO IX — Salida de Cochabamba—Viaje feliz—Alturas, valles y bosques—Aves é insectos—Viajeros sospechosos—Combate—Eclipse—En salvo—Valle Grande—Adhesiones—Venta de productos—El capitán X—Chuquisaca—reflexiones—Chayanta—Soldados indios—Encuentro desagradable—Lucha—En el campamento.....	85
CAPÍTULO X — Yocalla — Vilcapugio — La batalla—Desafío—Congratulaciones — La Madrid—Tambo Nuevo — Decapitaciones — Belgrano — Su política—Nuestra situación—¡Adelante!.....	102
CAPÍTULO XI — Buscando á Belgrano—Alturas de Itaquiri—Batalla de Ayohuma—Estrategia—Lucha porfiada—Zelaya y sus lanceros—Ataque tremendo—Rechazado—Derrota de los insurgentes — Nueva carga de Zelaya—Persecución — Heroísmo—A Potosí—Sus habitantes—Malestar inopinado.....	114
CAPÍTULO XII — En marcha para Jujuy—Mariano Gómez—Valor y carácter—Dos ideales opuestos—Vacilando—Jujuy—efectos de la guerra—Aspecto de los sucesos.....	123
CAPÍTULO XIII — El coronel Dorrego—Hogar desierto—Recuerdos de amor—Abatimiento y desesperación—Reacción—Nuevos rumbos — Amor de patria—Carta de mi hermano—En defensa de mi tierra.....	131
CAPÍTULO XIV — Partidas volantes—Terreno de la lucha—Ríos, bosques y montañas—Guerra sin cuartel—Emboscadas—temor de los realistas—Güemes—San Martín—Cambio de Gobierno—Posadas—Situación delicada—Fantasmas—Artigas—Sublevación de Cochabamba.....	143
CAPÍTULO XV—Favorable á los patriotas—Cita nocturna—Güemes—Saravia—Mi hermano—De acuerdo—Magdalena—Por la patria—Presentimiento funesto—Astucia.....	152
CAPÍTULO XVI—Descubierta — Vuelo retrospectivo — Los quichuas— Conquistadores—Fe religiosa—Movimiento comercial — La guerra — Dos expediciones — En Jujuy—Pepita—Olañeta y Marquiegui—Luchas de familia — Emigraciones — Contrabandos—Irreducible.....	163
CAPÍTULO XVII—Fracasos—La Florida—Rondeau—El general Cruz—Expedición Marquiegui—Trabajos secretos—Noticias de Europa—Insistencia de Pezuela — Tertulia—Impresos—Dificultad de obtener libros—Novenas y periódicos—Martir ó libre—Discusión—Objeto práctico.....	175
CAPÍTULO XVIII—Destrucción de la flota—Toma de Montevi-	

	Págs.
deo—Arenales y Warnes—Retirada—Hostilidades—Vigilado—Moraya—Dolores—Recuerdos—Por la causa—Sublevación de Cuzco — Comunicaciones — Presentimientos — Ideas originales.....	188
CAPÍTULO XIX — Aspecto favorable — Olvidado — Teorías de Marquiegui — En pró de los realistas — Mi respuesta—Malas nuevas—Anarquía—Indisciplina—¡Sólo!—Adelante—Llanos —Vuelve á Lima—Como el Quijote.....	202
CAPÍTULO XX — ¡Vivir es sentir! — Sin noticias — Trabajos de zapa—Especies—Precauciones—Me vigilan—Invocación.....	211
EPÍLOGO — Carta del coronel Marquiegui al coronel Llanos.....	217
<i>Obras consultadas para formar esta novela.....</i>	223

